

El Ray Mocha

Revista Semanal



Homenaje a la República de Bolivia
en el 103.º aniversario de su Independencia

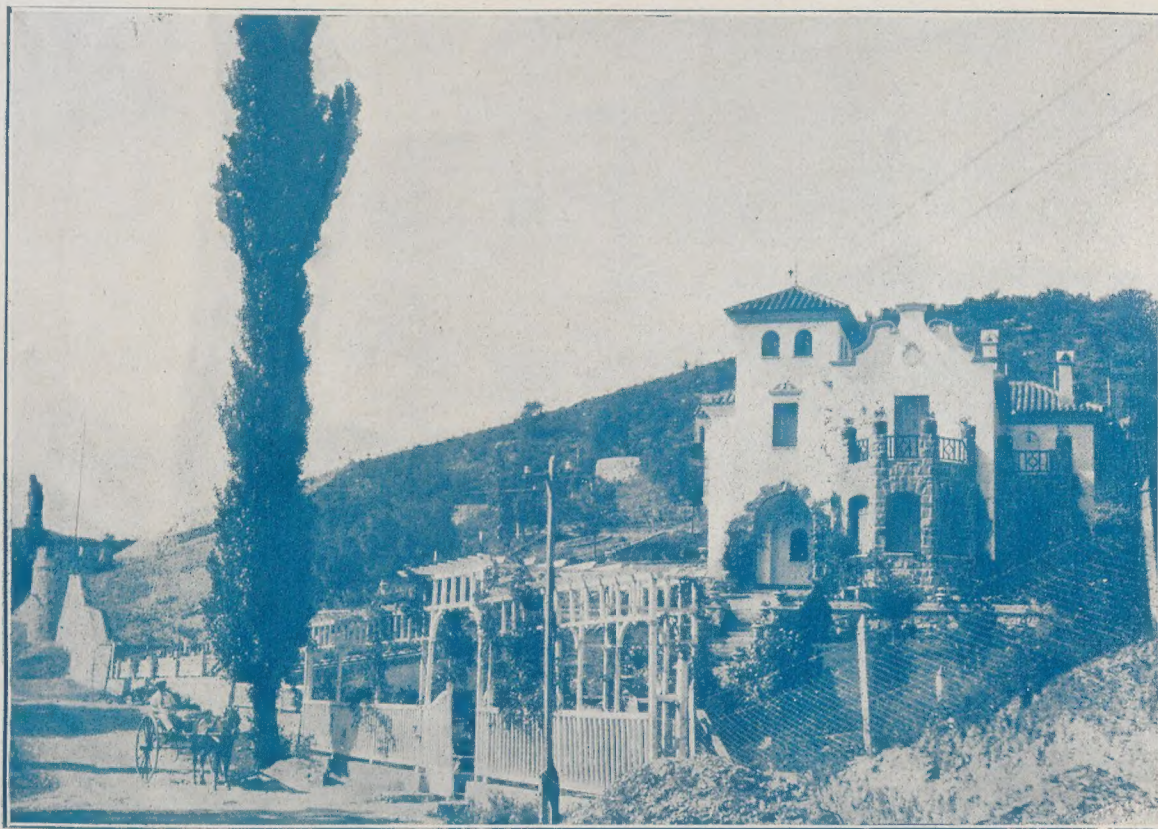
Nº. 851

7/ 13135 : 17, 851 (1928)

TURISMO NACIONAL

LAS SIERRAS DE CORDOBA

El clima en las Sierras es soberbio en la primavera, delicioso en el verano, ideal en el otoño, agradable en el invierno y siempre saludable.



UNA DE LAS BELLISIMAS CONSTRUCCIONES MODERNAS EDIFICADAS EN LA FALDA (CORDOBA).

descanso placentero en los lugares y villas que, como:

San Roque, Bialeto Masse, Cosquin, Valle Hermoso, La Falda, Huerta Grande, Capilla del Monte, La Cumbre, Los Cocos, Los Molles, Cruz Chica etc.

brindan al forastero un clima agradable, aguas purísimas y la belleza de recónditos lugares que han hecho famosa a la región serrana.

Cualquier época del año, es sencillamente deliciosa en las sierras cordobesas.

En todas las villas serranas existen hoteles y casas de pensión,

Cacería, Deportes Modernos, Excursiones.

En todas partes hallarán los turistas grandes facilidades y numerosos elementos de esparcimiento como para aprovechar gustosamente su tiempo.

No tiene Ud. por qué pensar en realizar viajes de placer fuera de su país, teniendo en él múltiples y variadas bellezas panorámicas que podrá visitar y admirar sin sufrir las molestias consiguientes que proporcionan las excursiones por tierras extrañas.

LOS FERROCARRILES DEL ESTADO tienen un servicio de trenes directos y combinados que permiten la realización de viajes rápidos y cómodos a las hermosas e incomparables *Sierras de Córdoba*.

A lo largo de ellas, y abarcando todas las pintorescas poblaciones que dan animación a sus deliciosos valles, existe un amplio servicio de trenes locales.

Aproveche Ud. las facilidades y comodidades que le ofrecen los FERROCARRILES DEL ESTADO, para pasar una temporada de



UN TREN DE LAS LINEAS DE LOS FERROCARRILES DEL ESTADO FALDEANDO LOS CERROS DE LAS PROXIMIDADES DEL DIQUE DE SAN ROQUE, EN LA SERRANIA CORDOBESA.

Por mayores datos Administración General, San José 180

BUENOS AIRES



FRAY MOCHO



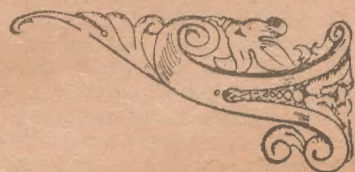
Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVII

Buenos Aires, agosto 14 de 1928

N.º 851



BOLIVIA

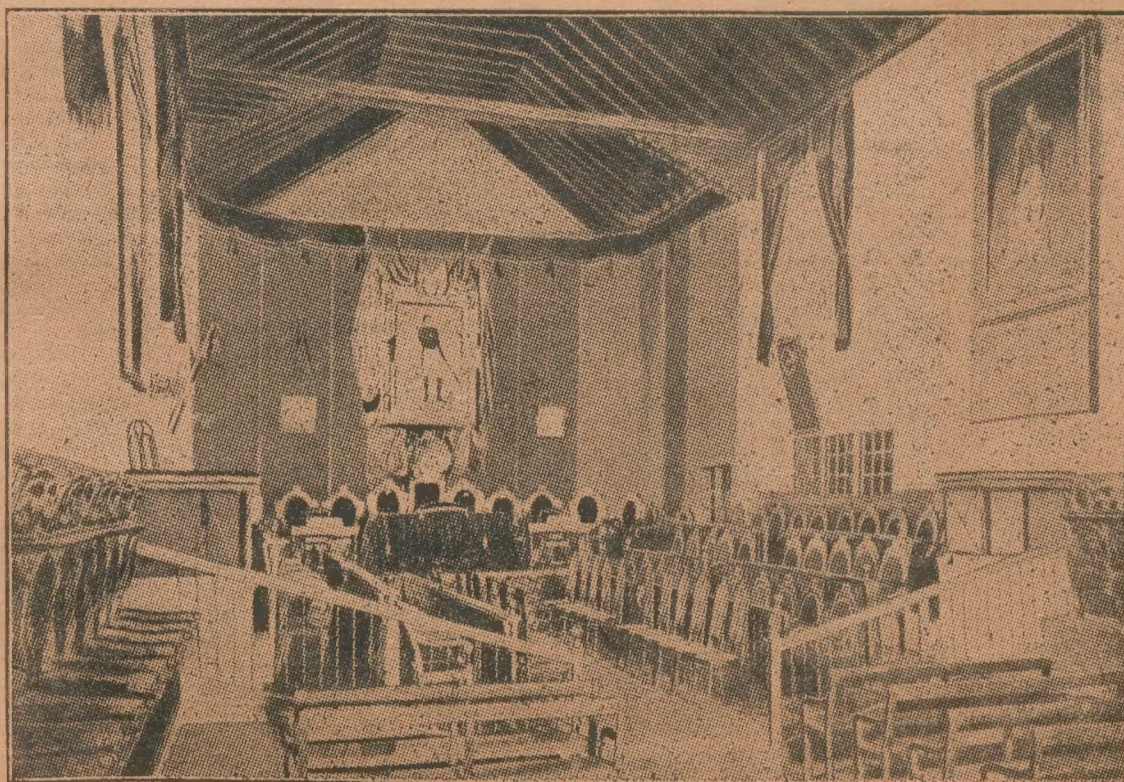


¡Bolivia! Claro nombre cuya etimología es ya un signo de grandeza. La patria del norte llega al 103 aniversario de su independencia, para celebrar no sólo su heroico pasado histórico sino también el esplendor de estos días y la seguridad de un futuro de prosperidad, de paz y de gloria. La tierra del llama, de las serranías famosas del Potosí, en cuyas capas profundas yace el resplandor rico de la veta y de la fuente medicinal; la tierra de los valles pródigos y las alturas áridas que desafiaron a genio hispano de la conquista; la tierra de los claustrales inmortales de Chuquisaca; la tierra del general José Miguel Lanza, del general José de Sucre, de las montoneras valientes del Alto Perú, agueridas hasta la desesperación del coraje; la tierra hermana que acogió los restos mortales de D. Juan Lavalle y fué refugio en el exilio de los enemigos de la tiranía; Bolivia, la tierra del añil, del algodón, del azúcar y los minerales preciosos de Charcas, de Santa Cruz de la Sierra, de las reliquias numismáticas de la conquista y la Colonia, Bolivia, la inmortal Bolivia conmemora el fasto de su independencia. Hemos hecho nuestra la fecha. El 6 de Agosto de 1825 está grabado en todo corazón americano, y late también en el amor de España. La celebración del acontecimiento memorable, que fija la entrada a la civilización de una nacionalidad fecunda y noble, nos halla de pie, descubiertos en señal de admiración y de cariño. Bolivia alcanza la pujante consistencia de las entidades mediterráneas: sus riquezas, la inteligencia y la actividad de sus hijos, su belleza incalculable irradian hacia todos los horizontes de América. Representa un radio de poderoso esplendor. Pueblo entrado en el período de desenvolvimiento amplio de todos sus recursos in-

dustriales, la vasta explotación de sus yacimientos petrolíferos, de sus minas inagotables, de sus múltiples materias primas, vegetales y minerales, el porvenir económico tiende a convertirlo en un centro de primera magnitud. Organizado institucionalmente en forma cada vez más firme y libre, cuenta por otra parte con la absoluta garantía de su desarrollo dinámico. Bolivia, pues, conmemora el fasto del 6 de Agosto de 1825 en la plenitud de su fuerza y de su espíritu. Al compartir su júbilo lo hacemos en nuestra triple condición de hispano-americanos, de argentinos vinculados a ella por tantos lazos de tradición histórica, y de admiradores fervientes de su progreso generoso. La asamblea de Chuquisaca es un recuerdo vivo en nuestro sentimiento. La proclamación de la Paz, que Sucre miró justamente como una prueba del nacionalismo incontenible del Alto Perú, fué en aquella asamblea una ratificación del alma que la Colonia no pudo sofocar en tantos años de dominio. Un claro instinto de libertad había guiado a Bolivia a través de las vicisitudes de la historia; y las armas gloriosas de sus montoneras no habían luchado solamente para despojarse del imperio de la metrópoli, sino además para despojarse del concepto impuesto por el Virreynato, y anunciar a la faz del mundo el surgimiento de una nueva nación. ¡Bolivia estaba ya erguida sobre su porvenir! La clarividencia de sus pro-hombres, y la entereza de su pueblo,

del pueblo enraizado en la gloria de España y de los Incas, supo realizar la conquista de su Independencia.

El alma americana vibra de júbilo en la fecha patria de Bolivia. Echamos a vuelo nuestra fe fraternal, y en la pulsación de nuestro pecho repetimos su nombre: ¡Bolivia!



El salón histórico donde se juró la Independencia de Bolivia, en la ciudad de Sucre



Samatoja era un hombre resuelto y casi siempre obraba por inspiración.

Sin saber por qué, se le ocurrió, de pronto, la idea de saltar la tapia del jardín ante el cual le habían llevado de un modo fortuito sus pasos. Y la saltó.

Acaso pudiera robar algo; tal vez encontrare algún objeto de valor... Los señores suelen pasar gran parte del día en el jardín, y se dejan, a menudo, en los kioscos, ropas, bandejas, servicios de té... Samatoja tenía hambre, y cuando tenía hambre se sentía enemigo encarnizado de la propiedad.

Cuando estuvo dentro del jardín miró en torno suyo.

No lejos de la tapia, entre unas altas matas de lilas, había un banco. Hacia calor y Samatoja se sentó para descansar un poco al fresco. Con la manga de la vieja chaqueta se enjugó el sudor de la frente...

Diríase — tal quietud, tal silencio reinaba en él — que el jardín se hallaba a gran distancia de todo lugar habitado. Senderos cubiertos de hierba le atravesaban en todas direcciones. Había uno más ancho y más cuidado, que, a juzgar por estos indicios, conducía a la casa.

Antes de que el ladrón hubiera podido orientarse apareció en dicho sendero una niña como de seis años.

Al ver entre el follaje las piernas de aquel hombre — lo único que las altas y espesas matas no ocultaban de su persona — se detuvo, perpleja, estrechando contra su corazón a la muñeca, dispuesta a defenderla de todo peligro. Y tras una corta vacilación, preguntó:

—¿De quien son esas piernas?

Samatoja apartó las ramas y miró a la niña frunciendo severamente las cejas; la inopinada aparición de aquella mocosa podía desbaratar sus planes.

—¿Qué quieres? — interrogó con aspereza.

—¿Esas piernecitas son tuyas?

La niña escogía, como ve el lector, las expresiones más corteses.

—¿De quien van a ser?

—¿Y qué haces aquí?

—¿Acordarme de mi abuela!

—¿De tu abuela? ¿Dónde está?

—¿Dónde va estar? ¡En su palacio!

—¿Y por qué te has sentado ahí?

—Porque estoy cansado.

—¿Sí? ¿Te duelen las piernecitas?

La niña en cuyos ojos se pintaba la compasión más tierna, avanzó algunos pasos.

—¡Vayan si me duelen! Estoy rendido.

Recordando las lecciones de buen tono de su mamá, la niña no juzgó correcto continuar la conversación sin estar presentada a aquel hombre, y le dijo, tendiéndole la mano:

—Permítame que me presente. Me llamo Vera.

Samatoja estrechó con su enorme mano peluda la delicada manecita.

Hecha su propia presentación, Vera añadió, levantando la muñeca a la altura de la nariz de Samatoja y acercándosela a la cara:

—Ahora permítame que le presente a mi muñeca. Se llama Martucha. No tenga usted miedo; no es de carne.

—¿De veras? — exclamó con fingido asombro el intruso.

Y sus ojos examinaron, de un modo rápido, a la niña. ¡No llevaba

pendientes, ni pulsera, ni medallón! Lo único que se le podía robar era el vestido y las botas; pero no valían gran cosa. Además, la rapaza no se dejaría desnudar así como así; empezaría a gritar.

—Mira la muñeca, tiene una herida en el costado. ¿Quieres ser el médico? Anda, cúrala.

—Dámela; vamos a ver si la curamos.

nuevo las lecciones maternas de elegancia en el trato social, añadió:

—Mamá se alegrará tanto de verte. Vendrá a las seis. La esperarás... ¿Verdad?

—Veremos...

—Hasta que venga, jugaremos. ¿Quieres?

—Sí, pero ¿a qué?

—Al escondite-correa. Esconde la muñeca, anda y si la encuentro...

Un drama sensacional

Por Arcadio Averchenko

MUSICA DE ALTA NOCHE

Este viejo flautista tiene calva de santo, lengua barba apostólica y humilde mirar y en el nocturno encanto las notas de su flauta son cual gotas de llanto.

Lágrimas de la flauta callejera y errante donde florece el mágico milagro de emoción, la sagrada armonía, la voz alucinante que desborda el raudal de nuestro corazón.

Han visto muchas tierras esos ojos hundidos, terruño, amor, amigos... ya todo lo perdió, y planean en su flauta de añorantes gemidos las amables memorias del tiempo que pasó.

¡Oh vieja flauta! ¡Maga! que evoca el viejo encanto de los amores muertos y del país natal, que a veces rompe en llanto al melifluido silbido de cristal.

Le grita la canalla, toca viejo flautista, y él toca dolorido, con ensueño, con fe, y solloza en su flauta toda su alma de artista y la canalla llora y no sabe por qué.

La luna va vertiendo la plata de su llanto en su barba de apóstol y en su calva de santo. Es alta noche, está la calle solitaria, sigue el mendigo músico con su amarga canción, sus ojos tienen una extraña claridad visionaria y hay en su alma un amplio derroche de emoción, porque la toca sólo para su corazón.

Y en la copla añorante, melancólica y leda planea su vida errante y su mala fortuna, y por la vieja flauta una lágrima rueda que parece de plata a la luz de la luna.

Emilio CARRERE

II

Se oyó hablar no muy lejos. Samatoja soltó la muñeca y miró, inquieto, hacia la casa.

—¿Quién había por ahí? — preguntó, cogiéndole una mano a Vera.

—No es aquí. Es en el jardín de al lado. Papá y mamá han salido.

—¿Sí? ¿Y tu niñera?

—La niñera me ha dicho que sea buena y se ha ido. Volverá a la hora de comer. Debe de estar con su soldado.

—¿Qué soldado?

—El suyo!

—¿Su novio?

—¡No, no, su soldado! Oye...

—¿Qué?

—¿Cómo te llamas?

—Michka — contestó secamente el intruso.

—Y yo, Vera.

La niña quedó un momento silenciosa, y luego, recordando de

—No, no me gusta ese juego. Juguemos al convidado. Es más bonito.

—¿Al convidado? ¿Qué juego es ese?

—Mira: tú serás el ama de la casa y me convidarás a comer. ¿Te gusta?

Vera acogió la proposición con entusiasmo. ¡Iba a hacerle los honores de la casa a una persona mayor!

—Sí, sí. ¡Vamos!

—¿A dónde?

—¡A casa, hombre!

Samatoja vaciló.

—¿Estás segura de que no hay nadie?

—¡No hay nadie! ¡Me he quedado yo sola! ¡Vamos, vamos! ¡Verás como nos divertimos! — gritó Vera, brillantes los ojos como diamantes negros.

III

Vera puso ante Samatoja un pla-

to vacío, se sentó frente a él, apoyó la mejilla en la mano y empezó a charlar.

—¡Coma, coma! ¡Estas cocineras son una calamidad! La nuestra ha dado en la flor de quemar las chuletas. Tendré que echarla.

Viendo que el convidado no contestaba, la minúscula dama le dijo:

—¡Pero no sabes jugar! Debías responder: Señora: las chuletas están exquisitas!

—Como no hay chuletas... — objetó Samatoja, demostrando una lamentable carencia de imaginación.

—¿Y eso qué importará, tonto? ¿No estamos jugando?

—Yo no puedo jugar así. Para jugar bien hay que comer de veras. Al menos, nosotros...

—¿Quiénes sois vosotros?

—Mis hermanitos y yo. Nosotros cuando jugamos al convidado, ponemos en la mesa los platos con comida y comemos de verdad. ¿Está cerrado con llave el aparador?

Vera pensó: ¡Qué juego más raro!, pero decidió complacer a su amigo. Acercó una silla al aparador, se puso de puntillas sobre el asiento y dijo, luego de mirar un momento al interior del guardaviandas:

—No hay ninguna golosina... Ni bombones, ni pastelitos. Un pedazo de empanada, pollo asado, huevos duros...

—¡No importa! A falta de otra cosa...

—Como quieras.

—¿Y hay algo de beber?

—Nada. Una botella de "vodka"; pero el "vodka" sabe tan mal...

—¡Venga también el "vodka"! A mí todo me sabe bien.

IV

Con una servilleta sobre los hombros, a manera de chal — su mamá rara vez se sentaba a la mesa sin dicha prenda, Vera, sentada frente a Samatoja, remedaba a las amas de casa corteses y solícitas.

—¡Coma, coma! ¡No gaste ceremonias! Esta maldita cocinera siempre ha de quemar el pastel!... ¡Oh, crea usted que si pudiera una pasarse sin ellas!...

La minúscula dama esperó, en vano, la respuesta.

—Pero...

—¿Qué?

—¿Por qué no contestas?

—¿Qué debo contestar?

—Debes contestar: "Señora: el pastel está exquisito".

Para darle gusto a su amiguita, Samatoja, con la boca llena, balbuceó:

—Señora: el pastel está de rechupete.

—¿Cómo has dicho?

—De rechupete.

—¡No sabes jugar!

—¿Por qué?

—Por que dices de rechupete, y lo que hay que decir es exquisito.

—Bueno, pues está exquisito.

—Otra copita de "vodka".

—Gracias, señora. Es un "vodka" exquisito.

—Me parece que el pollo está un poco duro. ¡Oh, son un castigo estas malditas cocineras!

—Señora, el pollo está exquisito.

Tras un breve silencio, Vera, en su papel de perfecta ama de casa, inició una conversación mundana.

—Ha sido muy caluroso este verano, ¿verdad, señor?

—Ha sido un verano exquisito, señora! — repuso Samatoja, en cuyas respuestas estereotipadas se veía que no había nacido para dialoguista.

Y, cogiendo la botella, añadió:

—Con permiso de usted, voy a servirle otra copa de "vodka".

—¿No sabes jugar!

—¿Por qué?

—Porque debes de esperar a que yo te invite a beber...

—¿Otra copita, no gaste ceremonias! ¿No encuentra usted demasiado amargo este "vodka"?

—¿Oh, estoy de las cocineras hasta la coronilla! Voy a cambiarle el plato.

Samatoja decía para su capote: "He inventado un juego delicioso". Y, aprovechando un descuido de Vera, se metió en el bolsillo un cuchillo y un tenedor de plata.

—¿Coma, coma! No gaste ceremonias.

—¿No tengo ya gana, señora!

—¿Pero si no ha comido usted nada, señor!

—¿He comido como un animal!

—¿Qué manera de hablar es esa, Michka? Debes decir: "Gracias, señora; he comido muy bien. ¿Me permite usted encender un cigarro?"

—Bueno, bueno. Lo malo es que no tengo cigarrillos.

Vera corrió al despacho de su papá y volvió con una caja de puros.

—Estos puros, — dijo, imitando la voz ruda de su padre — los he comprado en Berlín. Son un poco fuertes; pero no puedo fumar otros. Gracias, — contestó, distraída, mirando con ojos investigadores a la habitación inmediata.

La niña se quedó un momento pensativa y propuso:

—Oye, Michka. ¿Quieres que juguemos ahora a una cosa muy bonita?

—¿A qué?

—¿A los ladrones!

V

La proposición dejó perplejo a Samatoja. ¿Qué significaría "jugar a los ladrones?" Semejante juego con una niña de seis años le parecía una profanación de su oficio.

—¿Y cómo se juega a eso? — preguntó.

—Verás. Tú serás el ladrón y yo gritaré y te diré: "Coge el dinero y las alhajas; pero no mates a Martucha".

—¿A que Martucha?

—A la muñeca... Me esconderé y me buscarás.

—Yo creo que el que debe empezar por esconderse debe ser el ladrón.

—¿Tú qué sabes! La que debe esconderse soy yo. Pregúntaselo a mamá cuando venga.

Samatoja insistió.

—Bueno, bueno, escóndete. Pero tienes que ponerte una sortija o un broche.

—¿Para qué?

—Para que yo te los quite... Como soy un ladrón...

—¿Bah! Puedes hacer que me los quites, aunque yo no los lleve. No, yo no quiero jugar así. ¡Vaya un juego!

—¿Jesús, qué tonto! Se ve que no has jugado nunca a los ladrones... Bueno, voy por el relojito y el broche de mamá, que están en un cajón de la cómoda.

—¿Habrá también unos pendientes? — inquirió, con acento acari-

ciador, el intruso, en su afán de darle al juego un carácter marcadamente realista.

VI

El juego era muy divertido.

Vera saltaba alrededor de Samatoja gritando:

—¿No le hagas nada a mi Martucha! ¡Llévate, si quieres, mi dinero y mis joyas, pero no me la mates!



La satisfacción de la madre y el bienestar del bebé

Jabón REUTER

Es el que a través de varias generaciones usan las madres que saben que por la bondad de sus ingredientes es insustituible para el terno cutis de sus bebés.

Fácilmente se advierten las personas que lo usan pues aparte de su exquisito y delicado perfume, que da esa impresión agradable de limpieza, proporciona a la piel, esa tersura y transparencia que tan hermosa la hacen.

UNICO PRECIO 70 ctvos. cada jabón

Si no pudiera hallarlo en la localidad donde Ud. reside solicítelo acompañando el importe de la caja de 4 jabones \$ 2.80 a sus representantes

Maipú 73 — ILLA & Cia. — Buenos Aires

De pronto se quedó mirando perpleja a su amigo y profriró:

—¿Y el cuchillo? ¡Un ladrón debe llevar cuchillo!

—¿Sí?

—¡Claro! espera, voy por uno.

—Si es de plata, mejor. Los ladrones llevan cuchillos de plata.

Cuando Samatoja se hubo apoderado del reloj, el broche, los pendientes y algunas otras joyas, dijo:

—Ahora te encerraré... haré que te meto en la cárcel.

En los negros ojos de Vera pintáronse el asombro y la indignación. Aquello era contrario a las tradiciones consagradas de la ladronería.

—¡Vamos, no digas tonterías! A quien hay que meter en la cárcel no es a mí, sino a tí.

Samatoja reconoció la lógica de tales palabras.

—Entonces haré que te encierro en una torre.

—¿Eso ya es otra cosa! El cuarto de baño será la torre. ¿Quieres?

—Sí, sí. Ahora te cojo en brazos... ¡ajajá!... y ¡andando!

Vera, camino de la torre, braceaba, como si intentara desasirse del ladrón. Y una de sus manecitas, al caer sobre un bolsillo de Samatoja, tropezó con un tenedor. — ¿Qué llevas ahí, Michka? — preguntó introduciendo la mano en el bolsillo.

Habían pasado algunos días.

Samatoja se había desahogado, como un lobo entre los corderos, en el parque lleno de niños y niñas.

Veíanse por todas partes cochecitos de bebes y sonaban, en toda la amplitud del numeroso cercado, risas y llantos infantiles.

Samatoja observaba los animados y dispersos grupos con ojos de lobo en acecho. A la sombra de un corpulento árbol estaba sentada una niña, absorta en la lectura de un libro, y algunos pasos más allá, una niña como de tres años se divertía construyendo una casa con trocitos cúbicos de madera. Junto a la niña yacía sobre la verde hierba una muñeca más grande que su ama. Era una magnífica creación de una casa de raris: tenía una espléndida cabellera rubia y vestía un lindo traje azul orlado de encajes.

Samatoja clavó una larga mirada en aquella muñeca y tras una breve vacilación, se lanzó sobre ella como un tigre, la cogió y huyó a todo correr.

Niñeras y niños aterrorizados, prorrumpieron en gritos. Los guardianes empezaron a pitar desesperadamente corriendo en todas direcciones. Se armó una batahola infernal.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Pero Samatoja había saltado ya la tapia del parque y jadeaba, sano y salvo, en una callejuela desierta.

Luego de descansar un momento, sacó de uno de los bolsillos de su vieja chaqueta un lápiz y un pedazo, arrugado y sucio, de papel, y, sirviéndose de la tapia como de escritorio, escribió, sin pueriles preocupaciones ortográficas, la siguiente carta:

"Estimada señorita Vera: Perdóneme usted que me fuera sin despedirme. Si no hubiera puesto pies en polvorosa, el juego de los ladrones hubiera acabado mal para mí. Yo no hubiera querido disgustarte, porque eres una niña muy mona y muy buena; pero ya ves... Te regalo, como recuerdo mío, esa muñeca que me he encontrado en la calle. Te beso las manecitas. No te olvidaré nunca en mis oraciones. Sé feliz y no le guardes nunca rencor a Michka Samatoja, que te quiere y te estima mucho".

Aquella misma tarde Samatoja tiró por encima de la cerca al jardín de Vera la muñeca, a cuyo traje azul había prendido la cartita con un alfiler.

Cabeza de bronce del emperador romano Septimio Severo

En Kiptharca encontró recientemente un campesino una admirable cabeza de bronce de gran tamaño, junto a los fragmentos de la estatua a que pertenecía la cabeza. La cabeza ha sido identificada como retrato del emperador romano Septimio Severo, que murió en York el año 211 antes de J. C.

Como la estatua está desnuda, se cree que representa al emperador representando alguna divinidad.

Cuando la estatua esté reconstruida se sabrá a qué dios representa.

—Nada. Un tenedor. Será de mi casa.

—No; es nuestro. Mira la marca. Te lo habrás guardado creyendo que era el pañuelo.

—Sin duda.

Cuando llegó al cuarto de baño, el intruso dejó en el suelo a su amiguita.

—Bueno; ya estás en la torre.

—¿Y si me escapo? Deberías atarme las manos.

—¿Tienes razón, nena! Eres una niña muy lista y te quiero mucho.

—¿Vaya una manera de hablarle un ladrón a su prisionera! ¡No sabes jugar! ¡Jesús, qué tonto!

—Bueno, bueno. Dame las manecitas para que te las ate.

Momentos después, Samatoja salió del cuarto de baño, cerró la puerta con llave y se alejó. Al pasar por el vestíbulo cogió el perchero un gabán de entre tiempo. Atravesó tranquilo, sin apresurarse, el jardín...

K A N K Y

Por Fausto Burgos

Se le empañaron los ojos. Más grande que la angustia de la puna era la que sentía. Montaron en un vagón de primera clase.

—Tome hijo, para que gaste...

Cobró ánimo y extendió la mano; ¿qué le ofrecía su padre?

—Esta chuspita la tejó la Carmen, cuando era moza.

Hacia tiempo que había fallecido su madre. Al oírlo nombrar, su congoja creció de punto.

La taleguilla, aromada de muña y estoraque estaba atiborrada de monedas de plata.

—Cuide la chuspita; no se la regale a ninguna muchacha... Fíjese bien en qué gasta la plata...

Juan de Dios volvió la cabeza y miró la vega sonriente poblada de fragantes tolarees; y miró los montes bermejos.

—Yo se la regalo en nombre de Carmen; haga de cuenta que ella misma se la entrega...

Una lágrima rodó por su mejilla.

—Yo le doy mi poncho...

El viejo dobló su poncho de vicuña y lo puso en la butaca que ocuparan en otras ocasiones. El guarda vino a hablarles:

—Don Froilán... ¿Ya se le va el niño?

—Ya... pues.

—¿A Buenos Aires lo manda?

—Sí, pues.

—Está lindo. Así me gusta. Pronto tendremos un doctor, nosotros, los puneños. ¿Solito se larga?

—Solito, pues, así nació.

—Así ha de ser, señor.

El guarda pensó para sí: Este don Froilán es el hombre más rico del mundo. Son tantas las llamas que tiene, que ya no se las puede contar. ¿Y las minas de cobre y oro?

Dos mozos de mano de don Froilán miraban asombrados el tren largo y polvoriento, el tren que corría a las llamas...

—¿Con que se nos va por un tiempito, no?

—Sí, pues.

Sonreía el guarda con esa sonrisa franca de los hombres trabajadores y buenos.

Le pidió el boleto.

—Pobre el viejo, se queda solo.

—Así es, pues.

—Per un lido, está bien que usted, niño, se vaya a Buenos Aires. ¡Quien sabe lo que usted podrá ser con el tiempo! Los diputados que tenemos y el mismo gobernador, estudiaron en Buenos Aires...

—Sí, pues.

—¿Se acuerda de Sarapura, el de la Rinconada?

—Sí.

—Bueno, pues, el hijo mayor de Sarapura ya terminó de doctor. Hasta de médico tuvo que ocuparse para poder estudiar.

El guarda se acomodó en una butaca frontera de la de Juan de Dios.

—¿Cómo vuelan los años! ¿Se acuerda de aquellos tiempos, cuando usted viajó por primera vez? Su papá lo llevaba a Jujuy; yo le marqué el boleto...

—Sí me acuerdo, sí pues.

—Ni un solo año dejaron de viajar. En diciembre subía su papá y días después volvían juntos. Velay

EN EL CAMPO

¡Qué noche! El techo que es (cucha

mi solitario aposento, cruje al soplo que lo abate; y desde mi asiento, muda, oigo del agua y el viento el prolongado combate.

Contra los vidrios, afuera, presa en la peña musgosa que forma rústico banco, la débil enredadera tiembla empapada y llorosa sobre el obscuro barranco.

Mas ya cesa... lentamente callan los lúgubres ecos de la tempestad lejana. Ya sólo se oye el torrente que entre los pedrosos huecos gime al pie de mi ventana.

En la fragosa quebrada murmullos hondos, sombríos, van ya cediendo en violencia, y la lluvia sosegada se escurre por los bajíos con monótona cadencia.

Yo sola en pie permanezco; yo sola en toda la casa que la obscuridad rodea;

centes que no tienen en menos a los pobres. Puneños somos y nos gusta la coca. La coca mata el hambre, mata la sed y conserva los dientes...

—Sí, pues.

A esta sazón entró en el coche de primera un caballero alto y rubio.

—Mister Mádison — dijo el guarda al ponerse de pie.

Juan de Dios tornó a mirar la vega sonriente y los montes bermejos. Los ojos grandes, grises,

a intervalos me estremezco al ver vacilar la escasa luz que junto a mí flamea.

Nervioso desasosiego turba con terrores vanos vagamente mis sentidos, y en el lúgubre sosiego pienso que escucho lejanos, pavorosos alaridos.

¿Qué dice el viento en su vuelo trayéndome, del pasado, el eco desvanecido?... ¡Morir! ¡Oh, triste consuelo! ¡Morir, sin haber amado; morir, sin haber vivido!

Negro espectro de la nada que te alzas en los rincones y llegas pausado y quedo; sombra doliente y callada de mis mustias ilusiones, no vengas, que tengo miedo...

Mañana, cuando la aurora con su luz brillante y pura bañe la vega lozana, llena de horror, como ahora, me oprimirá la negrura de mi noche sin mañana.

Adela ZAMUDIO

allacito, en aquellos dos asientos se sentaban. Este poncho que usted lleva ahora es el mismo que llevaba su papá.

Juan de Dios sacó del bolsillo su taleguilla y brindó al guarda coca suficiente para un acuyico.

—Así me gustan los mozos de

tristes, de mister Mádison se le aclararon.

—Perdón, joven, olvidé mi chuspita... ¿me convida?

—Con mucho gusto.

El inglés eligió algunas hojas de coca y se las llevó a la boca.

SABAÑONES
USE PASTA VASENOL

—Conozco a su papá, Froilán Kusikanky.

—Ah, ¿usted es mister Mádison, no?

—El mismo en persona...

Quiso levantarse el joven para estrecharle la mano pero Mádison lo contuvo:

—No... ¿para qué? ¿Coqueamos en yunta?... luego somos amigos. Fíjese si conoceré a Froilán Kusikanky... ¡llevo veinte años por estos pagos! Ahora acabo de comprarme unas minas en Puna-Huasi. Allí en mi finca, tengo un lindo criadero de alpacas y llamas.

—Sí, pues.

—Yo mismo en persona dije a Froilán que no mande su hijo a Buenos Aires... ¿Para qué? ¿a qué? Froilán no me ha hecho caso... Froilán perderá mucha plata, ¡oh!, mucha plata y mucho tiempo en este negocio. Los muchachos que van a Buenos Aires se hacen farristas empedernidos. Y no les gusta trabajar. Y no estudian un pito.

Iba a sonreír el mozo; el inglés le miró con fiema y remanso. ¡Qué guisa de mirar tenía el tal don Carlos Mádison!...

—Fume un cigarrillo... Su papá todavía no aprendió a fumar. Froilán coquea todo el día, pero no fuma nunca.

Juan de Dios tomó la chuspita atiborrada de cigarrillos aromados que le ofrecía don Carlos.

—Yo soy puneño a mi modo. Esta chuspita fué tejida por mi mujer, por ella en persona. ¡Oh... ella sí que es puneña legítima!, por sus venas corre pura sangre quechúa... Y la muchacha vale oro en pepitas; hila, teje, borda, toca el piano, lee los diarios que nos llegan de Londres y habla poco, poco, cuando debe hablar...

Llegué hace veintitantos años, a lomo de mula...

—Sí, pues...

—Mal negocio ha hecho Froilán Kusikanky...; perderá mucho tiempo y mucha plata... ¿Conoce alguna plaga peor que la langosta?

—No conozco, mister Mádison.

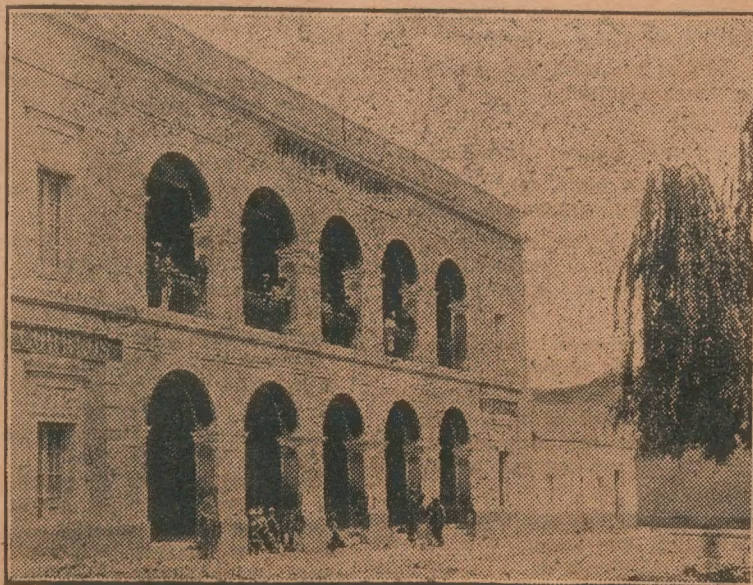
—Los doctores o doutores, son una peligrosa plaga. No hay pleitos cuando hay doutores... Un caso: yo voy a Jujuy porque a unos doutores se les ocurrió que mi finca de Aritucum no es mía...

Mister Mádison soltó una ronca carcajada.

—En países jóvenes como éste, no hacen falta los doutores. ¡Vuélvase a Jujuy y trabaje en yunta con su padre!... ¡Oh!... Buenos Aires... si el muchacho provinciano sirve, las mujeres se lo atraen; si no sirve... lo dejan volver...

Mister Mádison encendió su pipa.

—Trabaje en yunta con su padre; vuélvase; Froilán Kusikanky empieza a ponerse viejo...



BOLIVIA. — Edificio de la Aduana Nacional, en Tupiza.

II

Un año después, los de su casa no le hubieran reconocido. En Buenos Aires, los niños bien, se afeitaban las cejas si las tienen abundantes. Juan de Dios se las afeitó. Buenos Aires — según lo que veía — era la ciudad de los rubios. — ¡Negro! ¡Negro feo!... le decía a cada rato González Crámer, su compañero de pieza. — ¡Negro feo, ponete ceniza si no querés comprar polvos!...

¡Darse polvos a la cara, él, Juan de Dios Kusikanky? ¡Cuántas cajitas de polvos de arroz compró el puneño en el espacio de un año? Y aprendió a disimular lo cobrizo de su tez; sin embargo, el dorso de las manos, conservaba la color primitiva...

Llevaba saco con pechos postizos y abultadas hombreras. Un día, no sé qué barruntos tuvo de que le fligaban por la calle. Promediaba diciembre. Llegó sudando a mares, con la pavita en la mano. González Crámer, así que le lo vio, rompió a decir:

— ¡Gil... Pablo... soltó la trocha, comprate un rancho... ¡Con este calor... Gil de pava!...

¡Sí, sí, para evitar de que le pusieran remoquetes afrentosos, estaba decidido a comprar un pajeño, una cascarita...

Una lechigada de mozalbetes le había tomado por el pato de la boda.

Y cortaba grande el puneño... Por las vacaciones, los llevaría a su finca, una finca que abarcaba ochenta leguas. ¡Muchachas?... pocas muchachas había en la Puna, pero eran una flor... Les aconsejaba que aprendieran a coquear. ¡Cómo aguantarían la puna sin el acuyico?

Juan de Dios refería a sus amigos que su padre, don Froilán Kusikanky, era el Dios Chiquito de la Puna.

Entre bulla y holganza pasó el mozo tres años, tres años de juerga en las casas de mancebía. Y se hizo patotero... Los de su pandilla llamaban al Coya Kanky... Juan de Dios gastaba entonces monóculo y bastón con puño de oro. Cuando los vapores del mosto le nublaban los ojos, rompía espejos a puñetazos, hacía trizas las lamparitas eléctricas, arrojaba sillas a la calle y zurraba a su barragana...

Y Froilán Kusikanky, el viejo, no se daba cuenta. A veces pensaba para sí: Para todo es necesario gastar mucha plata...

III

— ¡Hola mister Mádison!... ¡Cuán to tiempo!... ¿Y su señora, mister Mádison?... ¡Oh, mi querido mister Mádison!... Hombres como ese mister Mádison hay pocos, contados.

El inglés sonreía flemático.

— ¡Qué mister Mádison éste! ¡Qué rico tipo de inglés graduado en Oxford!... Sentémonos, mister Mádison... Estamos en Buenos Aires, ¿no es verdad mister?... ¿Quiere que bebamos a la salud de su distinguida esposa?

Y se puso el monóculo y dejó sobre una silla el bastón.

OBSEQUIO

Dos grandes productos nacionales

KALISAY



es el Aperitivo Quinado que recomiendan los médicos para uso familiar, por ser un verdadero estimulante de gran valor tónico y digestivo; y el

Vinagre OMEGA

que se obtiene del mejor vino argentino sin ácido acético artificial, base de los vulgares vinagres tan perjudiciales para el estómago e intestinos. EL VINAGRE OMEGA obtuvo, por su pureza, el Primer Premio de la Municipalidad y Gran Premio y Medalla de Oro en la última Exposición de la Industria Argentina.

El valor del contenido de cada estuche excede de \$ 1.50 min. Sin embargo, se remite, libre de gastos, a todo el que nos envíe \$ 0.50 en efectivo o en estampillas de correo.

Sres. LAGORIO y Cia., Lda. (S. A.)
24 de Noviembre 480, B. Aires.

Deseando recibir el Estuche que anuncian, acompaño \$ 0.50 centavos.

Nombre
Domicilio
Localidad
F. C. Provincia

F. M.

— No se admire, mister Mádison; he cambiado de genio y de traza... Don Carlos le miraba las cejas.
— La moda aconseja llevar cejas finas, finitas... ¡Qué mister Mádison éste!

— Me casé, mister Mádison!... No, no, digo mal, me voy a casar, mister Mádison. Mi novia es blanca, rubia, rubia de ojos azules. ¡Oh, mi bella Noemí!...



BOLIVIA. — Un detalle de una hermosa plaza pública de La Paz

Juan de Dios se quitó el sombrero y sonrió ufano. Miró don Carlos el pelo de su amigo, un pelo negro, apretado con gomina y desató una carcajada breve, bronca...

IV

De aquel mozo que llegó de tierras nortefías sólo quedaba un esqueleto cubierto de carne momia.

Y una tarde de otoño, brumosa y lánguida, Juan de Dios Kusikanky se desplomó de bruces en una acera... ¡Oh, la trágica palidez de su rostro cobrizo! Quedó como embozado mirando fijamente el cielo con sus grandes ojos opacos...

— ¡La Sala!...

— ¡Un estudiante!

— ¡La Sala!...

— ¡Qué suerte le da estos pobres estudiantes provincianos!...

A sus pies, un código...

— ¡Pobrecito, iba a la Facultad!...

De sus labios bermejos manaba nevada espuma.

— ¡La Sala!...

— ¡Pobrecito!...

Y fué una mano blanca y perfumada y suave y fina la que le acarició...

Quedó como embozado, mirando fijamente el cielo gris, con sus grandes ojos opacos...

Casamiento a prueba

Entre los indígenas peruanos se acostumbra todavía que un año antes de efectuarse el matrimonio se realice el año de prueba. Si pasado este tiempo la experiencia no da buen resultado, se produce, entonces, la separación sin ningún detrimento o perjuicio para el hombre o la mujer.

Esta costumbre singularísima viene desde el Imperio de los Incas y resulta un buen remedio contra el divorcio.

Como consecuencia de esta costumbre, el porcentaje de los matrimonios felices es bastante considerable entre los miembros que forman la raza autóctona del Perú.

El disfraz

Moisés, el más antiguo de los escritores bíblicos, fué el primero en anatematizar los disfraces.

En el versículo quinto del capítulo XXVII del Deuteronomio se leen ya las siguientes líneas:

"La mujer no se pondrá vestiduras de hombre, ni el hombre usará vestiduras de mujer, porque el que hace esto es abominable ante Dios."

A lo cual añade un comentarista: "Porque la mujer, así, pierde la vergüenza, y el hombre, la dignidad".

LA OBRA MAESTRA

Por Jorge Pourcel

¡Ah maestro! Hace tanto tiempo que deseaba conocerlo!... Desgraciadamente, la mayor parte del año vivo en Italia, donde tenemos grandes posesiones... No hagamos que atravesar París, de tarde en tarde... Hasta ahora no lo había encontrado a usted en ningún salón. Así que, cuando hace un rato oí pronunciar su nombre, mi corazón palpitó... Sí, se lo juro que he experimentado la emoción de una jovencita... ¡Es que me gusta tanto lo que usted hace!... Sus retratos, sobre todo. Son distintos, y sin embargo se parecen. Los conozco desde lejos. Digo: "He ahí un "Alberto Mirat". Nunca me equivoco. Tendrá usted que hacer mi retrato, maestro. ¡Me sentiré tan halagada, tan feliz!

Estaban sentados en el jardín de invierno, debajo de una palmera, a la entrada de los salones ruidosos, donde se bailaba. En la luz atenuada apenas se veían las caras. El podía tomarla por una mujer todavía hermosa y pensar que se había equivocado hacia un momento, cuando la luz brutal le iluminaba el rostro. Ella imaginarse un admirador que sonreía oyéndola en la sombra protectora.

Aunque sólo se conocían desde hacía una hora, se sentían ya amigos, y una simpatía vaga los aproximaba.

Alberto Mirato, pintor célebre, a quien aburrían las mujeres frívolas, de las que hula como de la peste, encontraba entretenida la charla gentil de aquella condesa Rospigliani. Nacida en Francia, había tomado de su país de adopción aquella música de la frase, aquella caricia de la voz, aquel encanto a la vez cálido y vivo de las hermozas italianas.

—Maestro — dijo con acento insinuante — explíqueme por qué todas sus cabezas de mujer tienen ese tipo ideal que las distingue, esa nariz ligeramente levantada, esa sonrisa audaz y pura a la vez, ese curioso lunar en un ángulo del labio. Se diría, ¡oh, voy a ser indiscreta, que ha sufrido usted la fascinación de una mujer única, y que, como Rafael, que pintaba siempre a la Fornarina, usted... ¿La señora Mirat tiene ese lunar sobre el labio?

Envolvió el atrevimiento de su pregunta con una risa ligera. El dijo gravemente:

—No hay ninguna señora Mirat. Nunca he sido casado. Tiene usted razón: he permanecido esclavo de un rostro: el de una niña de doce años.

Se extrañó de hablar así ante una desconocida; no tenía la costumbre de contar tan a la ligera sus secretos.

—¡Oh... diga!... ¡Cuénteme!

No podía volverse atrás.

—¡Oh!... una historia muy vulgar. Se remonta a mi infancia campesina, en una aldea perdida de la Gascuña. Yo era un pequeño pastor, y cuidaba mi ganado en un campo que rodeaba el parque de un castillo. En ese parque solía jugar una niña de mi edad.

Desde mi prado yo oía su risa.

Un día tuve la tentación de trepar sobre la pared del cerco, y la vi corriendo por las avenidas del parque, con las polleras y los cabellos al viento, tan pronto en la luz como en la sombra... Había flores en torno de ella, rosas blancas y amarillas, y un charco de agua circular, donde el sol se reflejaba. Arriba, el gran cielo gascón.

Nunca he podido olvidar el cuadro donde se me apareció mi bella

princesa por vez primera. ¡Oh, aquella mirada, aquella sonrisa, aquel intenso y luminoso rostro de pequeña hada!... ¡Cuántas horas apasionadas pasé contemplándola, acechando un gesto, una curva de su cuerpo, una expresión de su mirada. El veneno sutil descendía sobre mí y me embriagaba prodigiosamente. Reproduje los rasgos de la pequeña castellana sobre mis cuadernos de colegial, sobre la cal de las paredes, sobre la madera de las puertas.

Tuve la suerte, vagando por el camino real, de encontrar entre el pedrusco, un medallón con círculo de oro, donde estaba encerrado el retrato de la jovencita y que la vieja condesa había perdido.

Poco tiempo después supe que los

CANTO A BOLIVIA

En plena majestad cordillerana,
como cóndor que abate el alto vuelo
o tierra que se yergue en vivo anhelo
de alcanzar la pureza soberana
de un esplendente cielo,
se alza la noble patria boliviana.

La grandeza sin par de su paisaje,
valle frondoso o gigantesco pico,
se abre como el fastuoso varillaje
de un soberbio abanico.

Y allí está el Illimani prodigioso,
formidable coloso

que guarda de Bolivia el lar fecundo
y que caerá iracundo

con su roca y su nieve,

como pantera en celo,

si algún día una mano vil se atreve
a hollar la libertad del patrio suelo.

¡Bolivia! ¡Tierra hermosa!

De todas las naciones de habla hispana

eres la más sencilla y generosa,

¡y la mejor hermana,

porque en horas difíciles y de contraria suerte

mantienes sin rencores tu espíritu sereno

y esperas que al imperio de la ley del más fuerte

se imponga la razón de lo justo y lo bueno!

No importan tiempo largo ni accidentada ruta
porque el alma inmortal cualquier nudo desata

y así, mientras la gloria tus destinos escruta,

guarda tu pabellón la silvestre kantuta

y ahonda sus veneros tu Potosí de plata.

Y allá, el faro triunfal,

flor de todo saber, viva corola

de tu universitaria Charcas tradicional,

que derramó su luz espiritual

sobre toda la América española.

Vigila tus caminos de paz y de progreso,

lleva en alto tu lámpara votiva

y remueve en pacífico proceso

tu frontera cautiva,

que en el derecho nuevo ya germina

la ley moral que a tu favor se inclina

y pronto llevarás al mundo entero

las riquezas que forman el venero

de tu suelo prolífico.

enarbolando con gentil decoro

tu tricolor que al firmamento lanza

una gota de sangre y una gota de oro

y una gota del verde germen de la esperanza.

José MARTÍNEZ JEREZ



—¿Qué hace usted contra los microbios?

—Primero hiervo el agua, luego la filtro.

—¿Y después?

—Después tomo del famoso HIERRO QUI NA BISLERI

habitantes del castillo abandonaban el país. Esperé en un recodo del camino el coche que los llevaba a la estación. Cuando ella pasó ante mí, agité las manos y tendí el medallón. Pero se equivocaron en el significado de mi ademán, tomándose por un pequeño mendigo que pedía limosna".

—¡Siga, cochero! — gritó la niña cruel.

Corrí detrás; pero cuanto más corría los caballos excitados iban más de prisa. Ella, de pie en el coche, se reía de mi inútil persecución. Caí sin aliento sobre el polvo, con el medallón en la mano...

Jamás la volví a ver... Toda mi vida he perseguido, sin poderlo alcanzar, el rostro inolvidable. ¿Le gustan a usted mis retratos, condesa? ¡Ah!... ¡Si hubiera usted visto aquella mirada, aquella boca, aquel lunar conmovedor en un ángulo del labio!...

Se calló con la voz temblorosa de emoción. La condesa Rospigliani murmuró:

—Muy conmovedor... Pero ¿cómo se llamaba la niña?

—Se llamaba Solange... Solange de Chanteraine...

... Condesa de Rospigliani — acabó la condesa como un eco.

—No es posible — dijo él. — Mire, aquí está el medallón. ¡Exáminelo!

Y su ojo de pintor escrutaba angustiosamente aquel rostro para encontrar los rasgos de su gran amor obsesante.

La vio acercarse, a una lámpara e inclinó su cara, marchita y cubierta de afeltes, sobre el rostro puro.

Debajo de los rasgos devastados por los años, Alberto Mirat reconoció a Solange de Chanteraine.

Con tristeza indecible, con una angustia de todo su ser, miraba a aquella vieja que se contemplaba en su pasado.

¡He ahí lo que la vida había hecho del fervor de sus sueños, de su más bella ilusión!

Ella volvió hacia él sus dientes de oro, y dijo coquetamente:

—Tiene usted la suerte de haber alcanzado al fin el coche. Ahora que tiene a la vista su ideal, podrá usted pintar al fin su obra maestra.

VESANIAS

En la locura de la mayor parte de los insanos hay como un reflejo permanente de la vida anterior en que fueron cuerdos.

La idea fija de los monomaniacos es, casi siempre, la cristalización cerebral de un recuerdo o de una impresión dominadora que les tiranizó mientras disfrutaron el bien inestimable del sano juicio, si por suerte tuvieron alguna vez juicio sano completo; punto hartamente dudoso, pues en el mejor cerebro labra tenazmente su obra la carcoma de la vesania.

Los que por haber amado con exceso la gloria humana caen en el delirio perpetuo de las grandezas y sueñan despiertos, con alma bienhechora, encubramientos magníficos tales como su mente los soñó cuando no estaba perturbada, y aún más grandes, pontifican e imperan en el manicomio ocupando solios imaginarios que les erige y adorna su desvarío. Y la Bien Amada se les muestra a todo momento bajo los rasgos de una diosa amiga que, después de haberlos exaltado al pináculo, les ofrece la plenitud de las satisfacciones de la vanidad.

Deben ser felices en ese estado de personalidad fingida que les permite llevar cetro y les rodea fantásticamente de esplendores imperiales.

Felices también deben ser aquéllos que se levantan en las alas siniestras de la locura con tanta intensidad que al fin, para ello solos, la materializan, la hacen viva y verdadera.

Los anales de la alienación nos hablan de estas irrealidades poderosas que alimentan y mecen ciertos espíritus desquiciados, prestando un contorno real a la quimera que adoran, llenándoles de deslumbrantes chispas las tinieblas en que están envueltos.

Algunos seres de normales apariencias viven así en la linde misteriosa donde la cordura acaba y la insania empieza, sin que la gente les juzgue enagenados ni nadie les señale el camino de la casa de salud. Pero su semidemenia no estorba, no daña, y les asegura la felicidad. ¿Acaso no se ha dicho y se repite acertadamente que la dicha es un sueño? Pues semejantes locos pacíficos y libres sueñan, cual los demás; todos los locos sueñan, sólo que unos dejan correr la imaginación por espacios iluminados y otros por horizontes tenebrosos.

La locura es una excelente querida, fiel y generosa, cuando muestra a sus prolijados la cara risueña de las ilusiones que hacen el vivir grato: renombre, elevación social, juventud perenne, amores venturosos y fáciles, pompas mundanas empenachadas de vanidad. Shakespeare ha reencarnado en muchos locos. Napoleón Bonaparte ha continuado sus hazañas en los manicomios, reducido a caricatura, y en su leyenda rebajada hasta la parodia por gracia del genio malo que invierte las cosas, trastorna las ideas, y trueca la existencia en un Carnaval psíquico, mejor dicho psiquiátrico, dentro de sus reinos.

Existe en un manicomio un loco singular cuya locura consiste en que cuantos ruidos escucha, siquiera sean los más ásperos y desapacibles, luego al punto los traduce por aplausos, y, oyéndolos, su rostro se anima, su mirada se enciende, su cuerpo se sacude y se dobla en actitud de dar las gracias.

Los gritos roncros de sus compañeros de infortunio, los silbidos del viento entre las ramas, los golpes con que los loqueros aplacan la acometividad iracunda de los locos furiosos, el chirrido de los goznes de las puertas, todo, en fin, le suena a la música seductora de las ovaciones. Y estas ovaciones continuas son para él, exclusivamente para él.

Este extraño personaje fué en su juventud un artista malogrado que tuvo la pasión de su arte, pero le faltó el *quid divinum*. Luchó desesperadamente por la gloria, se agotó en la lucha, y vino a caer en el abismo donde la locura, compasiva, fomenta sin tregua su ilusión de triunfo. La naturaleza entera le aplaude; su soledad se halla poblada de muchedumbres invisibles que le festejan, los más agrios sonos, por

una dichosa aberración auditiva, se le figuran ecos armoniosos de un aplauso aprobador.

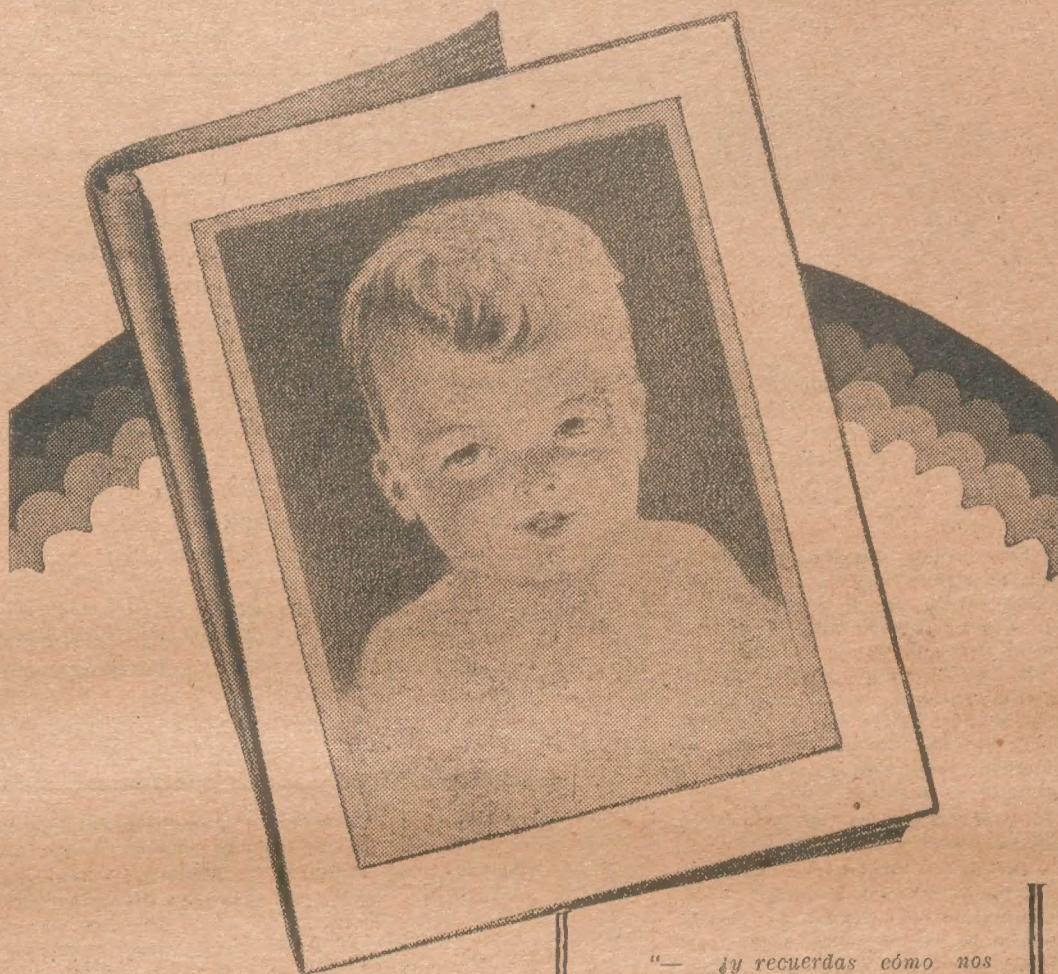
¿No creéis, lectores, que ese loco se asemeja a muchísimos cuerdos, de vosotros conocidos?

Francisco GONZALEZ DIAZ

Tranvías con ruedas de goma

Los tranvías serán dotados de ruedas con neumáticos que les permitirán una marcha más

silenciosa y más suave el resulta prácticamente ventajoso un nuevo tipo de rueda inventado por S. C. Hatfield, de Baltimore, y ahora en ensayo, por una empresa de esa ciudad. Esa rueda, en vez de tener el neumático como llanta, es decir, en el borde extremo de la rueda, como los automóviles, lo tiene cerca del centro, rodeando a la maza, de suerte que la goma de la cámara, ya maciza con perforaciones, no se pone en contacto con el riel que la destruiría rápidamente. Pero insertada en el cuerpo de la rueda elimina la rigidez de ésta y amortigua la trepidación.



CERVECERIA PALERMO S. A.

BUENOS AIRES



— ¿y recuerdas cómo nos preocupaba la salud de Bebé? Ahora está lindísimo, robusto, bullicioso...

¡Si vieras qué lucha tuvo el pobre fotógrafo para hacerte este retrato! En el preciso instante le hacía cuernitos y le sacaba la lengua; o si no, le disparaba por toda la sala, a caballo de algún listón de marco...

¿Verdad que ni parece el mismo? Pero también hay que ver una cosas ¡qué lactancia pude darle! Rica, abundante, nutritiva... Se tomaba cada pecho que daba miedo; y le satisfacía que era un gusto, porque la Malta Palermo es realmente una maravilla en esas circunstancias...

Malta
PALERMO

Publ. P.A. Weber

No hay que perder el tren

Por Luis Antonelli

Personajes: *Andrés Fazio. — Ida. — El Desconocido. — La criada.*—La acción ocurre de noche, en una villa de los alrededores de la ciudad. Comedor ricamente amueblado. Dos puertas; una al fondo, otra a la izquierda, que comunica con el dormitorio de los esposos Fazio. A la derecha un balcón, que da al jardín. Es cerca de media noche. Andrés Fazio debía haberse ido; pero, como ocurre en las comedias y muy a menudo en la vida, ha llegado a la estación, y no ha tomado el tren, porque en la sala de espera se ha encontrado precisamente con la persona a quien deseaba hablar de un negocio. Se han puesto de acuerdo allí mismo, y Andrés, muy satisfecho, ha vuelto a su casa. Pero las partidas frustradas siempre han traído desgracia. No se opone uno impunemente al destino. Regla general: cuando se sale de casa para tomar un tren, hay que tomarlo. Y si se pierde, subir al siguiente. Si no lo hay, irse al hotel. Pero nunca, nunca, volver a casa.

Este prólogo, que no era necesario, porque todo se verá suficientemente explicado en el diálogo que va a leerse, hemos querido ofrecerlo al lector para que no espere de esta acción teatral, alguna inverosímil sorpresa. Los acontecimientos se desarrollarán con la inexorable fatalidad de un tren que se pierde, y la mujer, el marido y el amante se agitarán sobre la escena para repetir la eterna historia de los amores de los hombres.

Andrés. — (Entra por la puerta del fondo con una pequeña valija, caminando en puntas de pies y pensando que dará una alegre sorpresa a su esposa, que no lo espera. Como la puerta del dormitorio está entornada y se ve luz, Andrés, que se disponía a llamar, se detiene perplejo y murmura). — ¿Cómo?... ¿Está levantada?... (Se resuelve a golpear la puerta con los nudillos). ¡Ida!... ¡Ida!...

(La señora no responde porque no está, pero acude, sobresaltada la criada).

La criada. — ¡El señor!

Andrés. — ¿Y qué tiene de raro?... No me he ido. ¿Hay en ello algo espantoso? ¿Dónde está la señora?

La criada. — En... en la terraza.

Andrés. — Pues vamos a la terraza... Venga conmigo. Espero que no habrá ocurrido ninguna desgracia en estas dos horas que faltó de casa.

La criada. — No... no, señor.

ESCENA II

(Un joven vestido de negro aparece viniendo del jardín y cautelosamente entra y se dirige al dormitorio. En el mismo instante se oyen fuera gritos y voces confusas).

La voz de Andrés (dominando a las otras). — ¡Está dentro!... ¡Está dentro, Anselmo!

Otra voz. — ¡Patrón!

La voz de Andrés. — ¡Cierra la verja! (Oyense dos gritos de mujer).

Otra voz. — ¡Está dentro el ladrón!

Otra voz. — ¡El balcón!... ¡El balcón!...

¡GLORIA!

Ah, por la insigne gloria de tus besos
llegué a recuperar la fe perdida
y quiero retribuirte, con excesos,
tu desvelo y tu bien para mi herida

Yo, que no sé de altares ni de rezos
tendré, desde hoy, mi virgen bendecida
en el altar mayor de los confesos
amores inmortales de la vida.

Por tí y para tí, todos los días,
en el augusto templo del Ensueño
elevantaré piadosas letanías.

Y cuando el Cristo de la gran leyenda
se entere de tu empeño y de mi empeño,
hará cuajar de flores nuestra senda.

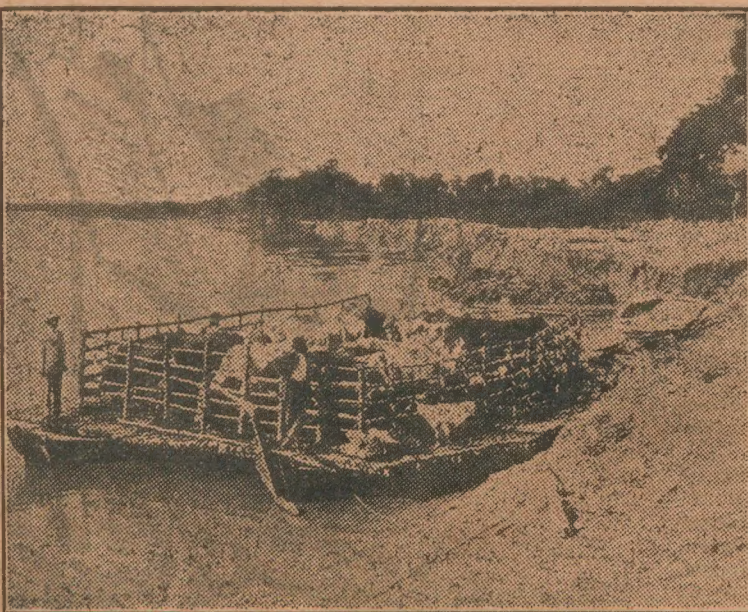
M. CIRES IRIGOYEN

(El desconocido, aterrorizado, quiere volver atrás, pero ve que la fuga es imposible. Las voces de "¡Ladrón! ¡Ladrón!", diríase que le azotan la cara, pero son las que determinan su resolución. Después de un momento de perplejidad y con instintivo gesto de repugnancia, corre hacia un mueble, abre un cajón y empieza a sacar diversos objetos. Andrés abre violentamente la puerta y el desconocido, confuso, permanece inmóvil).

Andrés (con tranquilidad). —

mado usted al comisario, a él le responderé lo que me plazca.

Andrés. — (hablando por teléfono). — Sí, amigo Del Drago... Soy yo... En casa ha entrado un ladrón y está encerrado aquí conmigo... Bueno, bueno... Esperaré... Hasta luego. (Cuelga el receptor y se dirige al desconocido). Me cree usted pusilánime porque detesto el escándalo y le agrada fingirse héroe haciéndose pasar por ladrón... Sé que lo hace usted por ella... No le conozco, no sé qué opinión debo



BOLIVIA. — Un callapo de Limoque esperando lanchas para su remolque.

Si Usted Tiene Tos.

TOME

PASTILLAS RIN-RIN

En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1. — la caja

formar de usted... Pero, en realidad, tampoco conozco a mi esposa... Sin embargo, la amo como al principio de nuestra unión hace un año... Ahora ha quedado algo roto para siempre... Podrá decir que ha deshecho usted mi vida, pero volveré a rehacerla... ¡Ah!... Eso se lo juro. En la vida todo depende de saber con quién se trata. El valor de nuestras desdichas es igual al valor e importancia de quien las provoca... Tal vez habría amado a mi mujer toda la vida, si yo no hubiese vuelto de la estación... Felizmente, siempre he tenido mucha sangre fría, y a pesar de lo inesperado de los hechos, los he contemplado serenamente y hasta con curiosidad. Cuando una piedra me caía encima, yo dejaba aparte el dolor y observaba y estudiaba la piedra... Hoy me ve usted abrumado, porque mi esposa se ha revelado como una mala mujer... ¡Oh! Sé que usted la defiende... Tal vez sea una pasión, una gran pasión... No sé si será usted capaz de inspirarla... Pero lo sabré pronto... Voy a llamar a Ida.

El Desconocido. — ¡No!

Andrés. — ¡Sí!... Ella no sabe que yo he adivinado quién era usted y no se lo diré por ahora... Usted es un ladrón que se ha introducido de noche en mi casa.

El Desconocido. — ¡Oh! No tiene usted derecho a hacer eso... Si me gesto tiene por objeto no comprometerla a los ojos del mundo, si yo sacrifico mi vida tal vez para siempre, si después de mi condena me veo obligado a emigrar, todo esto debe tener un premio, aunque me sienta culpable frente a usted...

Andrés. — No me importa.

El Desconocido. — ¡Usted no lo hará!... Prefiero que me mate.

Andrés. — La mataré a ella, si me parece, y delante de usted. No trate de complicar la posición de una mujer a quien hace un momento respetaba usted hasta el punto de sacrificarse por ella.

El Desconocido. — Pero usted, de una manera absurda, hace inútil mi sacrificio.

Andrés. — No: porque aún no he expuesto todas mis ideas, y lo que va a ocurrir dentro de poco quedará entre nosotros tres. (Llama a la criada y ésta aparece más muerta que viva). — ¿Está ahí la señora?

La criada. — Sí, señor.

Andrés. — Este hombre entró aquí para robar... Felizmente, le he sorprendido y no ha podido llevarse nada... He telefonado al comisario, que vendrá dentro de poco con dos agentes... Dígame a la señora que venga y que no tenga miedo... Estoy armado. (La criada sale).

El Desconocido. — ¡Oh!... ¡Cómo le desprecio!

Andrés. — (riendo nerviosamente). — Hace usted bien... Yo me encuentro bastante despreciable en

estos momentos, pero continuó desarrellando mi plan.

(Ida aparece, palidísima. Mira con desconfianza a su marido, como si temiera caer en alguna trampa. Al oír las primeras palabras de Andrés, cambia de expresión y respira como aliviada de un gran peso).

Andrés. — Entra, querida... He sorprendido a este hombre, como vulgarmente se dice, con las manos en la masa, y acabo de avisar a la comisaría... Pero ¿cómo no has venido antes?

Ida. — El miedo me hizo perder el sentido... Felizmente, estaba a mi lado la criada.

Andrés. — Menos mal... En fin, todo se reduce a una pequeña molestia.

Ida. — ¿Y después?

Andrés. — Eso es cuestión suya. Le interrogarán, le condenarán, irá a la cárcel... ¡Peor para él!... Bien podía haber elegido otro oficio... (Sin dejar de mirarla). Por fortuna, yo llegaba en aquel momento de la estación... ¡Imagínate tu terror al verte sola con ese hombre!

Ida. — (acercándose a Andrés). — ¡Oh!... ¡Me hubiera muerto!

Andrés. — ¿De miedo?... ¡Pobre Ida!... ¡Y mira cómo se arruina la juventud!... Tal vez este muchacho sea de buena familia, tenga padres honestos... Por su torpeza, me parece un principiante... No tiene aspecto de profesional... ¡Bah!... Ahora llega el comisario y habrá un naufrago más (Ida aprovechando un momento en que el desconocido no la mira, se encoge de hombros como aprobando lo que dice su marido. Este la ve y agrega): Haces bien en encogerte de hombros... ¿Qué nos importa?... Pero confiesa que se necesitaría tener un alma muy cínica para no sentir la miseria de ciertos momentos.

El Desconocido (estallando). — ¡Basta!... ¡Basta!... ¡Está mintiendo!... ¡No le crea!... ¡Le está mintiendo! ¡Lo sabe todo!...

Andrés (con amargura). — ¡Pero si todo es de una espantosa evidencia!... A esta mujer no le importaba que usted pasara por ladrón para salvarla... ¡Qué grandeza de alma!... Vamos: le dispenso a usted de su gesto heroico, ya que nos hallamos en plena miseria... Estaría fuera de tono... Resérvela usted para algo más noble... Y ahora... ¡fuera!... No quiero ver en mi casa ni a uno ni a otra... Usted, joven, váyase en

seguida... (Abre la puerta). En seguida, antes que llegue el comisario... Cuando venga, le diré que usted se ha escapado, inventaré cualquier cosa... ¡Fuera, le digo!... ¡O no seré dueño de mí! (El desconocido se va, Andrés vuelve hacia su esposa). ¡Qué miseria!... ¡Pero la tuya es peor aún!... Más triste, más mezquina!... ¡Cómo!... ¿Ese muchacho comprometía su vida por ti y ni siquiera has protestado, ni has hecho un ademán de lástima?... Si tú hubieras gritado, hubieras hecho un movimiento... ¡No sé!... Tal vez mi ira hubiese estallado, pero habría sabido respetar tu dolor, tu rebelión... Te odiaría, pero reconociendo en ti grandeza de alma... ¿En qué abismo de infamia estás hundida?... ¿Temes que te mate?... ¡Ah, no!... ¿Qué podría yo matar que no esté ya muerto en ti y en mí?... No caigas de rodillas, no me pidas perdón, no hagas escenas teatrales... ¡Cada uno por su lado!... Esto lo decidiremos de común acuerdo mañana... Ahora, vete... (La despidió con el gesto. Cuando Ida desaparece, Andrés cae en un sillón y un sollozo quiebra su garganta. Pero al oír pasos que se acercan, se levanta rápidamente, domina su emoción y acoge con risa jovial al comisario que aparece en la puerta.

En el baile

El (que ha pisado a ella). — ¿La he hecho mucho daño?...

Ella. — ¡Mucho!

El. — ¡Lo siento en el alma!

Ella. — Pues yo en el pie.

Terapéutica

El doctor. — Esta erupción es benigna, afortunadamente. ¿Ha comido usted pescado en malas condiciones? ¿Ha tenido algún disgusto?

El poeta. — Con mi suegra he regañado y, claro, me he sofocado.

El doctor. — Bien. Tomará usted la "aurasa" o la "estaflasa" y se va unos días al campo.

El poeta. — Comprendido; tomo "aurasa" y "estaflasa" y no volver en un año a casa.



BOLIVIA. — El camino a Calacala, en los alrededores de Cochabamba. El río Rocha, en día de avenida. — Al fondo: el cerro de San Pedro.



UN EXITO

La gran aceptación dispensada al camión "Rugby", hoy diseminado por todas las regiones del país, evidencia la franca acogida que le dispensara nuestro comercio.

Su potencia, solidez y perfección de conjunto, le hacen adaptable a los distintos usos de cada ramo.

El camión "Rugby", construido expresamente para la Argentina, llena una sentida necesidad en el transporte comercial.

CHASSIS REFORZADO

MOTOR CONTINENTAL

DISTANCIA ENTRE

Sello rojo

EJES 3.15 m.

EXENTO DE VIBRACIONES

FRENOS MUY POTENTES

FACILMENTE REGULABLES

SUMINISTRAMOS CARROCERIAS PARA CUALQUIER USO

IMPORTADORES:

DITLEVSEN & Cía. Ltda.

Casa Matriz: COCHABAMBA 54

Exposición: Av. de Mayo 600

BUENOS AIRES

José Miguel Lanza - Antonio José de Sucre Andrés Santa Cruz

El movimiento de la Independencia del Alto Perú, que tomó la go el legado de gloria de Bolívar, nombre auspicioso que ahora define bajo la transformación de Bolivia a uno de los más laboriosos y respetables pueblos del mundo, ofrece al historiador toda suerte de ejemplos de patriotismo, de generoso valor, de bien inspirada inteligencia. Recorriendo sus páginas evócase las figuras próceres que lo originaron y llevaron a su plenitud, y cuyas virtudes y hechos son constante lección de superioridad moral. Seguramente basta contemplar el sucesivo desarrollo de la nación hermana para advertir que tan magnífico espectáculo de organización política y social, y tan claro cuadro de cultura pública, no pueden ser sino el fruto del esfuerzo de hombres que estaban dotados de excepcionales cualidades. Bolivia ha dado a la historia el tipo del héroe integral, del héroe como consecuencia de la concentración de virtudes que generalmente no se complementan y se hallan dispersas en la idiosincrasia del individuo. Tanto es así que bien vale consignarlo en una breve divagación histórica. El héroe se perfila siempre como el ser que realiza empresas superiores, que se eleva por encima del nivel de valor común, que se sobrepone a sí mismo por el imperio de su propia fuerza interior.

Pero el héroe, como los dioses mitológicos, es la encarnación de un espíritu del bien o del mal, filosóficamente considerado. Por eso la historia cuenta el tipo de héroe que no puede conceptuarse tal sino dentro del concepto limitado, del partido, de la idea, aún del regionalismo. El héroe verdadero, puro, es sin embargo el que abarca el sentimiento humano y atrag la gratitud, la admiración, el recuerdo imperecedero de todos los pueblos. Y Bolivia nos ha dado el héroe íntegro, perfilado hondamente en todos sus caracteres morales e intelectuales, es decir, el héroe en su acepción cabal, absoluta. El General José Miguel Lanza, el General Antonio José de Sucre, el General Andrés Santa Cruz, se identifican en la imagen del héroe natural, tocado de la gracia divina y sensible a todas las aspiraciones del bien colectivo. La independencia de Bolivia surgió espontáneamente de la nobleza y la inteligencia de estos exelsos pro-hombres. Nunca hubo entre ellos las disensiones que malo-

gran o perturban los grandes movimientos de opinión social. Cuando el General José Miguel Lanza proclamó el 25 de Enero de 1825 la libertad integral de Bolivia, el floreciente Alto Perú que durante los siglos de la Colonia constituyó la permanente disputa de los Virreynatos del Perú y del Río de la Plata, un acuerdo tácito fué la respuesta del General Antonio José de Sucre, que acababa de salvar el Río Desaguadero al frente de las fuerzas de Bolívar. Ya en el dominio de la situación, el propio militar colombino fué el promotor de la Independencia de Bolivia. La asamblea de Chuquisaca, convocada el 25 de Mayo de 1826, ratificó la pro-

clamación del General José Miguel Lanza y encaró la tarea constitucionalista para dar formas institucionales al nuevo estado. Bolívar mismo, una vez llegado a la paz para imponerse del grado de sentimiento de Independencia que había pretendido en el Alto Perú, reconoció admirado que se trataba de una decisión irrevocable, y de que Bolivia era de hecho una nación, por el espíritu y la voluntad de sus hijos. Libre de las vicisitudes históricas que todavía debían conmovir los cimientos de la independencia de los pueblos hermanos, Bolivia entró desde entonces al ejercicio total de su soberanía. El General Antonio José de Sucre llegó a la Presidencia de la nueva nación con el estímulo de los hé-

roes que con él habían sostenido la Independencia, y que se retiraron dignamente dándose por "beneficiados con usura", como dijo el libertador Don José de San Martín, con la satisfacción del deber patriótico cumplido.

El General Andrés de Santa Cruz sucedió a Sucre por el curso lógico de la rectificación constitucional sancionada por los representantes de Bolivia. Y al vencedor de Junín rodearon para siempre la veneración y la gratitud del heroico pueblo norteno.

Un ambiente de espíritus superiores es por todo ello el que se aspira en las páginas de la historia de Bolivia. Héroes generosos, nobles, animados de anhelos jamás ensombrecidos por las pasiones políticas que hostilizan las causas humanas, combatieron con fervor intenso por la Independencia patria no reclamando para ellos, a justo título, otra retribución que el recuerdo y el bien de las generaciones futuras.



BOLIVIA. — En las tardes de verano, nubes tempestuosas se arremolinan sobre el Illimani, turbando la serenidad hierática del soberbio nevado que se alza en las cercanías de La Paz



BOLIVIA. — Pequeña aldea en las montañas del distrito de Sorata



BOLIVIA. — El Illimani, la maravillosa montaña que "acendra luz en su plúmón de nieve".

ENIGMA

Por Claudio Gevel

Al llegar a su casa para almorzar, Mauricio Varne encontró la siguiente carta:

"Quiero porque le adoro. Estaré esta tarde, a las seis, en un "taxi", en la calle Boissy-d'Anglas, esquina a la plaza de la Concordia. Le esperaré. No tema tener complicaciones. Esta entrevista será única".

Sorprendido y enfatuado, Mauricio sonrió. La escritura era elegante y demostraba señales de emoción. Esto tranquilizaba a Mauricio respecto a la índole social de aquella enamorada desconocida, mas no le daba ninguna luz sobre quién podría ser.

Pensaba en sus amistades. ¿Quién sería aquella mujer que él había seducido sin saberlo? Renunció a adivinarlo, porque, como era un tipo distinguido y agradable, y, además, el novelista de moda, tenía muchas admiradoras.

Como aún no tenía treinta años, edad en la que comienza el escepticismo, no admitió que aquella carta pudiese ser una broma, y no dudó ni un momento en acudir a la cita. El misterio de aquella aventura imprevista le atraía. La espera es el momento más delicioso del amor. Lo que se ignora, el enigma, es en la vida lo que más encanta. Mauricio, que no sabía nada de aquella mujer, conoció plenamente esos minutos fascinadores. Soñó con su desconocida y la dedicó un soneto, y se arregló con más esmero que de ordinario.

Cuando pasó por la Magdalena vió que eran las cinco y media. Se puso rojo pensando en que llegaba con una anticipación de colegial, y bajó despacio hacia la Concordia. Al llegar a la plaza encontró un "taxi" en el sitio indicado.

Una mano enguantada le hizo una seña desde la ventanilla, y en cuanto Mauricio subió el "taxi" se puso en marcha.

La brusca partida del "auto" inquietó al novelista, y estuvo un instante sin saber qué decir.

Al ver su mutismo, la desconocida exclamó, congiéndole las manos:

—¡Gracias por haber venido! Dada su caballerosidad y galantería, yo esperaba que usted viniese: si no hubiera sido así, hubiese sido muy desgraciada.

Mauricio contemplaba su interlocutora. Esta llevaba un sombrero encajado hasta los ojos, y un cuello de piel subido, y su perfume embriagaba. Como era a principios de invierno, había anochecido ya completamente. El "taxi" avanzaba con lentitud. Mauricio pensó que hasta que no supiese quién era ella, su mejor papel era permanecer silencioso.

—No estoy loca — continuó diciendo su misteriosa compañera. Quizá usted se burle de mí... Soy una mujer honrada; pero de imaginación un poco exaltada... ¿Sonríe usted? Contradice mis palabras mi presencia en este "taxi"... ¿no es cierto? Escúcheme y luego puede juzgarme como mejor le plazca.

En su voz, en su porte distinguido Mauricio buscaba en vano un indicio.

Ella le refirió cómo se había enamorado de él. Había nacido su amor casi sin darse ella cuenta, bastando una novela suya y una conferencia literaria a la que ella había asistido. Desde entonces su recuerdo había sido su compañero en las horas grises de su existencia. Se había informado de dónde vivía y había pasado infinidad de veces frente a su casa con la esperanza de verle...

Cuando ella terminó de hablar, Mauricio murmuró emocionado, sinceramente:

—¡Esta es la aventura más hermosa de mi vida! — e hizo un ademán para aproximarse a su interlocutora.

Ella le rechazó.

—Pues no la quitamos su encanto — repuso. No me confunda usted... Si yo he dado este paso es porque mi amor era demasiado inmenso para callarlo por más tiempo... Necesitaba verle de cerca, estar a su lado, oírle... Quería darle realidad a mi sueño... ¡Ahora, al saber que usted pensará en mí, ya no me sentiré tan sola...!

—¡Pero eso es una locura! — exclamó Mauricio con vehemencia.

Ella le interrumpió:

—No haga usted que me arrepienta de haber confiado en su caballerosidad y que no conserve un buen recuerdo de usted...

—¿No me dirá usted, al menos, su nombre?

—No.

—¿No quiere usted concederme nada?

La desconocida se quitó los guantes y sin decir una palabra alargó sus manos a Mauricio.

Eran finas, distinguidas y no llevaban en sus dedos ninguna sortija.

Amorosamente, el novelista las besó. Al poner en ella sus labios, Mauricio vió, a través del encaje que bordeaba el sombrero, que la desconocida cerraba los ojos...

Transcurrieron unos minutos. Ella entonces retiró sus manos de las de él y golpeó el cristal. El "taxi" se detuvo.

—¡Adios! — dijo la mujer.

La puerta se cerró, y la desconocida desapareció en la noche.

Al día siguiente, Mauricio recibió una carta lacónica.

"Soy muy fea. Nunca había conocido el amor. Si hubiese usted visto mi cara no guardaría como recuerdo los besos que usted estampó en mis manos"...

Mas él no lo creyó...

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263—Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

- 1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.
- 2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (167.966.614.03).
- 3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

La amistad argentino-paraguaya ha sido afianzada con la visita a nuestro país del presidente electo, doctor Guggiari quien expone admirables conceptos, por intermedio de "Fray Mocho"

Llegamos al Savoy Hotel, residencia del huésped grato e ilustre. El conserje, un hombre cosmopolita, enfundado en librea chispeante, nos indica:

—Adelante. El doctor Guggiari está siempre visible, hasta cuando duerme.

Efectivamente, el futuro mandatario de la querida nación hermana, es un hombre activo, infatigable, que atiende a todo el mundo, que conversa sobre los más diversos temas, sin dar señales del menor cansancio. Tan grande es la fila de personas que lo aguardan que suponemos que no llegaremos nunca hacia él con nuestro intento reporteril. Pero despachó a los visitantes con una paciencia benedictina. Contemplamos a un señor que habla y habla, un verdadero "solista"; el Presidente lo escucha impasible, imperturbable. Uno de los familiares nos lo hace notar.

—Es un abuso...

Tan exquisito don de gentes, tan refinada cultura posee, que nunca denota la menor molestia y soporta con estupenda complacencia hasta las insustanciales frases de tantos, desgraciadamente, zopencos, que se allegan a la presencia de los grandes.

Este es un rasgo de su simpática, sólida y cautivadora personalidad.

Nos saluda calurosamente. Habla con llaneza, como lo hacen los gentiles, hace olvidar la investidura que posee para llevar al periodista a un terreno de solidaridad, de camaradería, de amplia democracia. Su palabra fluye sincera, espontánea, precisa, suave, delicada y a la vez elegante. Refleja su mentalidad lucida, su cerebro robusto, su corazón noble. Lleva en sí el sello inconfundible del valor moral e intelectual, y se halla estereotipado en su faz el gesto de bondad que preside los actos de su vida regulada sobre la base de la verdad, el ideal y la virtud, trilogía que señala el alma de sublimes objetivos.

—Familiar me es FRAY MOCHO. Tengo en mi hogar la colección de esa revista, que estimo. Conoci a José S. Alvarez, aquel brillante escritor de costumbres, espíritu crítico, lírico y de selección humorista delicioso de sabores múltiples. No me es desconocida su obra que elogio sin reservas. Y la revista que recoge su herencia, y honra ese nombre, tiene mi predilección.

Agradecemos las expresiones del doctor Guggiari en cuanto valen.

Enciende un habano con entera displicencia. Nosotros, mientras el chassirette prepara la máquina para enfocar lo interrogamos. Pero

las preguntas huelgan con el entrevistado. Todo surge del diálogo. Los pensamientos del estadista se palpan exactos a través de su elocución elocuente. Y adivina con una sutileza y una intuición sorprenden-

sido la estada en la metrópoli, pero he podido comprobar cuán efectiva es la vinculación con mi patria y cuán hondos son los afectos de este pueblo por su hermano el paraguayo.



El presidente electo del Paraguay doctor P. Guggiari, acompañado del plenipotenciario del Paraguay en la cuestión de límites con Bolivia, doctor Fulgencio R. Moreno, del señor Benjamín Vilella, secretario privado, del señor Heriberto Gütz Fernández, auxiliar encargado de la custodia del presidente, de don Teodoro Fernández, de la dirección de Fray Mocho y de nuestro redactor señor Roque Cepeda Verón.

dentes lo que el más experto y vivaz de los repórteres desea oír de sus labios.

—Me retiro encantado de esta tierra fraterna. El poco tiempo que he permanecido en ella y que no ha podido ser mayor en razón del apremio de las circunstancias ha transcurrido sin que pudiera darme cuenta cabal, tan amable me ha

Pausa.

—¿Qué opina usted sobre la mujer nuestra?

—¡Ah!...

Esta exclamación resulta más significativa que cualquier discurso sobre el tema pedido.

—... es algo bastante escabroso. De manera que... mejor es que pasemos a otro asunto.

Dr. JOSE, P. GUGGIARI

Para Fray Mocho
La mejor política
entre los pueblos ha sido y
es la que acata lealmente
los factores naturales de
interdependencia. Así la
vinculación argentino-paraguaya
siempre una mutua comprensión
de los lazos geográficos,
etnográficos y económicos que le
imponen ineluctables derivaciones.
Buenos Aires, 2 Agosto/28
J. P. Guggiari

—¿Su modo de ver acerca de las cuestiones internacionales, relacionada con la fraternidad argentino-paraguaya y su acción futura de gobierno?

—Las Naciones de América tienden, evidentemente, a un mayor acercamiento mutuo, haciéndose todos los días más clara conciencia del lucido instinto popular que desde los albores de la emancipación americana pugnó por la solidaridad continental.

Ese impulso permanente de nuestros pueblos, ejercitado aun cuando la razón no lo percibiera en muchas ocasiones, encuentra hoy ancho cauce en los gobiernos democráticos cada vez más perfectos y vigorosos en todos los países del Nuevo Mundo. Y a su amparo se realiza una civilización capaz de modificar los moldes clásicos de la humanidad política.

Es probable que en el seno de nuestras colectividades adquieran realizaciones efectivas los anhelos de paz constante y fraternidad que en otras partes fracasan con desalentadora frecuencia.

En el Paraguay también, a la par de la expresión democrática crece y se afianza ese espíritu de amplio americanismo; y es por su mandato que yo emprendí las visitas consumadas en estos días, lamentando que circunstancias personales me hayan impedido extenderlas a todos los pueblos que mi país contempla con idénticos sentimientos de hermandad y de progreso solidario.

Los anhelos del nuevo Presidente del Paraguay son nobilísimos y luminosos.

Es de desear que ellos guíen a los hombres hacia esa armonía suprema con la fe que enciende en los espíritus el amor a la Paz, esa visión celeste que conduce al cielo.

Hoy para consolidar eternamente la amistad inalterable entre Argentina y Paraguay, debe condonarse la deuda de guerra, y aunque creemos que los trofeos ganados en épicas contiendas que la epopeya exalta no deben salir de los museos donde fueron destinados por cuanto son símbolos de glorias pasadas, en este caso, y sin que ello sea un precedente que no sería bueno, debe realizarse como un homenaje hacia la gran nación paraguaya, homenaje que refleja la voluntad de todo el pueblo, representantes y gobierno argentino, y que ha surgido con una espontaneidad que es ley que merece absoluto acatamiento.

Roque CEPEDA VERON

Paternidad

Como tú has dirigido sus estudios de bachillerato, habrás advertido la vocación profesional de cada uno.

—Me parece que Juan culminará en la medicina, pues su mentalidad inquisidora y reposada...

—¿Y Pedro?

—Francamente, no he podido...

—Tiene la misma vocación que el otro, me consta.

—Tanto mejor.

—Así, he resuelto que Pedro haga sus estudios en París.

—¿Y Juan?

—El mantenimiento de Pedro allá, va a consumir todas mis economías.

—La verdad es que Juan ha sido mejor estudiante que Pedro; hecho que atribuyo no a la circunstancia de que uno tenga más inteligencia que otro, sino más dedicación.

—Seguramente; y pienso que el ambiente universitario de París estimulará a Pedro.

—Y si yo acabara por confesarle que Pedro no es tan inteligente como Juan; o, más claramente aún, que no es inteligente?

—Pues, en tal caso, me bastaría esa sola razón para ocuparme del porvenir de Pedro más que del de Juan, porque éste tiene talento, y el talento se impone por sí solo, ¿no es cierto?

—No tanto... De todos modos, ambos son tus hijos.

—Sí, pero sólo Pedro lleva mi apellido.

Halago

Se detuvo en el umbral de la puerta y sonrió ante el aposento, como un pintor ante el cuadro que acaba de terminar.

El cariño con que amaba a su hermano, prolongado hasta su caída, irradió en la atención de sus ojos, y en el afán de sus manos, al colocar, en el aposento que compuso para ellos, los lazos de las cortinas, las iluminadas imágenes de santos, las rosas, los muebles, relictos.

Pensaba:

—Mi pobre cuñada! Cómo se resigna a esa vida de campo, con el mezquino sueldo que gana mi hermano. Y negarse a venir a casa y quedarse aquí hasta que él obtenga algún empleo urbano que le permita educar a sus hijos, esos tristes muchachos que retozan con los perros y dialogan con los papagayos, pero que, ante sus familiares, permanecen silenciosos, torpes, desconfiados... Ah!, pero lo que es ahora, una vez que estén en casa, no les dejaré retornar al campo.

En efecto: su cuñada, atraída por las fiestas beatificadoras de Juan de Eudes, magnificadas por la asistencia de un cardenal, cerraba su casa paupérrima para venir a la ciudad.

Y llegaron; y, mientras los hijos de la dueña de la casa irrumpían en gritos de júbilo al abrazar a sus primos, ella condujo a los padres de éstos al aposento que les había compuesto.

Se decía:

—¡Qué sorpresa! Cómo quedarán encantados!

Así, al entrar al aposento, el hermano murmuraba a su mujer:

—Cualquiera diría que venimos de la iglesia, acabados de casar, ¿verdad?

—Sí, contestó la mujer, ocultando su irritación, esa irritación que causa a una persona basta, la presencia de una persona culta.

Y, como la hermana del marido se retirara, regocijada, la mujer gruñó más que dijo al marido:

—¿Lo ves? Nos ha preparado todo para humillarnos...

Honor

El fratricida se puso de pie, y dijo:

—Señor juez, yo siempre he sido sencillo y preciso como un buen reloj. Mis recuerdos, pues, son exactos. Hélos aquí:

—El hombre se debe, ante todo, a su honor, ¿verdad?, me preguntó, con gravedad, mi hermano.

—Seguramente, respondí, convencido.

El volvió a preguntarme:

—De modo que si tú supieras que yo vivo ignorantemente en el deshonor doméstico, me lo harías saber?

—Puesto que soy tu hermano, contesté con firmeza.

Pero él insistió, escrutándome los ojos:

—Y si esa ignorancia me permitiera ser feliz?

Entonces, parece que yo, lleno de un indefinible temor, hice un gesto de huir, pues mi hermano me tomó ambas manos en las suyas, exclamando:

—Es preciso que tengas valor para escucharme, a fin de que sepas...

Yo le interrumpí, diciéndole, con el acento de quien suplica que no le asesinen:

—No me digas nada, no quiero saber nada!

Sin embargo, él quiso continuar; pero, me fué dable impedirselo, pude salvar mi felicidad. ¿Cómo? Pues le apreté a mi hermano la garganta hasta que, después de él balbucir algo, creo que la palabra "honor", no pudo decir más nada...

R. PEREZ ALFONSECA

No se lo deje agravar!



Lo que ahora no es sino un "simple resfriadito" pillado a causa del pícaro tiempo, puede, si se lo descuida, convertirse en una pulmonía!

¡Atáquelo cuanto antes, tomando

Fenaspirina

No sólo alivia el dolor de cabeza, el quebranto, el escalofrío y los demás síntomas iniciales del resfriado, sino que **positivamente no lo deje agravar**, porque descongela los centros afectados, impide el desarrollo de los gérmenes y facilita la expulsión de las toxinas.

No trastorna el estómago ni afecta el corazón.

Dos tabletas tomadas al acostarse con una limonada caliente (un limón exprimido en una taza de agua hirviendo, con o sin azúcar) **acelera considerablemente el resultado.**

BAYER

Para la molesta obstrucción de las narices, **Rape Medicinal Bayer OXAN.** Destapa, refresca, facilita la fluxión despeja la cabeza y ayuda a cortar el resfriado.

El doctor Sergio Voronoff, es entrevistado, a su llegada a Río de Janeiro, por nuestro representante especial, doctor Pablo Tagliaferro

FRAY MOCHO habló con el doctor Voronoff a su llegada a Río de Janeiro y en verdad podemos enorgullecernos de haber conseguido la primicia de una entrevista, en la mayor intimidad, con el biólogo revolucionario.

Nuestra revista — y no está de más el decirlo — fué el primer órgano de publicidad argentino, que se puso en contacto directo con el celebrado profesor ruso, y de las múltiples impresiones recibidas durante la conversación sostenida con el citado hombre de ciencia, trataremos de reflejar las más interesantes.

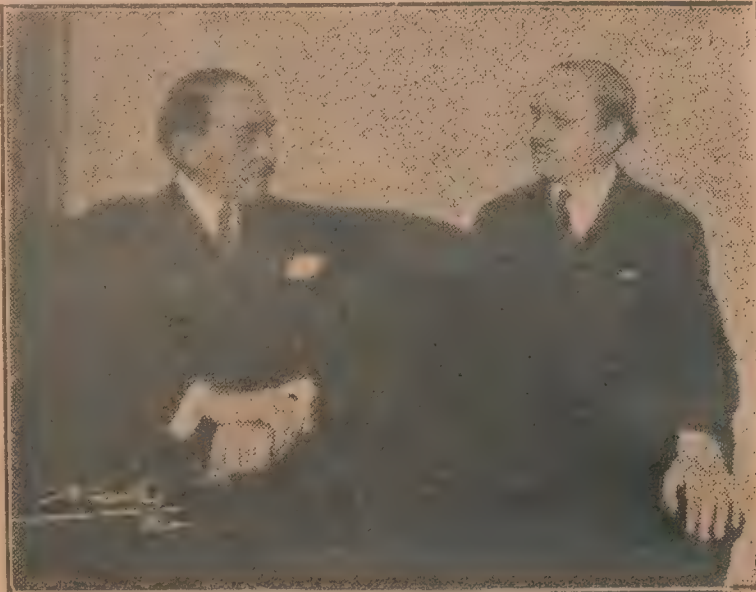
Conocidos son los famosos injertos llevados a cabo en Francia, Inglaterra, Egipto, Africa, etc., por el eminente sabio Serge Voronoff y propalados durante años por la prensa mundial y por los libros de reconocida responsabilidad científica.

Divulgadas fueron también las luchas tenaces que hubo de sustentar el sabio que, con su genio y su audacia ¡bendita audacia! — tuvo el ánimo de arrollar los obstáculos que se le anteponian, haciendo frente a la rutina de viejas tradiciones científicas, a la desconfianza, a la incredulidad y a la misma hostilidad de los envidiosos o de los retardatarios, enemigos declarados del progreso, y de todo... que no sea hecho por ellos mismos. Pero la fe, que no abandonaba un solo instante a este hombre bien templado, tuvo que abrirle las puertas de la Academia de París, abriéndole, al mismo tiempo, las del triunfo y las de la inmortalidad.

Si bien son conocidos sus numerosos experimentos de injertos, no podemos percibir aún el extenso y maravilloso sendero que se les abre hacia el porvenir, ni los resultados inconcebibles que puedan obtenerse en una época tal vez no muy lejana. Pues aunque existen aún ciertas reticencias sobre los resultados más o menos rápidos, intensos o durables, de los diabólicos injertos, la base fundamental y científica de su método, está intergiversablemente comprobada.

Es un hecho claro y verídico contra el cual han de estrellarse todas las hostilidades, todos los sofismas y todos los "partis-pris" que puedan ser esgrimidos por sus detractores, cada vez menos numerosos.

Sin contar la maravilla de futuras posibilidades de



El famoso sabio, doctor Sergio Voronoff acompañado de nuestro representante especial, doctor Pablo Tagliaferro.



Un specimen de cynocéfalo que el doctor Voronoff utiliza para rejuvenecer y aumentar la vitalidad y las facultades intelectuales de los seres humanos

un rejuvenecimiento decisivamente palpable de la criatura humana, ¿qué inmensas e incalculables ventajas materiales, no está destinado a reportar a todos los que se dedican a la explotación del ganado vacuno o lanar?

Ya se sabe que la producción mundial de lana está muy lejos de satisfacer la demanda cada vez mayor. La intensificación de la cría animal es una necesidad urgente para la misma vida de la humanidad. La multiplicación paulatina del carnero, por medio del injerto, favorecerá la cantidad y la calidad del artículo. Tratándose de ganado vacuno, los horizontes son tan vastos que dispensan comentarios.

En cuanto a los injertos humanos (asunto ya más complejo y delicado) usando como excipiente partículas de glándulas simiescas, manifesté al doctor Voronoff nuestro modesto parecer de que, sobre el punto de vista biológico, no dejaba de ser interesante, pero bajo la faz antropológica... ¡no

tendrían los hijos de los injertados, vestigios físicos o fisiológicos de los monos "cynocéfalos"?

El injerto glandular en animales de la misma especie tenía la virtud de convencernos; pero de un animal inferior al hombre, y hasta inferior a los otros simios, nuestros parientes más próximos, como el gorila y el chipancé, nos daba la impresión de un proceso degenerativo de la raza humana.

El Prof. Voronoff, con absoluta convicción y con la fe que tanto le caracteriza, nos argumentó que el injerto es "superficial" no siendo posible la fusión de los espermatozoides del mono con los del hombre, siendo el injerto aplicado "sobre" el tejido testicular.

Debo agregar que el eminente Voronoff me manifestó ser FRAY MOCHO el primero en América del Sur, en hacerle esta justísima observación.

Hombre perspicaz, de un poder cerebral formidable, dueño de sí mismo, el Prof. Voronoff desvirtúa personalmente la impresión producida

por la fantasía que prevé, en el continuador de la obra mefistofélica del Fausto, un ser sobrenatural, inaccesible, feróz, con deseos de morder al interlocutor, o por lo menos de desarmarlo con una jactancia desmedida.

Una inmensa sensación de alivio sentimos, pues, al enfrentarnos por primera vez a este hombre maravilloso que nos recibe jovial, sonriente y con una sencillez casi infantil.

Según el giro que le damos a la conversación el Prof. Voronoff además de ser admirable y genial cirujano, tiene fuera de su mágico bisturí, una cierta vibratibilidad nerviosa, que agita circularmente sus grandes y expresivos ojos, siempre inquietos y movedizos bajo los párpados como si quisieran huir de una luz que los perturba.

Así como se presenta correcto, pulcro y de una elegancia "parisienne" en sus conferencias que asumen el carácter de amenas charlas familiares, aparece individualmente irradiando simpatía, expresando, además de un espíritu, sano, equilibrado y alegre, una cierta ingenuidad bondadosa, que él intenta, con poco éxito, reprimir.

Este hombre rodeado de ambientes admirativos pero



El señor M. T., de 74 años de edad, injertado en París el año 1923



El mismo señor en 1925 o sea dos años y medio después del injerto glandular



El viejo toro "Jacky", con 17 años de edad, en 1924 antes del injerto.



El mismo toro, en 1925, al año después de haber sido injertado.

donde no faltan hostilidades veladas, parecería, siéndolo, temer de ser bueno.

Su amabilidad, su sonrisa y finísima cultura, forman un curioso contraste con su alto cuerpo y cráneo macizo que recuerda el "cossaco" del tiempo de los czares.

El Prof. Voronoff es expansivo en todo lo que se refiere a su especialidad: tratándose de otros tópicos usa la reserva de los prudentes, limitándose a argumentar con los "rictus" de su fisonomía móvil y altamente expresiva.

Nos comunica su partida para Buenos Aires, recorre con calma y

mucho interés el número de FRAY MOCHO que le obsequiamos, teniendo frases afables y admirativas para esta Revista.

Nada dijo sobre su familia; sólo nos manifestó que tenía unos cuantos "bebés" "cynocéfalos" productos de injertos, que le acompañan en su viaje.

Al retirarnos de los departamentos particulares del doctor Veronoff, teníamos una impresión indefinida mezcla de admiración, de simpatía y de misterio...

Pablo TAGLIAFERRO

Bolivia celebra el 103 aniversario de su constitución republicana, bajo los auspicios de la paz y del progreso.

Los bolivianos residentes en Buenos Aires conmemoramos tan magno acontecimiento en esta casa de España, madre espiritual de nuestra cultura, de nuestro idioma, de nuestra religión; bajo el cielo argentino que tantas veces viera confundidos los esfuerzos y sacrificios de argentinos y bolivianos, en la hora del coloniaje, en el proceso revolucionario y en su marcha democrática y definitiva hacia destinos superiores.

Primera en la gesta libertaria, Bolivia fué — sin embargo — la última en gozar de los beneficios de su fecunda iniciativa.

Si largo y penoso fué el proceso de su emancipación política, no menos laboriosa y accidentada ha sido la consolidación de sus instituciones republicanas.

Los bolivianos hemos debido escalar montañas y salvar abismos naturales y políticos, para asegurar nuestro progreso material y lograr nuestros ideales democráticos, a través de los episodios — casi siempre turbulentos — de nuestra historia.

Felizmente el país está ya encauzado en la senda del orden y del progreso. Escuelas y ferrocarriles van elevando el nivel cultural y económico de la nación. Su enorme riqueza minera, sus dilatados bosques y campiñas, pródigos en la más variada y dilatada fantástica flora y fauna, sólo esperan — para su explotación intensiva, — el esfuerzo solidario de los hijos del país, el concurso del capital y la inmigración extranjeros y una política económica eficaz que asegure los mercados vecinos y abra los puertos del mar al comercio boliviano.

El Gobierno del Dr. Siles, que

Discurso pronunciado por el consul general de Bolivia, Dr. Alfredo Palacios Mendoza en la fiesta organizada por la Comisión de Homenaje a las Repúblicas Ibero-Americanas.



El doctor Alfredo Palacios Mendoza, leyendo su discurso

DESPUES DE CADA COMIDA

OTARD-DUPUY

COGNAC

rige los destinos del país, está animado de los más sanos y patrióticos propósitos y su preocupación fundamental es dar impulso eficiente a todas las actividades y fuerzas vivas de la nación, principalmente a la instrucción y a la vialidad, las dos sólidas columnas del progreso moderno. Un amplio programa de reorganización financiera y de obras públicas completa su obra eminentemente constructiva.

Y en el orden internacional, Bolivia no ha podido permanecer indiferente a la ola de pacifismo que conmueve la conciencia universal de los pueblos, después de la experiencia dolorosa de la última contienda europea. Mi patria, que siempre hizo un culto de la paz, aun a costa de los más grandes sacrificios de su propio territorio, se ha adherido también al pacto antibélico de Mr. Kellog, con la misma convicción sana y honrada con que proclama la doctrina del arbitraje amplio, con hechos concretos y positivos, porque conceptúa que es el único medio razonable para zanjar diferencias entre países cultos y civilizados. Pero, no debe olvidarse, señores, que la verdadera obra de paz, de justicia, de confraternidad sudamericana, debe contemplar la reintegración de los puertos fluviales y marítimos de Bolivia, como condición ineludible para su desarrollo integral.

Agradezco a la Comisión de Homenaje a las Repúblicas Iberoamericanas, por este festival; a la benemérita Asociación Patriótica Española que nos ha brindado gentilmente esta casa y a todos los que, con su arte o su presencia, dan realce a esta velada, especialmente honrada con la concurrencia de los dignísimos representantes de los países hermanos.

Alfredo PALACIOS MENDOZA.

La odisea de Tópuli

Por Manuel Alvarez Juárez

(Especial para FRAY MOCHO).

Tomás Tópuli no es un personaje fabuloso, ni su historia un producto de la fantasía, sino una realidad testimoniable por algunas personas que la conocen.

Allá, en los suburbios de la gran capital federal (calle de Homero núm. 1425) vive Tópuli, su vida solitaria de arácnido, metido en su agujero y sin más compañía que la de los recuerdos que dejaron para siempre una huella dolorosa en su alma, y la de una superstición tenaz, una creencia que se levanta sobre su cabeza como la espada de Damocles.

Tópuli es oriundo de Grecia, y, frecuentemente, evoca con una sentimentalidad de elegía las hondas querencias dejadas en ella; la poesía de sus campos, de sus valles amenos, su flora exuberante y su clima sensual.

Su espíritu aventurero le empujó hacia Sur América en el año 1906, cuando solo contaba diez y siete años.

Era, no obstante su poca edad, un hombre ya; buen mozo, vigoroso, de temperamento vivaz y de rostro agraciado. Un lindo muchacho.

Al desembarcar en Buenos Aires encontró demasiado monótono el empleo de sus actividades: Algo que a él le pareció como la función de una rueda o de una biela en la mecánica.

Siempre el mismo trabajo... todos los días las mismas vueltas...

Y un buen día se lanzó al campo, por donde erró algún tiempo de estancia en estancia, siempre con el honrado propósito de trabajar, aun cuando alguna vez tuviese que cobijarse en la notoria hospitalidad de los paisanos o aceptar un pedazo de asado que pródigamente le ofrecieron los gauchos.

Así rodando, llegó el bohemio hasta la frontera en la gobernación del Chaco, y una tarde que se alejó del campamento con el propósito de bañarse, fué acometido por una patrulla de indios salvajes.

Tomás, joven y fuerte y de temperamento bravo, echó mano al cuchillo y se defendió heroicamente quitando a dos de delante, pero un golpe de boleadoras lo derribó, por fin, y fué aprisionado y conducido al interior de los bosques, en donde vivía la tribu.

Los indios lo presentaron al cacique, y éste acordó que se le hiciera ayunar cuarenta días, al cabo de los cuales debía ser sacrificado a sus ídolos.

Tópuli fué constituido en prisión, atado a un árbol, en donde sólo se le suministraba un pequeño pedazo de torta de maíz, cada veinticuatro horas, apenas calentada al fuego.

Pero Tópuli era lindo y buen mozo como hemos dicho antes, y una india llamada Dionisi, se enamoró de él tan locamente que, con inminente peligro de su vida, se arrastraba sigilosamente entre las sombras de la noche hasta la prisión de Tópuli para prodigarle sus caricias y comunicarle sus sentires amorosos en un lenguaje que él no comprendía porque era el guarany, como ella, tampoco entendía una sílaba de lo que en griego le hablaba Tomás.

Pero el amor tiene un lenguaje de inteligencia universal, y la india y Tópuli se entendieron recíprocamente, y a los treinta y cuatro días, cuando la tribu dormía confiada y tranquila, Dionisi cortó las ligaduras de su amante y lo condujo, por sitios extraviados de la selva, hasta la frontera, atravesando a nado, en compañía de él, un río que encontraron a su paso.

Libre y en seguro Tomás, vivió algún tiempo con la india, durante el cual aprendió el guarany pero, de nuevo, sintió las inquietudes de su espíritu aventurero, y un día, el más aciago para la india leal, le participó que tendría que separarse de ella porque deseaba volver a Grecia, a ver a los suyos.

Lloró Dionisi amargamente la revelación de Tópuli y después de un rato le dijo resignada y con la expresión de la inmensa amargura de su alma:

—“Vete, Tópuli, y sé feliz con los tuyos. Yo vuelvo a mi tribu, en donde me matarán conforme a sus leyes. Sólo te pido que no entregues tu corazón a otra mujer. Que nunca me olvides, y así, del amor que guarda el mío para tí nacerán flores sobre mi tumba. Si te

casas, si quieres a otra mujer... morirás a los dos días. Adiós.”

Y la india, llorosa, bajo la inmensa pesadumbre de aquel amor perdido, le dió un beso y desapareció en la selva.

Iba hacia su tribu, iba... hacia la muerte.

Tomás regresó a la gran urbe, trabajó honradamente y construyó su hogar en donde vive solo, sin amor de nadie ni padres ni hermanos ni esposa ni compañía, su vida solitaria de arácnido.

Pero en su alma sentimental anida eternamente el recuerdo de una mujer que, por amor, le salvó la vida, que por su amor aceptó la muerte... y a su recuerdo y a la idea supersticiosa de que si se casa ha de cumplirse la fatal premonición de la india, rinde el culto más fervoroso de su vida célibe y solitaria.



Desalojo y Limpieza

son dos palabras que resumen todo lo que debe hacerse para combatir el Estreñimiento.

La constipación, que proviene de la no evacuación de las materias fecales, favorece la multiplicación de las bacterias que pululan en el intestino, las que secretan toxinas y venenos que son absorbidos por la mucosa intestinal, con el peligro consiguiente para la buena salud del estreñido. Es indispensable desembarazar el intestino y al mismo tiempo limpiarlo y desinfectarlo, cosa que se consigue utilizando un laxante agradable, seguro y suave tal como la

SANTÉINE

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

qué tomada metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de ricas pastillas de chocolate a dosis de una, es laxante, tomando dos es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Es un poderoso desinfectante merced a la Dioxidriftalofenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Excelentísimo señor doctor don Hernando Siles, Presidente de la República de Bolivia

La Presidencia del doctor Hernando Siles figurará en la historia de Bolivia por el alcance intenso de su acción en favor de todas las actividades públicas de su país, y por la etapa de progreso material y espiritual que ella significa por otra parte, con referencia al desenvolvimiento pleno de la grandeza americana.

Bolivia debe, en efecto, al periodo de gobierno del doctor Hernando Siles, la afirmación rotunda de sus instituciones, la elevación de su crédito público internacional, la orientación pacífica y definida de sus problemas de política exterior, la regularización de su política interna, es decir, cuanto en verdad constituye la fuerza y el orgullo de un país que milita a la cabeza de la civilización.

América también le debe, pues, la obra de perfeccionamiento integral de una nacionalidad que por ser una de las más queridas entidades continentales, contribuye con el prestigio de su cultura, de su progreso, de su belleza, a enaltecer el concepto común ante las demás naciones del mundo.

El nombre del doctor Hernando Siles, y su Presidencia histórica, merecen entonces el reconocimiento que le tributa no sólo Bolivia sino América toda y la Madre Patria, en donde ha hallado resonancia generosa y en donde la inteligente acción del General Primo de Rivera asegura el interés permanente y la simpatía espontánea a lo que atañe en forma directa o incidental al porvenir de nuestras jóvenes nacionalidades.

El doctor Hernando Siles ha logrado elevar a Bolivia al alto rango que ejerce hoy en el concierto de los pueblos libres.

Fortalecido en su acendrado patriotismo, en las virtudes de su mente esclarecida y de su espíritu dinámico y profundo, no ha ahorrado esfuerzos en su ideal de servir a Bolivia.

Puso en ello sus afanes diarios y sus preocupaciones fundamentales, dejándose absorber por su propósito hasta el punto de eliminar de su vida todo otro anhelo.

Puede así afirmarse que el doctor Hernando Siles entregó su existencia entera al bien de su patria, substrayéndose a sí mismo, y adquiriendo justamente los rasgos de prócer que inspiran la veneración de su pueblo, y que garantizan, desde ya, el tributo de las generaciones venideras.

Hombre joven aun, alcanza, sin embargo, la culminación de su destino, después de una carrera corta y brillante que evoca claramente el vuelo del simbólico cóndor de la altiplanicie.

Profesor de Derecho de la Universidad de La Paz, la fama de su cátedra trascendió pronto al exterior y su "Compilación y Comentario al Código Civil Boliviano",— volumen destacado de su amplísima y eminente bibliografía jurídica — es la fuente inevitable de consulta para la profundización de las instituciones de la nación hermana.

Rector de la Universidad de Chuquisaca, la secular casa de estudios por cuyos claustros pasó la roussemiana figura de nuestro Mariano Moreno, supo erigirse en el maestro de la juventud boliviana, más que por el imperio de su autoridad por la sugestión de su talento y de la simpatía personal que trasciende; Prefecto del Departamento de Oruro y Ministro de la Guerra durante el gobierno del Presidente Saavedra, en ambos cargos públicos supo revelar las mismas cualidades demostradas a lo largo de su carrera universitaria.

Como Senador Nacional y como Ministro Plenipotenciario en Perú y Méjico, el doctor Hernando Siles realizó una duradera labor de

acercamiento internacional, de progreso práctico en las relaciones recíprocas y de bien entendido hispanoamericanismo.

El doctor Hernando Siles pertenece por todo ello a la falange de ciudadanos que dignifican América y que pasarán al recuerdo de la humanidad como benefactores y propulsores de su grandeza.



Doctor don Hernando Siles, Presidente de la República de Bolivia



Doña María Luisa Salinas Vega de Siles,

DAMA QUE COMPENDIA EN NOBLE ESPÍRITU LAS VIRTUDES
TRADICIONALES DE LA MUJER BOLIVIANA

Las virtudes de la mujer boliviana hallárase compendiadas en la dignísima esposa del Presidente Siles, doña María Luisa Salinas Vega de Siles.

La alcurnia de su espíritu es la misma que dió a la historia, para lenitivo de nuestras profundas inquietudes humanas, el ejemplo dulce y sereno de las más puras existencias religiosas. Hay en su obra de misericordia cristiana una sutil transcendencia evangélica, como cosa que no perteneciera a este mundo donde ha sido olvidado el cultivo de la caridad y de los sentimientos inspirados en la ley divina. Su mano santificada de mujer piadosa háse tendido generosamente para desparramar el bien a su alrededor. Infundida por la gracia que sólo toca a las almas superiores, doña María Salinas Vega de Siles, compartiendo en otra esfera la responsabilidad de su ilustre compañero, se impuso la tarea patriótica y humanitaria de instituir en Bolivia la filantropía social. No ha descansado en su noble propósito. Silenciosamente, con el silencioso recato que preside todas las obras buenas, consiguió al fin que el indudable fondo cristiano del alma boliviana se expresara en acciones de verdadero beneficio público. Creó asilos para los desvalidos, ofreció un digno amparo a la ancianidad, creó una organización antituberculosa, activó todas las iniciativas oficiales tendientes a proteger al niño y a la mujer humilde. Y como si esto no fuera suficiente para la tranquilidad de su delicado es-

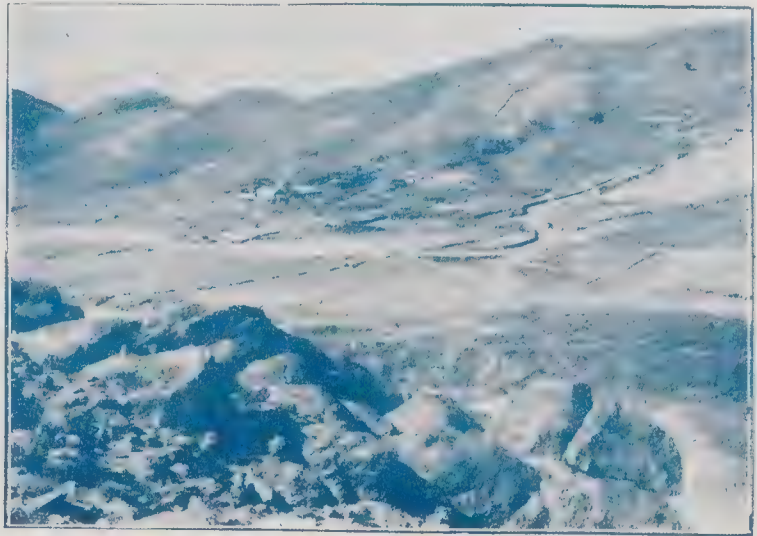


Doña María Luisa Salinas Vega de Siles esposa del presidente de la República de Bolivia

íritu, difundió en las clases modestas y entre los nativos las enseñanzas gloriosas del cristianismo. Todo ello le conquistó, ciertamente, la imperecedera gratitud del pueblo donde su

nombre es balbuceado con cariño, e invocado con fé en los momentos difíciles de cada hogar pobre. De ahí el hondo afecto que la rodea. Porque la distinguida dama, interpretando la ley

moral de la religión eterna en que fué educado su espíritu, supo ser siempre "la providencia oportuna que es la caridad", según la clásica definición de Bousset. Descendió ella hasta el dolor colectivo, y su ademán apostólico consoló la pena, borró la afrenta, impidió el mal en la medida en que pudo hacerlo su conciencia. Por ella tiene Bolivia instituciones filantrópicas, y por ella alcanzó Bolivia ese grado de íntima paz que simboliza la lámpara hogareña, abriendo su claro de luz sobre los rostros felices y las almas tranquilas. Alto ejemplo de vida de mujer es, pues, el que nos ofrece esta humanitaria señora. Cuando se recuerda su obra, involuntariamente surge el reproche a la descaminada orientación de la mujer moderna, que parece alejarse cada vez más del sendero que le trazó la mano de Dios en la sociedad. Sus virtudes de elegida son excepcionales, acaso, en un mundo viciado de vanidad personal, en el cual no hay ni en nuestros gestos ni en nuestras actitudes belleza desinteresada. Reconozcamos, sin embargo, que la mujer boliviana respondió noblemente a la incitación generosa de la dignísima esposa del Presidente Siles, de mostrando así que en su espíritu residen latentes las cualidades morales de sus abuelas patricias. Y reconozcamos al propio tiempo que tal demostración es el honroso premio que, al lado de la gratitud general, ha recibido en prenda de su alta labor la señora María Luisa Salinas Vega de Siles.



BOLIVIA. — Dos aspectos de las minas de San José, en Oruro.

Una personalidad de la diplomacia americana: don Alberto Díez de Medina, Ministro de Bolivia en nuestro país.

La diplomacia americana tiene en el Doctor Alberto Díez de Medina, Ministro Plenipotenciario de Bolivia en nuestro país, a uno de sus más insignes maestros. Descendiente ilustre de Federico Díez de Medina, uno de los hombres públicos que Bolivia venera entre sus próceres civiles, hace honor al abolengo de su familia, que dió a las artes, a la ciencia y a la industria verdaderos modelos de varones. Es pírítu cordial, mente cultivada y amplia, que lo hace sensible a las más diversas especulaciones del pensamiento, infatigable energía dinámica que le permite encarar vastas empresas, el doctor Alberto Díez de Medina ha afianzado en su brillantísima carrera el concepto internacional de Bolivia, y el suyo propio, ya que por reflejo el autor comparte los beneficios morales de su obra. Dotado particularmente para la diplomacia, que adquiere en él la inquebrantable fe de toda vocación sentida con hondura, su paso por las cancillerías americanas perdurará en las múltiples consecuencias que se derivan de sus iniciativas y de su acción realizada con creces en los numerosos casos políticos y sociales en que le toca intervenir. En Perú, en Pa-

raguay, en Brasil, en Venezuela, en Colombia, en Ecuador, en todos los países hermanos de Hispano-América la actuación del doctor Alberto Díez de Medina es reconocida en sus legíti-

mos valores como una sucesión de aciertos diplomáticos que han contribuído eficazmente al alto alcance fraternal de las relaciones internacionales.

Es el doctor Díez de Medina



El Ministro de la República de Bolivia, acreditado ante nuestro gobierno, señor don Alberto Díez de Medina, acompañado de su señora esposa.

un hombre joven aún, de fisonomía y acento de claro timbre español. Une a su inteligencia una gentileza típica, un ademán llano y generoso que suscita de inmediato una corriente de simpatía. Pero no quita ello que sea a la vez un fuerte temperamento, una inflexible voluntad moral. Desde su estudiantado sobresaliente en las Universidades de La Paz, Potosí y Santiago de Chile, hasta su dirección de los diarios "La Tarde" y "La Epoca" y su mandato de diputado por Lipes, el doctor Alberto Díez de Medina demostró cualidades excepcionales que abonaron naturalmente su empeñosa tarea diplomática. Cuando se considere a fondo la historia contemporánea de Bolivia y se estudien detenidamente los múltiples factores que contribuyen a la realización de sus altos destinos, se advertirá la importancia del rol que le ha correspondido desempeñar a su diplomacia; y se advertirá, también, por consiguiente, la magnitud de la obra desarrollada por el doctor Alberto Díez de Medina, cuya semblanza hemos esbozado con la premura de la crónica periodística, pero que exige, en verdad, la dedicación amplia y reposada del biógrafo.



BOLIVIA. — Plantas para reducir el estaño, instaladas en Uncia.

Una alta figura intelectual: el doctor Alfredo Palacios Mendoza, cónsul general de Bolivia. - Su labor pública. - Su obra literaria.

Riez! Riez! Car la rire est le propre de l'homme.

"Reid, reid, que la risa es propia del hombre", dice Rabelais, el Abad de Mendon. No es sólo un transporte nervioso esto que nos hace echar afuera la carcajada; es más bien un poco de sano espíritu optimista, cabrilleando en medio de las vicisitudes y urgencias de la vida. El doctor Alfredo Palacios Mendoza, humorista de la mejor ley, ha entendido la filosofía del padre de Gargantúa. Su alegría saltarina, que supo responder siempre con una risotada efusiva y conquistadora a la malaventura de los días, es lo que le ha ayudado a ser una

suja una sensación cordialísima. Se respiran aires saludables, se siente el bien profundo de la alegría. El humorismo que condujo al doctor Alfredo Palacios Mendoza, el Mono Sabio, a constituir toda una personalidad de las letras americanas, no es mera pose literaria. Se dirá que si lo fuera no interesaría, puesto que la obra de arte quedaba por igual realizada. Pero es que cuando se tiene la responsabilidad pública del doctor Alfredo Palacios Mendoza, saber que buen humor, que su espontánea alegría son cosas propias de su espíritu y no ficción imaginativa o actitud intelectual, es saber tam-

"de vocación de alegría", cuyas primeras ediciones se agotaron pronto, dejando cimentado el nombre del doctor Alfredo Palacios Mendoza entre los más legítimos valores de las letras americanas. Temperamento donde se complementan y afirman el sano humorismo y la severa disciplina diplomática, el Cónsul General de Bolivia representa al tipo de hombre público que requieren los pueblos jóvenes como la patria hermana del Norte. Su optimismo formidable, que no es la ironía dulcemente cruel de Anatole France — artista de la decadencia elegante — sino el generoso lazo cordial de Mark Twain,

dad, el doctor Alfredo Palacios Mendoza sabe cumplirla dignamente, ampliamente como nadie podrá hacerla nunca con mayor soltura y sin abandonar la constante sonrisa que, sin embargo, es uno de los méritos del actual alto funcionario. Por todo ello circunda el nombre y la persona del doctor Alfredo Palacios Mendoza una aureola de auténtico, de justo crédito moral e intelectual.

El Cónsul General de Bolivia nació en Sucre, el 20 de Octubre de 1888. Estudió en la Universidad Maya de San Francisco Xavier (antigua Universidad de Charcas), graduándose de abogado en 1911. Des-



EL DOCTOR ALFREDO PALACIOS MENDOZA, CONSUL GENERAL DE BOLIVIA ACOMPAÑADO DE SU SEÑORA ESPOSA DOÑA LUCÍA V. DE PALACIOS MENDOZA.

figura extraordinaria en cualquier ambiente en que actuara. En esta época en que, al decir de Queiroz, "enseñamos a nuestros hijos las supresión disciplinada de la risa", el doctor Alfredo Palacios Mendoza se propuso cultivarla, congraciarse con nuestras modalidades, hacerla que se expanda libremente ya que ella no excluye la debida seriedad, ni atea nuestros sentimientos.

"La rire est le propre de l'homme", ciertamente. Nada más notable que observar, en la esfera del doctor Alfredo Palacios Mendoza, en su atmósfera espiritual y social, cómo es evidente el concepto de que todos los grandes pueblos eran o son optimistas. Adriértese cerca

bién que el mundo vinculado a él gozará del franco estímulo de su ingenio. De ahí que pueda afirmarse que el doctor Alfredo Palacios Mendoza ha hecho de las altas funciones que desempeña "al frente del Consulado General de Bolivia, una empresa optimista" y práctica. Demostrando que la seriedad natural del cargo cuenta con un precioso aliado en la alegría y en la simpatía que ella sabe inspirar, al lado del protocolo puso su oportuno buen humor, y con éste las cualidades del artista y del caballero irrecprochable. Comparte, pues, sus tareas públicas con la literatura americana e ingeniosa. En tal sentido, cabe la circunstancia de que, mientras tramitaba con éxito indudable una delicada gestión de intercambio comercial entre Bolivia y nuestro país, entregaba a la imprenta un libro como "Biografías cómicas de personas serias", fruto de considerables cualidades de ingenio, de soltura idiomática,

justifica aquellas palabras oportunas: "Venía del alma, hacia temblar todas las vidrieras de una casa, y sólo por su sonido puro, probaba la fuerza, la salud, la paz, la sencillez, la libertad y la justicia". Alto y noble temperamento el del doctor Alfredo Palacios Mendoza. Por si no fuera suficiente el bien que hace a los hombres difundiendo la contagiosa gracia de su alegría y de su ingenio; dándonos en sus admirables piezas literarias el sentimiento de amor a la vida y de filosófica tolerancia frente a los dolores y las debilidades humanas; enalteciendo el prestigio intelectual su patria con producciones que, por otra parte, tienen un valor artístico superior, ya debidamente reconocido, se empuja a la vez en realizar — con notorio éxito — una obra vasta de confraternidad internacional. Que no otra magnitud tiene su gestión como Cónsul General de Bolivia. Obra en verdad vasta y de incalculable responsabi-

empeñó varios cargos en el ramo judicial, habiendo sido Secretario de la Corte Superior del Distrito de Chuquisaca. Colaboró intensamente en todos los diarios y revistas importantes de Bolivia y Argentina, a la cual se trasladó en 1915, vinculándose definitivamente a nosotros por su enlace con doña Lucía Vizzio distinguida dama de nuestra buena sociedad. Su Gobierno le confió diversas misiones diplomáticas y representativas en el extranjero, mereciendo su designación de Cónsul General en nuestro país el 10 de Noviembre de 1926. La iniciación en su cargo marca un período de progreso efectivo entre Bolivia y Argentina, en todos los órdenes de la actividad pública.

El doctor José María Escalier es, indudablemente, la figura consular de Bolivia. La reseña sucinta de los altos cargos públicos que desempeñó, y los múltiples detalles de su vasta labor política y científica, constituirían de por sí suficiente elemento de juicio para colocar su nombre entre los hombres que Bolivia venera. En este caso, el reconocimiento alcanza también a nuestro pueblo, no ya porque en él hallarán sincera estima los ciudadanos que en una u otra esfera social han trabajado por el bien común, sino porque el doctor José María Escalier está perdurablemente vinculado al progreso general de la Argentina. Tiene pues, justo título a la ciudadanía honoraria de nuestro país, que si no se le ha conferido legalmente se la confiere nuestra admiración cálida, nuestra gratitud y nuestro sentimiento americano.

El doctor José María Escalier estudió en la Universidad de Buenos Aires, obteniendo el bachillerato en 1880, con el grado de sobresaliente. Pasó en seguida a la Facultad de Medicina. En 1883 fué designado primer practicante interno del Hospital de Clínica. En 1886, antes de presentar su tesis, fué ascendido a Jefe de Sala. Poco más tarde pasó a ocupar el cargo de Jefe de Servicios del Hospital Rivadavia, y más tarde del Hospital Durand. Ha publicado infinidad de obras científicas sobre distintos tópicos y ha concurrido como representante de Argentina y Bolivia a diversos congresos médicos internacionales, habiéndose mantenido en permanente contacto con todas las notabilidades de la ciencia mundial. Como diplomático el doctor José Ma-



Doctor José María Escalier, admirable personalidad boliviano-argentina, de destacada actuación científica y diplomática.

ría Escalier fué en 1880 adjunto a la Legación de Bolivia. En igual carácter se desempeñó durante las gestiones de los Ministros Plenipotenciarios Quijarro, Omiste, Poma, Vaca Guzmán y los que les sucedieron. En la administración del doctor Severo Fernández Alonso, el doctor José María Escalier fué

nombrado agente confidencial de Bolivia, y en ese concepto celebró un convenio con el General Roca, por el cual quedó asegurada la integridad de su patria. Designado luego Ministro Plenipotenciario sólo aceptó el cargo a título 'ad honorem'. Intervino como tal en la celebración del tratado de límites

argentino - bolivianos, durante la Legación del doctor Carrillo, obteniendo importantes rectificaciones que redundaron en favor de los intereses de ambas naciones hermanas. Llamado a ocupar el Ministerio de Relaciones Exteriores por el Presidente Pando, no aceptó el cargo, continuando al frente del Ministerio de Bolivia en nuestro país. Su participación en el problema de las ramificaciones ferroviarias del Norte argentino fué decisiva, logrando que el F. C. C. N. prolongara sus servicios desde Jujuy a La Quiaca, y obteniendo asimismo la construcción del ramal a Ledesma, en dirección a Yacuiba. Al doctor José María Escalier tocó también presidir la comisión de arbitraje y suscribir el tratado Terry, que fué el paso definitivo en la solución de los pleitos limítrofes de Bolivia. Finalmente rehusó diversos ofrecimientos de los gobiernos de su país para el Ministerio de Relaciones Exteriores y altos cargos representativos en el extranjero. Contertulio de Pellegrini, de Mitre, de Sarmiento, de Roca, de Irigoyen, de todas las grandes figuras de la política argentina, su acción fué una constante, una diaria, una sistemática obra de fraternización americana. El doctor José María Escalier es por todo ello, según hemos afirmado, la figura consular de Bolivia. Al exornar su imagen con el recuerdo de su larga y meritoria obra internacional, no hacemos sino reiterar conocidas referencias públicas, pues su existencia y su persona son familiares al pueblo argentino y han inspirado justamente el sentimiento de respeto y cariño que tantas veces ha subido testimoniarle.



Señor José Tamayo, primer secretario de la legación de Bolivia en Buenos Aires

En la secretaría de la representación diplomática de Bolivia en nuestro país, como digno colaborador de la obra del doctor Alberto Diez de Medina, figura un hombre joven y cultísimo que alcanzará, indudablemente, los más altos títulos de la carrera en la cual se ha iniciado con generales beneplácitos: el señor José Tamayo, perteneciente a la ilustre familia boliviana que tanto ha contribuido a la formación de la cultura y el progreso de la nación del Norte. D. José Tamayo, que por primera vez desempeña un cargo diplomático, ha sabido ya acreditar cualidades suficientes que lo exhiben como un representante avezado, conocedor profundo de las delicadas funciones que ejerce y dotado de un claro sentido de las responsabilidades que ellas comportan. De ahí que su pre-

sencia en la Secretaría del Ministerio de Bolivia sea un factor considerable en el éxito de la gestión diplomática y una apreciada colaboración que el doctor Alberto Diez de Medina ha sabido elogiar oportunamente en justas palabras de estímulo y confianza.

D. José Tamayo desempeñó durante varios años la cátedra de Historia del Arte, en el Conservatorio Nacional de Música. Pasó luego a ocupar la subdirección de este instituto, demostrando al frente de la misma las cualidades de cultura e inteligencia que complementan su personalidad activa e infatigable. En 1922 fué llamado por el Gobierno del doctor Saavedra para ocupar la Jefatura de la Sección Diplomática del Ministerio de Relaciones Exteriores de Bolivia.

El ejercicio de tan importante misión le valió su incorporación al cuerpo diplomático, otorgándosele al propio tiempo la Secretaría del Ministerio de Instrucción Pública, cargo que abandonó para aceptar la candidatura a diputado por la Capital. Fué designado, en seguida, en el puesto que ahora ocupa, y, como decimos, es fácil que el reconocimiento de sus sobresalientes aptitudes lo lleven a ascender rápidamente en su carrera. D. José Tamayo, es, además, fundador del Ateneo de la Juventud, instituto de cultura superior y popular que hace honor a Bolivia y a cuyo progreso de 'initivamente afianzado, consagró el meritorio representante del pueblo hermano, sus más caros afanes y hasta sus propios intereses particulares.



Doctor Zacarías Benavides, ex ministro de Hacienda. Agente financiero de Bolivia en Londres

Alguien ha definido así el arte del gobierno: "Administrar es pagar". En la economía y las finanzas de Bolivia el doctor Zacarías Benavides ha sido el intérprete fiel de esta frase. Hombre avezado en el manejo de los dineros públicos, su periodo de Ministro de Hacienda se recuerda particularmente por la justeza de las operaciones, el próspero movimiento de la recaudación fiscal, la inversión útil de todos los recursos, la regularización inteligente del presupuesto, es decir, por cuanto puede hacer grande la misión pública y el nombre de quien tan cabalmente la ha desempeñado.

El doctor Zacarías Benavides abandonó, pues, el Ministerio de Hacienda de Bolivia dejando imperecedera huella de su inteligente gestión, y rodeado del alto concepto que mereciera, tanto en Bolivia como en el extranjero, en donde también es ampliamente conocida su obra pública. Designado Agente Financiero en Londres, el doctor Zacarías Benavides prosigue prestando servicios oficiales a su patria.

U

Riez.
propre
"Rei
del hon
de Men
te nera
afuera
un poc
cabrill
situdes
doctor
humor
tendia
Garga
que s
una r
dora a
es lo

ugar
ambi
época
"ensa
presi
docto
prop
con
que
ella
ni a
"el
me",
ble
docto
en s
cómo
todo
son



Doctor José F. Montellano, embajador de Bolivia a la transmisión del mando en el Paraguay, acompañado de su señora esposa doña Matilde Martínez de Montellano

El Gobierno de Bolivia designó Embajador Extraordinario en el acto de la transmisión del mando presidencial del Paraguay, al doctor José F. Montellano, figura destacada en la ciencia y la diplomacia americana.

Médico de crisolados prestigios y representante público que ha sabido acreditar sólidos virtudes de inteligencia y actividad en las comisiones que se le confiaran, su reciente designación es una garantía de éxito que repercutirá, favorablemente en las relaciones de ambas repúblicas hermanas. El doctor José F. Montellano es, por otra parte, una personalidad cuyas actividades científicas han trascendido al extranjero, rodeándole de justo renombre en los países hispano-americanos, sobre todo, en el nuestro, en el cual reside desde hace muchos años.

Entre las notabilidades políticas de Bolivia, el doctor Eleodoro Villazón se destaca claramente por el relieve de su vasta obra de gobierno, y por las cualidades demostradas en diversos y respetables cargos representativos en el extranjero. Presidnte de la República durante un período que se caracterizó por el impulso dado al país en las distintas actividades sociales, el doctor Eleodoro Villazón acreditó un acendrado patriotismo, un singular espíritu de trabajo y una inteligencia a toda prueba; Ministro de Bolivia en la Argentina, a la cual se halla ligado por antiguos lazos de afectos familiares, supo también señalarse como una figura de altas condiciones morales e intelectuales. Se trata, pues, de un ciudadano que hace honor al pueblo capaz de dar tan bellos ejemplos de virtud. El doctor Eleodoro Villazón cuenta así con el respeto de sus compatriotas y con la admiración de las naciones que, como la nuestra, han podido seguirlo de cerca en su larga y meritoria carrera pública. Surgido en momentos en que aún la grandeza material de Bolivia estaba en embrión,



Doctor Eleodoro Villazón, prestigioso prohombre de Bolivia



Señor Jorge Díez de Medina, adjunto civil de la legación de Bolivia.



Doctor Abel Iturralde, ministro de Relaciones Exteriores de Bolivia. — Eminente político, parlamentario y estadista. Ha sido varias veces presidente del Concejo Municipal de La Paz, diputado, senador, ministro de Estado. — Intelectual de vasta cultura, fué profesor de la Facultad de Derecho y es uno de los más prestigiosos abogados del foro boliviano.

contribuyó él a acelerar su proceso y encauzar las grandes corrientes de su fuerza dinámica.

Desde el gobierno, como desde la legación, y hasta desde la modestia del simple y noble título de ciudadano boliviano, el doctor Eleodoro Villazón fué un promotor constante del desarrollo social y material de Bolivia, por cuyo logro no eludió esfuerzo alguno; arriesgando a veces sus propios intereses particulares y hasta la tranquilidad de su hogar. Bien ganado se tiene, pues, el doctor Eleodoro Villazón, el amplio prestigio que rodea su figura dentro y fuera de Bolivia. Trabajador infatigable del porvenir de su patria, tócale hoy en suerte contemplar la plenitud de su anhelo, hecho realidad visible en la prosperidad general de Bolivia, en el desarrollo intenso de sus recursos materiales, en la firmeza inmovible de sus instituciones, en el elevado concepto internacional de sus finanzas, en el bienestar y en la cultura de su pueblo. Ello es lo que presta ahora a su fisonomía de magistrado y político, ese aire de bonomía, tan propia de los hombres que han cumplido sus altos destinos.



BOLIVIA. — Un aspecto del Parque 10 de Febrero, en Oruro.



Doctor Arturo Pinto Escalier, consejero de la legación de Bolivia y una notable personalidad pública

El doctor Arturo Pinto Escalier, Consejero de la Legación de Bolivia, cargo cuyo desempeño implica una seria responsabilidad diplomática, pues se trata de responder a consultas sobre delicados problemas internacionales cuando éstos exigen una solución o necesitan ser encarados resueltamente, es una personalidad de vastos y bien cimentados prestigios públicos. Se cuenta por cierto entre los pro-hombres que más intensamente han cooperado en el progreso de Bolivia, tanto en la faz material como en la espiritual. En efecto, desde los diversos puestos representativos que el doctor Arturo Pinto Escalier ha investido con extraordinaria certeza, tocóle a menudo ser el promotor cuando no el iniciador de fecundas e inteligentes empresas que contribuyeron al desarrollo integral de Bolivia. Temperamento dinámico, susceptible de oportunas reacciones propias de la mesura y serena calma que impone toda misión diplomática, el doctor Arturo Pinto Escalier es por consiguiente un funcionario en quien se complementan cualidades aparentemente opuestas entre sí, pero que por lo contrario se resumen y armonizan en su singular personalidad. De ahí la natural energía que lo caracteriza, el fogoso arranque de sus actitudes y la febril intensidad que pone en sus actividades; y de ahí, también, la

discreción, el hábil tacto político, la elegante soltura con que subsana las más graves dificultades diplomáticas. Es explicable por todo ello el éxito que invariablemente ha obtenido en sus gestiones el doctor Arturo Pinto Escalier, rodeándole al propio tiempo del alto crédito internacional que tan justamente goza. Antiguamente amigo de la Argentina, a la cual se halla vinculado por profundos lazos de sentimientos y de intereses sociales, el doctor Arturo Pinto Escalier es por otra parte uno de los funcionarios diplomáticos que más eficazmente trabajó por el intercambio de nuestras relaciones generales con Bolivia. Ahora mismo, en su cargo de Consejero de la Legación de su patria hallase empeñado en meritorias actividades que redundarán en considerables beneficios para ambos pueblos. El doctor Arturo Pinto Escalier ha ocupado la Secretaría de la Legación de Bolivia en Francia, y la Secretaría de la delegación boliviana ante la Liga de las Naciones, es actualmente, además de Consejero de la Legación de Bolivia en nuestro país, Secretario General de la Comisión de Límites con el Paraguay. El doctor Arturo Pinto Escalier tiene bien ganados, pues, los títulos que lo destacan entre las notabilidades de la gloriosa nación hermana.

D. José Samuel Ugarte, segundo secretario de la Legación de Bolivia en nuestro país, es una personalidad revelada con perfiles propios tanto en el campo diplomático, donde se le conceptúa en el más alto grado, como en la esfera industrial y comercial, donde su nombre es admirado por el doble motivo de su decisiva contribución al estrechamiento intenso del intercambio entre Bolivia y nuestro país, y por la propulsión que ha dado a las actividades generales de su patria. Hombre tallado al fuerte cincel del propio esfuerzo, hecho por sí mismo, como los temperamentos excepcionales que surgen en determinadas circunstancias de la vida de los pueblos, D. José Samuel Ugarte es el "pioneer" de Bolivia. Su existencia cuadraría magníficamente de ejemplo a "La Voluntad" de Smiles. De sobrios rasgos, enérgico, bien plantado, tal si su figura se irguiera en un pedestal; de mirada serena y afectuosa a un propio tiempo, de ademanes sencillos y firmes, el segundo secretario de la Legación de Bolivia da una impresión cabal del ciudadano que es. Su presencia es un signo de la obra formidable que ha realizado y que prosigue aún con infatigable ánimo. Residente en nuestro país desde hace más de 17 años, la fecha de su arribo merecerá ser señalada en el calendario que recoge las efemérides gratas al senti-

miento de los pueblos americanos. Su arribo señaló una etapa singularmente extraordinaria en las relaciones continentales. Desde entonces el intercambio comercial industrial y cultural entre Bolivia y todas las naciones del mundo — alcanzó su máxima plenitud. Viajero estudioso y emprendedor, recorrió Francia e Inglaterra y otros países americanos y europeos recogiendo en todas partes sugerencias de progreso que aplicó inmediatamente y con notable éxito a los intereses generales de su patria y, por consiguiente, a los intereses comunes. Los beneficios que derivaron de este sentido suyo sobre las necesidades de Bolivia y de las patrias hermanas del continente, forman seguramente capítulo aparte. Necesitábase para compendiarlos, más que la reseña periodística el libro de largo aliento, inspirado por la gratitud y el respeto hacia quien tantos títulos tiene adquiridos para ello.

D. José Samuel Ugarte es una personalidad de excepción. Vinculado a nuestro país desde tantos años, formando aquí su hogar y su acreditado despacho — que funciona ahora en el Palacio del Banco de Boston, que es como decir en el centro mismo de nuestra metrópoli — su acción futura no hará sino fortalecer las relaciones entre Bolivia y Argentina, al propio tiempo que el altísimo concepto general que le rodea.



Señor José Samuel Ugarte, segundo secretario de la legación de Bolivia, y uno de los "pioneers" de la grandeza de su país



Coronel Carlos Núñez del Prado "attaché" militar de la legación de Bolivia



Señor Jorge Salinas Vega, agregado civil a la legación de Bolivia



Señor Francisco Jiménez Sainz, canciller del consulado general de Bolivia



Señor Héctor Zabalaga, adjunto civil de la legación de Bolivia



El otro padre

Por Emilio de Rueda y Maestro

El cadáver de Luis tendido sobre la cama imperial, vestido correctamente, alumbrado por la amarillenta luz de cuatro blandones, que ardían chisporroteando, colocados en monumentales candeleros de labrado metal blanco, enfrente de los cuatro vértices de los ángulos del funerario lecho, más bien que el despojo mortal de un hombre que fué, semejaba a un hombre que duerme tranquilo después de haber cumplido a conciencia su cotidiana labor.

Los albos cabellos que orlaban la soñadora frente del muerto se rizaban sobre las sienes formando una aureola, que aumentaba la hermosura de la cabeza, de perfil clásico; en los labios, levemente entreabiertos, vagaba una dulce sonrisa, semejante a la del hombre que, dormido, ve, con los ojos del alma, realizando un ideal por el que lucha constantemente cuando está despierto; parecía que al pasar los temerosos umbrales de la Eternidad, el pobre vencido de la vida había entrevisto ya a su alcance lo que constituyó su ilusión única mientras alentó su alma generosa y la tió su noble corazón dentro de aquel cuerpo, antes de que fuese el despojo humano que yacía sobre la cama imperial, alumbrado por la amarillenta luz de los cirios.

La mano derecha del muerto estaba crispada, al modo de una mano que se agarra a algo que no quiere perder; como si la última esperanza, la que se va con el postrer hálito de vida, hubiese sido una cosa material y aquella mano hubiera estado asida a ella en el momento en que la sorprendió la muerte.

Pepe Sol entró en la cámara mortuoria y se puso a contemplar el cadáver. A su vista experimentó un sacudimiento extraño; parecióle que su voluntad se aflojaba, que él quedaba completamente atónito y que su inerte pensamiento obedecía al mandato del muerto.

Parecióle que éste vivía; que bajo aquella frente, serena aún, vibraba el cerebro; que aquellos labios, levemente entreabiertos, iban a emitir sonidos, a pronunciar palabras, fórmulas de las ideas; parecióle que sonaban las palabras y que llegaban a su oído:

—“¡Si vieras cuánto quiero yo a esas niñas!...”

¡Era verdad! ¡El muerto hablaba!... ¡Se lo había repetido muchas veces, muchas!...

—“¡Si vieras cuánto quiero yo a esas niñas!...”

Se refería a la novia de Pepe Sol, Luisa, y a las hermanas de ella. Pepe conocía la historia; se la había contado el muerto antes de serlo, una tarde de verano, bajo un árbol añoso en cuya rugosa corteza aún se podían leer los dos nombres tallados en ella muchos años atrás: “Luis, María”...

Hacía de aquéllo treinta años: él era un mocito avispado, emprendedor, violento, con mucha sangre en las venas y muchas ilusiones en el alma. Ella era “¡como tu novia de guapa — decía el narrador — pero con más “angel”... La misma cara morena correcta y fina; la misma boca menudita, los labios como las guindas de rojos; los mismos cabellos, negros como las penas y rizados como el mar en días de brisa suave; la misma mano, nivea y pequeña; igual al suyo el pie breve; como los suyos el pecho alto y fuerte, la cintura inverosímil, las caderas amplias...”

¡Qué hermosa era!... ¡Y cómo la amó él!...

—“Mira, añadió, no se lo digas a nadie. Yo hago mal en decirte estas cosas que ni aún a mí mismo me digo en voz alta; pero ¡no lo puedo remediar!... ¡La adoro, a pesar de todo lo pasado, a pesar de los años transcurridos, aunque ha sido de otro!... ¡Si ella me hubiese amado!... Yo hubiera sido bueno y juicioso por ella; por ella hubiera trabajado ansiosamente y me hubiera curado de mis vicios y hubiera exaltado mis virtudes; créeme, Pepe; si ella me hubiese querido yo hubiera sido sabio y santo!...”

“¡Tú no puedes comprender cómo la he amado! Dices que

quieres mucho a su hija; lo creo; pero ese cariño tuyo no es una sombra de lo que fué el mío por la madre; por supuesto, que no te recrimino por ello; no, haces bien; como yo la quise a ella no se debe amar a las criaturas; ¡así se debe amar a Dios únicamente!

—“No puedo menos — continuó — de suspirar pensando en lo dichoso que que hubiéramos sido; ¡Dios no lo quiso!... Por algo han llamado a la vida “valle de lágrimas”; aquí no se viene a gozar; se viene a sufrir únicamente; por eso, sólo por eso, no se lograron nuestros amores: ¡porque ella me quería!... ¡Me lo dijo muchas veces, y ella (¡lo aseguré!) era incapaz de mentir! Quien nos separó fué nuestro destino; ella no lo dice, pero yo, Pepe, lo sé; hoy todavía me quiere!... Pasa por mi lado y baja los ojos por no verme. Y ¡ya ves!... no la he hecho mía ni aún con el pensamiento; la he respetado tanto como la he querido y, sin embargo, ¡mira qué locura!... no tengo ni he tenido nunca celos del que fué su marido, porque... ¡verás, Pepín!— a fuerza de ser grande es tonto lo que voy a decirte! — porque... ¡me parece que sus hijas no son *del otro*, sino mías!...”

“Por eso a la madre no la miro — ¡ni para qué mirarla si la llevo grabada dentro, donde no puede borrarse! — ¡pero a las hijas!... ¡Se me van los ojos tras ellas... y con los ojos el alma!

“Como yo no he tenido hijos, no se me ha presentado ocasión de querer a otros pequeños; así es que, cuando eran chiquitas — preguntálas a ellas y te lo dirán — en cuanto las encontraba me las comía a besos y las atracaba de dulces: no me atrevía a comprarle juguetes por temor a que su madre se enfadara y no las dejase salir si no era con ella...”

“Por eso te digo, Pepe: ¡si vieras cuánto quiero yo a esas niñas!...”

La obsesión era completa: a Pepe le parecía aun escuchar las

palabras del muerto; al fin, el eco de su voz se extinguió y sus entreabiertos labios no emitieron más sonidos: pero continuaba sonriendo, y aquella sonrisa era lo que perturbaba a Pepe Sol. Observó lo que en su vida había observado: sí, no había duda: su Luisa, su adorada Luisa, se parecía al muerto.

Además, su novia y el muerto se llamaban del mismo modo, y aquella homonimia no era casual: seguramente era un tributo ofrecido por la madre al desdenado, a quien — raro fenómeno de psicología femenil — amaba aún secretamente... ¡Eso era! ¡De ahí su predilección por Luisa!, de ahí los mimos y regalos dedicados a ella con preferencia a sus hermanas; de ahí las lágrimas que había adivinado aquella noche en los ojos de la madre de su amada!

Parecióle a Pepe Sol que aquel cadáver no era el de un amigo como otro cualquiera; creyó estar en presencia del mortal despojo del padre de Luisa; no del padre de su cuerpo, sino “del otro”, del padre de su alma, que él adoraba, y que veía retratada en aquella soñadora frente y aquella dulce sonrisa que vagaba por los entreabiertos labios del muerto.

Sintió de improviso una piedad filial hacia aquel pobre hombre, cuya mano parecía querer asir algo que se escapaba, — como una esperanza — la tomó con suavidad, dobló uno por uno los dedos, aún flexibles, hasta que el puño quedó cerrado artísticamente y luego, por un impulso irresistible, besó aquella mano que, cerrada ya, semejaba la del hombre que ha logrado asir algo largamente anhelado y que no se quiere perder, como un sueño realizado, como una esperanza lograda, como un amor que llena toda una vida y sobrevive a la muerte.

DAMAS BOLIVIANAS



Señora Elena Dorado de Escalier, esposa del doctor José María Escalier.



Señora Ana Sáenz de Tamayo, esposa del primer secretario de la legación de Bolivia, en Buenos Aires



Señora Margarita Fenoglio de Ugarte, esposa del segundo secretario de la embajada de Bolivia, ante nuestro gobierno.



Señora Luisa Tezanos Pinto de Núñez del Prado, esposa del agregado militar de la legación de Bolivia



Señora María Rosa Granier de Pinto Escalier, esposa del consejero de la legación de Bolivia, acompañada de sus hijitas.

Celebración del aniversario de la Independencia de Bolivia



Vista parcial de la concurrencia que asistió al homenaje tributado a Bolivia en los salones de la Asociación Patriótica Española, con motivo del aniversario de su Independencia. El acto fué organizado por la Comisión de Homenaje a Repúblicas Ibero-Americanas



Algunas de las familias de la colectividad boliviana que asistieron a la mencionada ceremonia cívica. — La fiesta fué ofrecida por el señor José Rodríguez Denis, a quien contestó el doctor Alfredo Colmo



El ministro de Bolivia, doctor Alberto Díez de Medina, acompañado de un núcleo de socios del Rotary Club, durante la entrega de la bandera boliviana que el Rotary Club de La Paz, envía a su similar de Buenos Aires, en ocasión del aniversario patrio



El doctor Daniel Sánchez Bustamante, portador de la bandera, haciendo uso de la palabra en el banquete con que se celebró el acto de la entrega



La cabecera de la mesa en el banquete organizado por el Rotary Club y llevado a efecto en los salones del Plaza Hotel



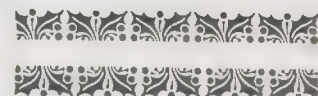
Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete presidido por el ministro de Bolivia, doctor Alberto Díez de Medina, con que un grupo de caracterizados residentes bolivianos festejaron el 103.º aniversario de la Independencia de la República hermana. El acto se realizó en el restaurant Conte.



Banquete en honor del presidente electo del Paraguay



Ofrecido por el conocido hombre de negocios don Ramón Cabezas, fué servido en el Plaza Hotel un banquete en honor del presidente electo de la República del Paraguay, doctor José P. Guggiari, al cual asistieron calificadas personas. Vista parcial de los comensales; en primera fila, de izquierda a derecha: señores Buigas y Dalmau, cónsul general de España; Ramiro de Maeztu, embajador de España, doctor José P. Guggiari, presidente electo del Paraguay, doctor Tomás E. de Estrada, presidente del Banco de la Nación, Jorge Mitre, director de "La Nación" y Ramón Cabezas.



La cabecera de la mesa en el banquete servido en honor del doctor Guggiari



Entrega de la bandera de combate al buque San Luis



La comisión central de la Asociación Pro-Patria y las comisiones parciales de la provincia de San Luis, efectuaron la entrega de la bandera de combate al buque hidrográfico San Luis. — A la izquierda: el presidente de la República, doctor Alvear; el ministro de Marina almirante Domecq García y las comisiones mencionadas, durante la ceremonia a bordo de la citada nave: A la derecha: la esposa del presidente de la República, señora Regina Pacini de Alvear en el momento de izar la enseña patria en el San Luis.



Homenaje a la se- ñorita Saavedra Basavilbaso

Un núcleo de intelectuales femeninas y amigas de la señorita María Elena Saavedra Basavilbaso, le ofrecieron un te, con motivo de la reciente aparición de su libro de poesías titulado "Estrofas vividas". Vista parcial de las personas que asistieron al acto.

En honor del nuevo subdirector de la General Motors Argentina



En el Restaurant Ferrari fué servido un banquete de homenaje al señor Robert F. Harvey, ex tesorero de la General Motors Argentina; quien acaba de ser ascendido a subdirector de la misma, prestigiosa empresa. La demostración, que había sido organizada por el personal de la Tesorería, que tan acertadamente dirigiera el señor Harvey, alcanzó grandes proporciones, poniendo de relieve las simpatías que por sus dotes personales y de excelente compañero y amigo supo granjearse el homenajeado.

Asistieron a la demostración los señores W. F. Roberts y A. J. Bruce, los cuales elogiaron, oportunamente, la brillante actuación del señor Harvey, refiriéndose asimismo al espíritu de camaradería que significaba el acto. — Dos vistas de los comensales.

Audición musical en la casa Lottermoser



Con motivo de la inauguración de sus nuevos salones y de cumplirse, 77 años de su fundación, la conocida casa Lottermoser, ofreció una interesante audición musical, a la que asistieron buen número de familias. — A la izquierda: señores Guillermo Lottermoser (1) fundador; Carlos S. Lottermoser (2); hijo; y John Hardman (3). — A la derecha: un rincón de la sala, durante la audición.

Conferencia



La señorita María Teresa León, distinguida intelectual española, que pronunció una notable disertación sobre el tema: "Romances viejos y poetas nuevos", que fué muy aplaudida. Le acompaña el doctor Carlos Melo que fué quien hizo su presentación al auditorio.

Nota social



Señora Adela Gutiérrez Gamio



Señorita Martha Urquidí Tezanos Ficht

DE LA SOCIEDAD BOLIVIANA

Confederación Nacional de Beneficencia



Las señoras María Luisa P. de Helguera, Josefa B. R. de Figueroa Alcorta y Julia Navarro Posse, presidenta, vicepresidente y vicepresidenta segunda, respectivamente, del Consejo Superior de la Confederación Nacional de Beneficencia, acompañadas de otras damas que integran dicho Consejo.



Interesantes trabajos exhibidos por dicha institución correspondientes a las provincias de Córdoba, San Luis, Santa Fe, Jujuy, Mendoza, Corrientes, Catamarca y Santiago del Estero



Un bello rincón, en que figuran artículos confeccionados en las provincias de Entre Ríos, Catamarca y La Rioja, exhibidos en la exposición de la Confederación Nacional de Beneficencia

Universidad Popular de Flores "Intendente Torcuato de Alvear"



Dos aspectos del te y danza realizados con todo lucimiento en los salones del Savoy Hotel y organizados en honor de la ex comisión directiva de señoritas de la Universidad Popular de Flores "Intendente Torcuato de Alvear", como adhesión a sus acertadas gestiones en el desempeño de su cargo.

HOMENAJE

DEMOSTRACION

BIBLIOGRAFIA



El prestigioso educador don Federico García, a cuya memoria se acaba de tributar un homenaje en el colegio nacional Buenos Aires, organizado por la Asociación de Residentes Gibraltareños. El extinto era padre de la conocida poetisa Adela García Salaberry



Vista parcial de los concurrentes al te organizado en honor de la señorita Angélica Escude Pi y servido en los salones de la Confitería París. — El acto dió lugar a una animada fiesta íntima



Señora Carmen P. de Alonso, autora del libro de poesías "Lluvia de besos", próximo a publicarse.

Actualidades cinematográficas



Mary Philbun, que, con Lyonel Barrymore es protagonista de "Llamadas de amor", novísima obra de D. W. Griffith, que Artistas Unidos estrenará mañana



William Boyd y Jobina Ralston, protagonistas de "La locomotora relámpago", actual éxito del programa Glucksmann



Frankie Darro, un nuevo Jackie Coogan, protagonista de "Alma de suburbio", que la General estrenó anteyayer



William Haines y Dorothy Sebastián, en "Kel'y el invencible", que la Metro-Goldwyn-Mayer estrenará el viernes próximo.



Laura La Plante, John Harron y Eddie Phillips en "Pantalones a la funerala", película Jewel, que la Universal estrenó ayer



Buck Jones en una escena de "Corazón de vaquero", film del cual es protagonista y que dará a conocer la Fox el jueves próximo



Aud Egede Nissen en la película "La rata roja", del programa Optimus Especial, que se estrenará por intermedio de la Corporación en la segunda quincena del presente mes



Una escena de "Zar y Poeta" (la vida del gran poeta Pushkine), notable film ruso, del cual es protagonista Eugenio Cherviakov, y que estrenará en breve la casa Solá Films

DE TUCUMAN. — Jura de la bandera por los conscriptos de 1907



Monseñor Bernabé Piedrabuena, obispo de Tucumán, el general Juan Estéban Vaccarezza, comandante de la quinta división de ejército y otras personas, durante la ceremonia de la jura de la bandera.



El sacerdote oficiando la misa de campaña, en el altar erigido en la plaza San Martín, donde se llevó a efecto la jura de la bandera.



Conscriptos de la clase de 1907 que juraron la enseña patria, con el ceremonial de práctica.



El abanderado que actuó en el acto y la banda de música que amenizó la ceremonia.

De Alta Gracia



Señor Víctor Carlos Degroef y su esposa



Señorita Carmen Martí Vélez Sarsfield



Señora de Martínez de Hoz y señores doctor Ruiz y Daniel Martínez de Hoz



Señoritas Juanita Díaz Vega y Pepita Perán Fossati y señor Fidel Carballo Montes.



Señoras de Rocha, Degroef, Bilbao y Martínez de Hoz, señorita Martínez de Hoz y señores doctor Ruiz, Rocha, Martínez de Hoz, López y diputado nacional doctor B. Hernández.

La cabeza inclinada en una actitud que hacía resaltar la blancura y tersura de su nuca, Teresa Milón escuchaba las dulces palabras. Al oírlas, su sangre circulaba más rápida y ella permanecía inmóvil, estrechando únicamente en sus dedos la mano de Gilberto Vallain.

—Entonces — interrogó él, — ¿es que sí?

Teresa se irguió y el joven pudo ver, emboscadas en el ángulo de sus ojos, prontas a correr dos brillantes lágrimas.

—¡Estás loco! — dijo por fin ella.

—Eso no es responder, Teresa.

—Tú sabes bien que te amo. ¿Cómo podría rechazarte?

—Estamos de acuerdo, entonces. Y como soy hombre de rápidas resoluciones, mañana mismo iré a formular a tu madre mi pedido oficial.

—¿Es que piensas...?

—¡Cómo! ¿No tendrás la intención de casarte sin su consentimiento? Eres menor de edad. Además, vives con ella. Me parece indispensable y correcto cumplir con esa formalidad. A propósito ¿a qué hora tendré la suerte de encontrar a tu madre?

—¡Oh, ella está siempre!

—¡Ah!, ¿trabaja en casa?

—Sí.

—¿Se ocupa de costura, como tú?

Teresa se mordió los labios y no respondió. Bajo la amarillenta luz del foco, Gilberto notó que el rostro de la joven se había encendido.

—¿Por qué vacilas?

Resueltamente ella se decidió:

—Mi madre es... adivina. Sí, yo no me había atrevido a decírtelo: echa las cartas y lee en las líneas de la mano. "Madame Lydia, vidente extralúcida". Desde luego, es una profesión un poco extraña, pero honorable.

Divertido, él miró a Teresa.

—¡Pero claro está, amor mío! Al contrario de lo que crees, eso me encanta. ¡Una mamá política vidente! ¡Qué seguridad para el porvenir! Si me atreviera, iría a verla ahora mismo. Pero es muy tarde: la hora me parece poco propicio.

A pesar del tono jovial de Gilberto la joven permanecía pensativa.

—¿En qué piensas, Teresa?

—Mamá no consentirá jamás. Es muy buena. Es muy buena, pero autoritaria. Te juzgará demasiado joven, sin posición.

Lo que dicen las cartas

Por Daniel Poiré

—¿Sin posición? Soy dibujante y tengo talento. Todavía no soy lo bastante conocido, pero bien pronto...

—Mi pobre Gilberto, yo no tengo confianza en el éxito de tu demanda.

—Ya veremos.

Después de un último beso se separaron.

Mientras regresaba a su casa Gilberto Vallain reflexionaba sobre la grave determinación tomada esa

una habitación minúscula y atestada. En los muros, falsos tapices. Aquí y allá, animales embalsamados que conservaban de las revelaciones oídas diariamente una expresión estupefacta.

Sentáronse ante una mesa donde Mme. Lydia echó sus naipes. Y durante una hora, con voz impersonal y taciturna, la adivina enunció lentamente detalles sobre el pasado de Gilberto, predicciones, consideraciones sobre las precauciones a to-

—Se lo suplico, es casi una lección lo que le pido. Si me equivoco, usted me corregirá.

Sin esperar más, tomó los naipes, los barajó y los dispuso sobre la mesa en fantástica alineación. Luego, después de un minucioso examen, comenzó:

—Dicen las cartas que el nombre que usa usted no es el verdadero. Usted lo ha adoptado a raíz de una circunstancia dolorosa, la desaparición de un ser querido, su esposo, sin duda... Es también a partir de ese instante cuando usted se consagró a su actual profesión... Procedió así para subvenir a las necesidades de una niña... una hija, parece...

Boquiabierta, madame Lydia escuchaba a Gilberto que, tocando sucesivamente y al azar las diversas cartas reproducía con voz concentrada datos que en el curso de sus conversaciones con Teresa había obtenido de su madre.

—Su hija —

prosiguió — es bella, inteligente y, según lo indica esta carta, está en edad de casarse... ¡Ah, ah!... Veo amor... Su señorita hija está enamorada de un joven... ¡Oh, un joven muy simpático y muy bueno... Sería el marido por ella soñado. Pero..., pero... Espere usted que cuente... Muy pronto, el joven en cuestión va a hacer una demanda a ese respecto... Está ansioso... Ahora, viene, se aproxima, está muy cerca... Señora, el joven está aquí, se llama Gilberto Vallain, es dibujante, y tiene el honor de pedirle la

mano de la señorita Teresa Milón.

Los párpados de la señora Milón se movieron precipitadamente: hubierase dicho que el reflejo de un poderoso faro le hubiera herido repentinamente en pleno rostro. Luego, se levantó de la silla; y, muy digna, le dijo:

—¡La mano de mi hija! ¡La mano de mi hija!... Pero, señor, ¡si no le conozco a usted!

Con extrema dulzura, Gilberto replicó:

—Pero, sí, señora, usted me conoce, y no puede rechazarme: ¡no acaba de decirme usted misma que heredaré de una mujer morena, que tengo un carácter leal y bueno y que me está reservado el más brillante porvenir?

La corpulenta señora quedó turbada, sonrió, y, después de un momento de reflexión:

—En fin, por una vez, acaso pueda creerse lo que dicen las cartas.



tarde. ¿No es aventurado casarse tan joven? La carga de un hogar sería desde luego pesada para sus hombros; pero él conocía bien a Teresa, la sabía seria, enamorada, recta, favorablemente considerada en la casa donde estaba empleada. Y, además, se amaban. ¿Qué argumento podía vencer a éste?

La puerta donde se destacaba una chapa de bronce con la siguiente inscripción: "Madame Lydia, vidente extralúcida", se abrió, dejando aparecer progresivamente a la madre de Teresa.

Como un enorme tapón, obstruía toda la entrada con su corpulencia. En su rostro embelesado, sólo tenían vida los ojos, pequeños, escudriñadores y penetrantes. La extralucidez, en efecto, no deja de guardar cierta relación con la psicología y un sentido muy desarrollado de la observación.

—¿Qué desea usted, joven?

—Una consulta, señora.

Hizo entrar a Gilberto Vallain en

mar en su existencia y la manera de guiarla. Le dijo entre otras cosas, que recibiría una herencia bastante importante, de una mujer morena, actualmente en la Europa Central; que sería conveniente colocar ese capital en inmuebles, y peligroso para él pasear por un río. Además, Mme. Lydia le anunció una brillante carrera en el comercio.

Cuando hubo terminado, Gilberto le preguntó:

—¿Habrás usted trabajado mucho, señora, para llegar a tal maestría?

—Mucho, en efecto.

—Yo he sentido siempre gran pasión por las ciencias ocultas, y hasta las practico un poco. Y si no fuera abusar, le pediría autorización para echarle las cartas a mi vez.

La adivina contempló a Gilberto con estupefacción y hasta con cierta desconfianza. Jamás había oído decir que un cliente echara las cartas a una quiromántica.

Con tono persuasivo el joven insistió:



Es media noche, la hora del misterio,
la hora de las visiones: el poeta
que en su aposento solo
estaba con los codos en la mesa
leyendo un libro, ciérralo de golpe,
porque el humilde cabo de la vela
que le estaba alumbrando, ya está a punto
de consumirse. Al verla
el bardo queda inmóvil y reclina
la armoniosa cabeza
en el respaldo del sillón, absorto
en la llama. La llama parpadea
cual ojo soñoliento;
y a su luz mortecina se sospechan
más que se ven, en la modesta estancia,
un pobre lecho, algunas sillas viejas,
libros, papeles, flores, un armario
con su luna antiquísima, una percha
de que cuelga un abrigo, como un cuerpo
de la horca, y en el muro una acuarela
en que se ven figuras que parecen
haciendo en la penumbra extrañas muecas.

Y el poeta prosigue con los ojos
fijos sobre la vela.

Y la vela, a su frente,
con lumbraradas trémulas
fulge roja y azul como la punta
de una espada de fuego; y hay en ella
algo imponente y grave,
algo que se dijera
quiere hablar...

Y, de pronto, en el silencio,
se le ocurre al poeta
que ella, le habla en verdad. Escucha, escucha;
y le parece que esa roja lengua,
como la lengua de invisible espíritu,
con estas frases de ultratumba suena:

Voy a morir por alumbrarte, ¡oh bardo!
Voy a morir. Contempla
mi agonía; ve cómo
de la misma manera
que he vivido alumbrando, ahora me extingo
alumbrando también.

Tú, así, poeta,
obra lo mismo. Alumbra! Haz que tu vida
sea una luz y que tu muerte sea
otra luz. Da tu espíritu hecho llama
a los demás; haz de tu carne esencia
luminosa; prodígate en lo bello
como el molusco se prodiga en perlas.
Ara en las almas, y en el surco abierto
pon la fecunda siembra

EL CABO DE LA VELA

(POESÍA QUE OBTUVO LA FLOR NATU-
RAL EN LOS JUEGOS FLORALES DE
SUCRE (BOLIVIA)

de vida y de verdad, para que un día
otros recojan fúlgida cosecha.

Y sé humilde, oh poeta, cuando alumbres.
No seas lampo que deslumbra o ciega.
Sé humilde. Si eres astro, sé la luna;
y si insecto, la tímida luciérnaga:
y si eres la mirada de unos ojos,
sé la mirada buena,
sé la mirada dulce,
sé la mirada angélica
de Jesucristo aun al morir... Sé humilde,
y haz compañía a los humildes. Entra
a la cabaña del labriego, al antro
del minero, a la mísera vivienda
del artesano. Sé la luz hermana
de los tristes y sé la compañera
de los pequeños. Besa
las cabecitas de los niños pobres
y los níveos cabellos de la abuela.
Y sé para el vencido de la vida
que murió sin que nadie le sostenga
el macilento cirio
que ante su cuerpo inánime gotea
sus lágrimas extrañas cual si fuese
la misma muerte que a su lado reza.

Alumbra: y si es preciso
ir al pantano y la cloaca, llega
sin miedo allí; recorre los desvanes
lóbregos; ilumina a la hampa infecta
y baja hasta los fondos más siniestros
que la luz no se mancha aunque descienda.

Alumbra, oh bardo, hasta a los seres mismos
que te ven con rencor. Y a cada piedra
que te asesten responde con fulgores.
que caigan como pétalos de estrellas
sobre sus mismas frentes.

La venganza
no es "el placer divino" que en la griega
mitología se postula. El odio
es tan solo un veneno. Lo que eleva
es el perdón, y sólo el que perdona
es quien bebe en la mesa
del Divino Maestro, el vino puro
que hace gustar la excelstitud suprema.

Alumbra, oh bardo... Empero si tu suerte
es pasar por la tierra
sin hacer nada sólido y durable,

sé, al menos, en la noche una de aquellas
luces fosforescentes que desgranar
por un momento en la extensión sidérea
un haz de rayos ténues;
o sé la azul libélula
que al pasar rumurando entre las flores
parece un madrigal que canta y vuela.
O sé la misma araña, la arañita
que acomoda los hilos de su tela
entre las ramas del jardín en donde
el sol sus rayos quiebra
y construye él también con ella misma
aúreos puentes, escalas de moléculas
astrales. Tú asimismo
teje, oh bardo, la trama rosa y seda
que aunque frágil y efímera
sepa dejar siquiera
por un instante la impresión seráfica
de esa cosa sutil, de esa materia
"de que se hacen los sueños" como dijo
evocando la vida extraterrena
el gigante de Albión,

Alumbra, oh bardo,
Alumbra: Y de este modo en tu carrera
habrás guiado a muchos que andan ciegos
y habrás dado consuelo a muchas penas;
y cuando llegue la hora de extinguirte
dejarás en tu senda
vestidos en fulgor aun los abrojos.
La sangre misma que vertió la abierta
herida en el camino, en vez del odio
hablará del amor, de la serena
abnegación, del sacrificio noble
Será una sangre bella;
una sangre hecha luz...

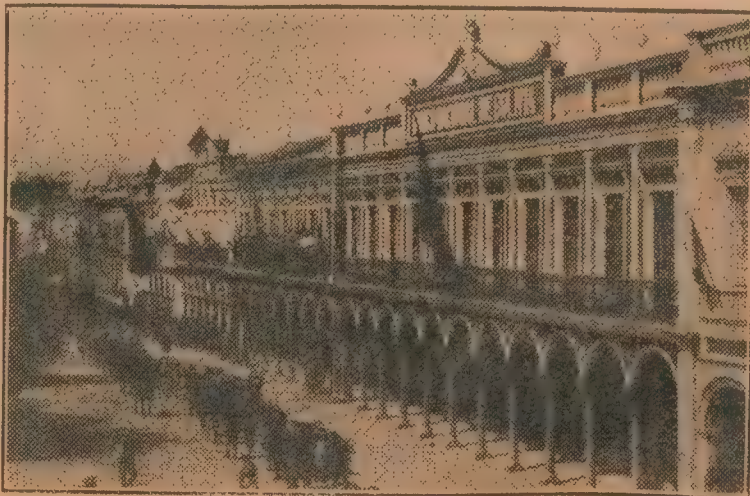
Se hace el silencio
y la sombra. La vela
se ha consumido. Empero, todavía
le parece al poeta
escuchar en redor algo muy leve
como el vuelo de un ave que se aleja
y le parece ver algo muy grande
como un sol que se pone tras la sierra.
Y entonces en su espíritu nostálgico
surge la frase que también dijera
ese otro gigante de Germania
cuando llegó la muerte con su venda:
"luz, más luz..." "Es decir la luz del cielo,
la luz de la verdad, la luz eterna,
la luz del ideal..."

Es la enseñanza
que le ha dejado el cabo de la vela.

Jaime MENDOZA



BOLIVIA. — Aspecto de una de las calles de la parte residencial de La Paz
Cochabamba



BOLIVIA. — Frente del edificio ocupado por el Banco Nacional de Bolivia, en
LA PAZ

¿Mis celos? No sé, en verdad, cuál era el fundamento de mis celos. Tristán, el delicado pintor de flores, el amable paisajista, era, por el afecto y la intimidad un hermano. En mi mesa su puesto estaba entre Margarita y yo, y en nuestros paseos al campo, ella, tendida de su brazo, le hacía recitar poesías musicales y dulcisimas, que yo aplaudía encantado de su talento.

Esta dote de una rima pomposa y llena de frescura que el pintor afectaba desdeñar por sus lienzos de flores, era, quizás, la seducción más poderosa que Tristán ejercía para hacerse amar locamente de las mujeres; y yo, que lo sabía, pensaba en ello, a mi pesar, cuando le contemplaba de la mano con Margarita corriendo a campo traviesa, ora al alcance de un nido de ruiseñores, siempre distante, ora en busca de una flor silvestre, cuyo hallazgo era motivo de algún madrigal respetuoso, pero ¡ay! demasiado tierno, y siempre oído con visible alegría.

Además, allá, en la sala de nuestra casita, alguien me mantenía en constante suspicacia; no con sus palabras, pero sí con su expresión maligna, mañana y noche, cuantas veces Margarita me besaba a la hora de salida, o a la de entrada.

¿No es cierto que era locura ceder a la sugestión insidiosa de aquel busto de mármol que sobre la dorada mesa del espejo se reía burlona y perversamente? Locura era, y no obstante, cuántas veces, con un pretexto fútil, alejé de mi lado a Margarita para interrogar, impaciente, aquel blanco rostro risueño y malvado!

—¿Qué pasa aquí cuando yo no estoy?... Tristán, verdad?...

¡Oh desesperación! ¡oh rabia!

Una mañana, en el momento de ofrecerme sus labios para despedirme, Margarita me anunció que ella también intentaba salir.

La sorpresa que me causó esta determinación nada extraña en sí, no pasó inadvertida a los ojos de Margarita quien me miró asombrada y preguntó el motivo de mi emoción. Me reí estrepitosamente para tranquilizarla y desorientarla, la besé y partí.

En la calle tracé mi plan. Mi reloj marcaba las siete y treinta; iría a la oficina hasta las nueve. Hora y media era plazo bastante para que ella dictara sus órdenes en la casa, y se arreglara con la coquetería que le era habitual.

Una hora. ¡Vaya que una hora es larga cuando la impaciencia nos muere el corazón y precipita sus latidos!

Al fin no pude contenerme más, y minutos antes del término fijado por mí mismo, tomé el sombrero y me lancé en dirección a nuestra casita.

Ya en el umbral, casi me arrepentí. ¿No era indigno lo que hacía? Ni qué motivos claros tenía yo para aquel procedimiento? Acaso no seguía siendo Margarita invariablemente buena y cariñosa? No obstaculizaba.

—¿Margarita?...

La doméstica, sorprendida con mi inesperado regreso, balbuceó algunas palabras, en tanto que el busto de mármol sonreía, sonreía más perseverante que nunca.

Oh, yo sabré encontrarla.

Ya en camino, reflexioné. Era necesario tomar precauciones para que la infiel y su cómplice no pudiesen escapar.

El busto de marmol

Por Fabio FIALLO

Cuando llegué al estudio de Tristán, éste salió precipitadamente a recibirme.

—¿Qué tienes? ¿Qué pasa? — me preguntó asiéndome del brazo y

queriendo obligarme a tomar asiento en la salita de recibo.

—¿Qué me pasa? Ven y te contaré — le respondí, mientras trataba de acercarme a la pieza conti-

gua, que yo sabía era, a la vez, estudio de pintor y alcoba de Tenorio.

La cortina estaba corrida. Sin embargo hubo algo que por un segundo me paralizó el corazón. Era el ambiente que allí emergía. Sí, aquel ambiente yo lo conocía, era el mismo que ella creaba con su presencia. El perfume que venía del estudio y se me entraba en los pulmones y me envenenaba el alma, era su perfume, el olor de su persona, de su carne, de Margarita.

Cerré los ojos y vacilé. Tristán me tomó con fuerza entre sus brazos.

Desfallecimiento no duró un minuto. En el instante mismo en que yo volvía en mí, una ráfaga de aire entreabrió la cortina rápidamente y percibí, sobre la alfombra que cubría las losas del estudio, desnudo y blanco el pie de Margarita.

—¡Ah, la infame! Y de un salto caí adentro...

Cuando Tristán, sorprendido, llegó junto a mí, yo me cubría avergonzado, el rostro con ambas manos... En el estudio del pintor lo que creaba aquel ambiente de perfume era un gran cesto lleno de flores recién cortadas.

Una de aquellas flores, un lirio blanco y hermosísimo, yacía sobre la alfombra.

Jamás he querido decir a Margarita por qué esa mañana, cuando regresó a nuestra casita de amor, encontró, roto en mil pedazos, por el suelo, el busto de mármol; aquel busto que elevaba sobre la dorada mesa del espejo su blanco rostro sonriente y malvado.

Jarabe Pectoral "Esterfal"

Lo mejor para la Tos, Catarro, Resirios, Ronquera y demás afecciones Pulmonares

Elixir Dentrífico "Esterfal"

Limpia, da Esmalte a los Dientes y evita el dolor de Muelas.

Agua de Colonia "Esterfal"

La Mejor y más Perfumada.

Pidanlos en todas las Farmacias

Farmacia y Droguería Inglesa Americana

Abierta hasta las 12 de la noche

PERU 901 - 907

U. T. 1667, B. Orden

BUENOS AIRES

SCHERZO DEL BOSQUE

Bosque sonoro y verde,
tu antro contemplo,
donde mi voz se pierde,
como en un templo.
¡Luz y congojas!
Mi alma suspira y tiembla
sobre tus hojas

Yo sé la dulce historia
de tus otoños,
y la ferviente gloria
de tus retoños,
cuando, parieras,
despiertan en tus nidos
las primaveras.

Yo sé el grácil donaire
con que deslía
su perfume en el aire
la flor que ríe.
¡Oh, tú no sabes
todo cuanto me han dicho
fuentes y aves!

Porque el arroyo, cabe
el musgo blando,
voz argentina, sabe
reír llorando,
mientras poetisas
mezclan las aves garrulas
lloros y risas.

Sonoro y verde bosque,
que en cada rama
mi alma de luz se enrosque,
flexible grama,
y en verdes fiestas
mezele su poesía
con tus orquestas.

Un poeta en olvido
—¡vivo tesoro!—
es un desconocido
bosque canoro.

Miles a miles
su alma radiante pueblan
sueños y abriles.

Allí la vida duerme,
fervientes ondas,
cual duerme el ruido inermé
bajo tus frondas.
¡Todo palpita
bajo el bosque encantado
que un genio habita!

Cuando sobre tus copas
sople el invierno
y asuele de tus ropas
el verde tierno,
graves y broncos
dirán su queja al viento
tus negros troncos.

Así también la lira,
leño sagrado,
sufre la estéril ira
del cruel hado;
y al rudo viento
que las almas azota
da su lamento.

Mientras tu agosto labres,
abre tus pomas
a mi voz, como te abres
a tus palomas,
coro de plumas
que retoza, y sacude
tus viejas brumas.

Bosque sonoro y verde,
tu antro contemplo,
donde mi voz se pierde,
como en un templo.
¡Luz y congojas!
Mi alma suspira y tiembla
sobre tus hojas...

Franz TAMAYO

El precio de una oreja

El agente de negocios de una señorita norteamericana que hace poco tuvo la desgracia de perder la oreja izquierda a consecuencia de un accidente de automóvil, ha recibido numerosas respuestas al anuncio que hizo publicar en los diarios de Chicago.

Un hombre y una docena de mujeres se han ofrecido a hacerse cortar la oreja izquierda y a cederla en plena propiedad por precios diferentes.

La primera que se presentó fue una excelente madre de familia.

Pidió cuatro mil dólares por hacer el sacrificio de su oreja. Necesitaba esa cantidad, según dijo, para dedicarla por entero al pago de todas sus deudas.

La indemnización ofrecida en los anuncios no era más de dos mil quinientos dólares, como máximo. Sin embargo, sea por simpatía y en atención a las circunstancias de la vendedora, sea porque su oreja fuese la más bonita de las propuestas o la que mejor emparejase con la que a la compradora le quedaba, el caso es que el trato se ha concertado.

Y lo convenido es que, si la operación resulta bien y la oreja arraiga en su nueva propietaria, la buena señora madre de familia, a estas horas ya, seguramente, desorejada, recibirá los cuatro mil dólares pedidos como precio de su oreja.

El capitán Brown cuenta cómo mató a Richthofen

Pequeñas tragedias de los aviadores en la guerra. "El aterrizaje de Boots, las manías de "Dick" y el traslado a Marie Claire Norte.

(Continuación)

LA TRAGEDIA DE BOOTS "LE BOUTILLIER"—

Pero no había que dormirse sobre los laureles. Aquella misma tarde salimos en otra patrulla ofensiva; pero sin resultado. Al día siguiente escoltamos una pareja de aviones franceses que fué a hacer un vuelo con fines fotográficos sobre Ghistelles, al sureste de Ostende. No divisamos un solo aparato enemigo.

Aquella misma tarde hubo patrulla otra vez; pero tampoco alemanes, cuyo esfuerzo evidentemente habían trasladado más al sur, donde llevaban muy tenazmente su ofensiva.

La tarde siguiente, nueva expedición sobre suelo enemigo. Por cierto que recuerdo un caso en que se mezclan la tragedia y la comedia de aquellos lejanos días de vuelo. Estábamos sobre Roulers, unas doce millas adentro de las líneas enemigas, cuando se me estropeó uno de los pistones.

Parar el motor hubiera supuesto perder mucha altura, y me interesaba forzar la elevación todo lo posible si es que no quería pasar el resto de la guerra en un campamento alemán de prisioneros.

Dejé, pues, funcionar el motor; pero su fallo desequilibraba todo el aparato. La vibración era tremenda. Las alas empezaron a estremecerse como las de un pájaro. Parecía como si todo el artefacto fuera deshacerse.

Afortunadamente, llevaba yo una altura de más de catorce mil pies, y con fuerte viento favorable me deslicé más de veinte millas. En Bulscam, a unas diez millas del aeródromo, descubrí un hermoso campo de verdura en que poder aterrizar. Aconteció que aquel campo estaba surcado de zanjas paralelas como a doce pies una de otra, con lo cual quedaban fajas de terreno de la anchura suficiente para las ruedas del aeroplano, con tal de calcular con acierto.

Yo me las arreglé bien; pero Boots "le Boutillier", un americano de nuestra flota que se había pegado a mí en toda aquella larga peripecia, no tuvo tanta fortuna. Este hombre, no contento con protegerme durante todo el vuelo en avería por encima del territorio enemigo, había querido descender para enterarse de lo que le pasaba al aparato, por si era necesario acudir en mi socorro. Esta fué la razón que le llevó a compartir mi comprometida suerte.

El camello tenía una joroba en la parte correspondiente a las ametralladoras. Lo cual constituía un serio inconveniente para calcular bien, en caso de un aterrizaje como el que nos veíamos obligados a hacer, y Boots se engañó. Las ruedas de su tren de aterrizaje entraron en la zanja, el aparato dió una violenta sacudida hacia adelante y luego cayó hacia atrás.

¡Pobre Boots! No se había herido, sin embargo. Se había quedado colgado del cinturón, debajo del aparato, con la cabeza a seis pulgadas del agua cenagosa que llenaba la zanja. Cuando me acerqué juraba como un demonio. Maldecía del campo. Maldecía del camello. Maldecía de mí, sobre todo.

—¡Habrás idiota! ¡Vaya un sitio de aterrizar! ¡Sácame de aquí, maldita sea tu estampa! ¡Tú me has

mos el vuelo a Cappelle, al sur de Dunquerque, a donde se había trasladado la escuadrilla.

LOS PAJAROS QUE TIENEN QUE TRASLADAR EL NIDO—

Las patrullas que salían de Cappelle no lograban finalidad práctica ninguna y el 28 de marzo nos llevaron a unas 20 millas al sur de Bailleul, bastante cerca del sa-

mos aprendido el camino de la taberna más próxima cuando hubo que salir danzando otra vez.

La orden de salir de Cappelle llegó durante la noche, lo cual suponía andar toda la noche aperreados para estar listos de madrugada. El vuelo a Bailleul, en sí mismo, no era más que un salto en el aire. Llegamos a las diez y media.

En el aeródromo no había nada. Ni nadie, ni siquiera un sargento como comisión para recibirnos. Ni nada que se pareciera a la menor comodidad. Era ya por la tarde cuando pudo disponerse la primera comida: pan amasado y cocido con briznas de hierba, que habíamos de ir quitando antes de echar las migajas que resultaban de este desmenuzamiento y separación en la taza de té.

Después de esto procedíamos a arreglar un poco el aeródromo. Boots y yo parecíamos dos lechuzas chamuscadas. Estábamos hechos polvo. Sin dormir en treinta y seis horas. Sin descansar. Sin comer.

A las tres ya no podíamos tirar de nuestros cuerpos. Por fortuna, yo llevaba una botella de aguardiente. Echamos un buen trago y nos tumbamos sobre nuestros chaquetones de cuero en un rincón de una cabaña.

¡VIENEN LOS "BOCHES"!—

Caímos en profundísimo sueño; pero en seguida entró un ordenanza gritando:

—¡Han roto la línea! ¡Vienen para acá los boches! ¡Los portugueses vienen hacia acá y cruzarán el aeródromo! ¡Hay orden de trasladarse en seguida!

Nos pusimos en pie renegando. ¿No podían esos bárbaros de alemanes haber escogido otra hora? Y nos lanzamos afuera, donde ya todo estaba en movimiento. El comandante estaba disponiendo el escuadrón.

—Dejad los aeroplanos. No se puede despegar en estos barrizales. Que cada comandante de flotilla quede al lado de los aparatos con un motociclista para prenderles fuego tan pronto como se descubra a los alemanes. Que se les den bidones de gasolina para rociarlos. Los pilotos, a los camiones. ¡No hay tiempo que perder! ¡Lo más deprisa posible a Marie Claire-Norte!

¡Marie Claire-Norte! ¿Dónde diablos estaría aquello?

La noche de marzo estaba cerrando ya. El tiempo era crudo y llovía. Pronto supimos que Marie Claire-Norte estaba a 40 millas al Oeste.

En medio de la obscuridad lo dispusimos todo, y a las siete partimos, ya noche cerrada. Ibamos helados, calados, estremecidos hasta los huesos. Desventurado racimo de sombras sentadas en los camiones para una marcha de cuarenta millas.



—Dime, papá. ¿Eso es lo que llaman de medio luto?

metido, tú! Pero ¡haz algo, Brownie! ¡El cinturón me está!... ¡Pero por Dios!...

A mí la risa no me dejaba hablar. Y cuando pude intentar algo nada pude hacer. Por último, él tuvo que escurrir la hebilla del cinturón y cayó de cabeza en el lodo.

Salí arrastrándome de debajo del aparato, escupiendo ceno y maldiciones. Estaba hecho una fiera conmigo. Yo le dije que había sido un zopenco aterrizando en un sitio donde no tenía que aterrizar. ¡Buen modo de agradecerle su compañerismo!

Resueltas ciertas dificultades mecánicas, al día siguiente remonta-

liente Iprés. Demasiado cerca para ser agradable, según resultó luego.

Tantos traslados hacía la guerra un infierno. Había que desarmar los hangares, dismantelar los cobertizos y guarecerse de cualquier modo en tiendas y cabañas. No consistía todo en volar a otro nido como pájaros; teníamos que llevar los nidos también. Esto nos tenía fastidiados. Las comidas eran convencionales. Dormíamos a cabezadas, aprovechando los momentos posibles. Y además teníamos que seguir haciendo patrulla.

Llevábamos sólo dos días en Cappelle cuando se nos mandó a Bailleul. Y una vez allí, apenas habia-

¡Lo más de prisa posible a Marie, "DICK"! —

Recuerdo a Dick, que se me acercaba para que lo subiera. A mi lado todo el tiempo. Dick era un perro perteneciente a Norto, el comandante que lo trajo en vuelo cuando era cachorro desde Inglaterra. Desde entonces servía en el escuadrón, y con él iba a todas partes. No era un héroe de la guerra. Un bombardeo lo hacía estremecerse hasta el rabo.

Pero en cierto aspectos tenía valor y asombrosa inteligencia. En primer lugar, había hecho punto de honor matar a todo perro extraño que entrara en el aeródromo. Estaban exentos los perros que acompañaban a los oficiales, en los cuales parecía reconocer cierto derecho a visitarle. Pero a otro perro cualquiera, la muerte.

Un perro de un oficial había, sin embargo, al que no estaba dispuesto a tolerar de ningún modo: un galgo ruso perteneciente a Lamb, comandante del Servicio Aéreo Real Naval en Francia, que circunstancialmente venía con fines de inspección. Tan pronto como se anunciaba una visita de Lamb, uno de nosotros tomaba a su cargo no dejar que Dick se arrimara al galgo ruso.

Cierto día me tocó a mí ser centinela del perro. Cerradas las vidrieras y las puertas de la barraca en que me metí con él, me senté a leer al amor de la lumbre.

Dick sabía que pasaba algo. Se paseaba nerviosamente de una ventana a otra. Le ordené tumbarse; pero pronto me hizo olvidarme de él el interés del libro.

De pronto, sin que yo me diera cuenta, llegó Lamb en su automóvil.

Dick se puso en pie, erizado el pelo.

—¡Echate, Dick, échate! — le mandé.

Dió un gruñido. Miré por la ventana y ví al perro de Lamb saltar del coche. Este fué el momento elegido por Dick para salirse por la ventana haciendo el vidrio pedazos. Antes de que yo hubiera podido ponerme en pie ya había salvado el perro la mitad del camino que le separaba del galgo ruso.

Los acontecimientos se desarrollaron rápidamente.

Lamb estaba bajando cuando su perro, empujado de nuevo hacia el interior del vehículo, le pegó en las piernas y lo derribó de espaldas. Dick, utilizando el estómago del comandante como trampolín, saltó tras su enemigo.

El ayudante de Lamb iba a descender por el otro lado del coche cuando el galgo le empujó por la espalda. Cayó, y las patas de Dick fueron a tomar apoyo en sus narices. En veinte saltos Dick había conseguido verse colgado del cuello de su enemigo.

Pero cuando yo llegué ya habían separado a los perros, ayudado a Lamb a levantarse y acudido a su ayudante. Me sirvió aquello recibir la reprimenda más dura que he recibido en mi carrera.

LO QUE ERA MARIE CLAIRE-NORTE

¡Pobre Dick! Durante el viaje de Marie Claire-Norte fué pegado a mis piernas, tiritando; pero su situación no era peor que la de los pilotos. ¡Qué viaje aquél! Cuarenta millas de saltos por aquel infierno de tinieblas.

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro-Anestésica. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémino, Ciática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

DE 8 a 12 HORAS

U. T., LIB. 0260

La experiencia en los negocios

Alfredo Carambouille se paseaba por los grandes bulevares, aspirando el aire a plenos pulmones. Aquella mañana había llegado a París, después de pasar tres meses de vacaciones en la prisión de Fresnes.

Antes había dado una vuelta por uno de los grandes almacenes del centro, donde se había adueñado de la cartera de un provinciano, provista de algunos billetes de cien francos.

—¡Qué bueno es reanudar el trabajo! — pensó al sentarse en la terraza de un café.

Lo que buscaba ahora Alfredo Carambouille era un asunto serio. Los bolsillos de señora, las carteras, todo aquello era muy bonito; pero acababa en la cárcel.

Leta los anuncios, y se fijó en el siguiente:

"Caballero de cincuenta años, con capital, busca negocio que ofrezca garantías. Escribid: señor Curedent; calle de Rayond, 212.

Una hora después, Alfredo Carambouille llamaba a la puerta del capitalista. Habló dos horas sin parar delante del Sr. Curedent. Expuso primero en detalle su último invento: la máquina de separar lentejas, con la que caen a un lado las malas y las piedrecitas, y al otro, las comestibles...

Dijo luego unas palabras sobre un vasto negocio de exportación. Se trataba de la preparación de queso rallado en botellas, para ser exportado a las colonias y al Extranjero.

Cuando Alfredo se marchó, a medianoche el negocio estaba convenido.

—Creo que he caído en buenas manos — decía el señor Curedent a su mujer al acostarse. — Este muchacho tiene grand's ideas. En dos años seremos millonarios.

Quince días después se firmaba la escritura constituyendo la sociedad. El señor Curedent aportaba el capital: el señor Carambouille su experiencia de los negocios.

—Aportamos valores iguales — aseguró el señor Curedent al salir de casa del notario.

—Ha sido una suerte para usted que yo leyese su anuncio — respondió Alfredo.

A la semana siguiente, el señor Curedent estaba instalado en un suntuoso despacho, en el primer piso de un lujoso edificio.

A los seis meses había vendido su último título y había hipotecado su casita de campo, para pagar las letras que vencían Alfredo Carambouille, por su parte, había comprado un hermoso automóvil, fumaba grandes habanos y no comía más que en los restaurantes de lujo.

Un día, cuando su Banco se negó a pagarle un cheque de cien francos, el señor Curedent pensó que había sido engañado. Velozmente se dirigió a su despacho.

—¡Estoy arruinado! ¡Me ha robado usted, miserable, ladrón! — aulló a su socio.

Este, con gran dignidad, señaló una silla al señor Curedent, y le dijo:

—Cuando hace seis meses nos asociamos, usted aportó el capital y yo mi experiencia de los negocios. Usted mismo dijo que nuestras aportaciones eran iguales. ¿Es verdad?

—Sea — contestó el señor Curedent.

—Ahora — continuó Alfredo — yo tengo su capital...

—¡Lo ve usted, canalla! — rugió el otro.

—Pero Alfredo Carambouille lo detuvo con un gesto.

—Tengo su capital; pero, en cambio, usted tiene ahora la experiencia de los negocios. Como ve, no hemos hecho más que un cambio de aportaciones iguales.

Y ofreció a Curedent uno de sus exquisitos habanos.

Marcel BADIN.

No nos atrevíamos a encender luz. Las carreteras, destrozadas por nuestros transportes, eran, más que carreteras, ríos de inmundado lodo. Nos metíamos en los baches hasta los cubos. Entonces teníamos que bajarnos, y con ayuda de cadenas sacar los camiones. Viajábamos en medio de un vocear y prevenir y maldecir infernal. Parecía que Marie Claire-Norte no llegaba nunca.

Llegamos, por fin, a las dos de la madrugada. ¡Qué Marie Claire-Norte! Nunca ví barracas ni chozas más desagradables. La luz de las velas, en vez de disminuir su horror, servía sólo para acentuarlo. Los suelos, con una espesa capa de suciedad.

Pero llegábamos de demasiado lejos para que nada nos importase nada. Varios pilotos se tendieron en aquel suelo sucio. Otros se dejaron caer en bancos o se sentaron en cajas.

Stearne Edwards sacó una lata de sardinas. Algún otro disponía de un pan. Se repartió el pan equitativamente, y vimos con satisfacción que tocábamos cada uno a una sardina. Engullíamos los bocados.

Todos menos uno de los pilotos: un inglés, buen muchacho, al cual estaba mirando yo, casualmente, cuando se le cayó la sardina. Un americano o un canadiense hubiera renegado de su suerte y clavado la sardina en el suelo de un iracundo taponazo, o bien la habría cogido resueltamente y se la hubiera comido con todo descaro. Pero un inglés no. Yo le observaba sin que él lo advirtiese. Iba su mirada rápidamente de un piloto a otro piloto. Sin mover el cuerpo, bajó la mano en la sombra, pegada a la pierna. ¡Ah! ¡Algún miraba! Por tres veces lo intentó antes que hubiera cogido la sardina. Luego la miró, después la limpió con el pañuelo, la puso en la rebanada de pan y se la comió.

Apenas nos habíamos entregado al sueño cuando llegaron órdenes de volver a Beilleul. No habían ido los alemanes. No se habían quemado los aeroplanos, sino que teníamos que recogerlos al amanecer.

No llegó a cuatro horas nuestro descanso. Antes de las cuatro de la mañana volvimos a salir en camión, de regreso a Bailleul. Había dejado de llover. Cuando llegamos ya era de día claro y el tiempo estaba bueno para volar. ¡Bueno teníamos nosotros el cuerpo para volar, después de cincuenta horas de no dormir! Antes de las diez nos recontamos y volvimos a Marie Claire-Norte.

(Continuará).

Automóvil "triciclo"
de aluminio
con asientos para
dos personas

Entre los muchos tipos de pequeños coches utilizados actualmente, uno de tres ruedas, construido todo él de aluminio, se utiliza en Berlín. Lleva asientos para dos personas, una detrás de la otra. La disposición general de este coche es idéntica a la de los otros tipos, y los accesorios son semejantes. Es de forma estrecha para vencer la resistencia del aire.

Cualquiera que me viera dirá que soy casado y sexagenario. Se equivocaría de medio a medio, sin embargo; pues a pesar de mi aspecto ruinoso, obra de repetidas desgracias y contrariedades, soy soltero y apenas si tengo cuarenta años. No lo querrán Uds. creer, pero sepan que esta sombra, este ser desgarrado y escuálido, era, aún no hace dos años, un verdadero atleta, un coloso, todo salud, todo sangre, todo músculos. Y todavía les parecerá más increíble la causa de mi transformación. Voy a decirlo aún a riesgo de que me tengan por embustero.

He perdido la salud por haberme encargado de la conducción de una caja de fusiles en un viaje de 400 kilómetros, por vía férrea, y en cruel noche de invierno. Dicho esto, entremos en materia.

Resido en Claveland, Estado de Ohio. Hará veinticuatro meses, mal contados, que al regresar un día a mi casa cubierto de nieve, supe que mi amigo de la infancia, Juan Hackett, acababa de abandonar este valle de lágrimas. Sus postreras palabras fueron para expresar el deseo de que se me encargase de conducir sus restos mortales a su pueblo natal, en el Wisconsin. Una misión tan piadosa como triste, que acepté por no desairar al querido difunto. Hice mis preparativos de viaje, guardé cuidadosamente en el bolsillo las señas de la persona que debía recibir el cadáver y que era el clérigo Levi Hackett, de Bethelchem, y me dirigí a la estación, afrontando con valentía una de las mayores nevadas que han caído sobre el país.

Al llegar a la sala de equipajes vi ya dispuesta para el embarque la caja de pino que contenía los restos del malogrado joven. ¡Pobre amigo mío! Sequé las lágrimas, clavé en uno de los lados de la caja una tarjeta con la dirección del reverendo Levi Hackett, y después de asegurarme que el ataúd quedaba bien colocado en el furgón, entré un momento en la fonda con objeto de comprar media docena de emparedados y un poco de pescado frito. Luego encendí un cigarro y esperé tranquilamente la salida del tren dando unos paseos por la sala de equipajes. De improviso atrajo mis miradas una caja de pino igual en un todo a la mía, es decir, a la del cadáver de Hackett, que acabo yo de colocar en el furgón. No había duda, era la misma. Por cierto que, inmediato a ella, un mozo provisto de martillo y de clavos se disponía a fijar en la cubierta un rótulo metálico; la dirección, sin duda.

Me sacó de mi sorpresa el sonido de la campana anunciando la partida del tren. Corrí desalentado hacia el furgón y vi que la caja de Hackett continuaba en el mismo sitio. Respiré...

¿Cómo explicar aquella duplicidad de cajas en absoluto semejantes? Rarezas del azar. Lo cierto era que, en mi precipitación, y sin que por entonces lo sospechara, había hecho embarcar en vez del ataúd de Hackett una caja de fusiles consignada a un puesto de carabineros de Peoria (Ohio), y que el buen difunto se quedaba en la sala de equipajes maldiciendo, seguramente, mi estupidez.

Una voz gritó: "¡Al tren!", sonó el pito y se puso el convoy en movimiento, dándome apenas tiempo para subir al vagón. Tomé asiento en

Aventuras de un inválido

Por Mark Twain

cima de unos paquetes y dirigí una mirada en torno mío. En uno de los rincones iba, entregado a sus ocupaciones, el conductor, simpático muchacho de alegre y noble fisonomía. Su aspecto general me impresionó agradablemente.

Se me olvidaba decir que en el preciso instante de arrancar el tren, un desconocido se acercó a la puerta del coche y arrojó al interior un envoltorio. Eran dos magníficos quesos de Limburge, verdaderamente respetables por las dimensiones y el olor, es decir, ahora

las junturas con unos sacos y empezó a colocar las mercancías según las exigencias de la hoja de ruta. Mientras llevaba a cabo esta operación oíasele canturrear la antigua canción: "¡Oh, dulce recuerdo de amor!..."; una canción preciosa, con infinitud de bemoles. Esta manifestación filarmónica no impedía que llegaran hasta mi membrana pituitaria ciertas emanaciones desagradables y penetrantes que subían del fondo del vagón flotando en una atmósfera helada. Mi congoja subía de punto cuando pen-

PRESENTIMIENTO

Invade el alma mía un malestar extraño, indefinido y vago, sin forma ni color... No soy supersticioso, pero si no me engaño, algún peligro oculto da vuelta en mi redor.

La muerte, que mil veces llamé con loco empeño, en mis interminables nocturnos de dolor; la muerte que en otrora llamábala hasta en sueño, hoy me horroriza tanto que tiemblo de pavor.

¡Señor!... Haz que no muera tan joven todavía; recién me han sonreído la dicha y el amor. Y es tal el amor mío, Señor, que aceptaría, por cada nuevo día cien años de dolor.

Alejandro SPINARDI

es cuando sé en realidad que el paquete misterioso contenía dos quesos. En aquellos históricos momentos estaba yo en la más santa ignorancia de que existieran en el mundo, a tan corta distancia mía, los aromáticos productos de la industria lechera que han dado fama a Limburge. Muy bien.

El tren caminaba a gran velocidad, desgarrando las tinieblas que lo envolvían. La nieve continuaba cayendo con furia. Invadíame profunda tristeza. Mi corazón sangraba...

De vez en cuando distraía mis meditaciones tal o cual observación del conductor acerca del frío.

La temperatura descendía de un modo espantoso. Mi compañero de viaje se levantó, y asiendo con mano firme las compuertas, hízolas resbalar sobre los guiones de acero, cerrando la comunicación con el exterior. Echó los cerrojos, cerró

saba que el mal olor procedía de los míseros restos de Hackett. A duras penas lograba contener mis sollozos. Además, temía las recriminaciones del celoso empleado. No transcurrían muchos minutos sin que advirtiese el perfume, y entonces, qué iba a suceder, Dios santo? Por fortuna el conductor no daba señales de tener buen olfato. Iba el hombre de acá para allá, consultando etiquetas, arreglando fardos y siempre con la misma cancioncilla: "¡Oh, dulce recuerdo de amor! Dí mil gracias al Todopoderoso. No obstante sentía que aumentaba mi malestar por minutos. El hedor era cada vez más fuerte, más insoponible.

Thompson — el conductor se llamaba así, según me dijo en el curso del viaje — se decidió a reanimar más el fuego de la estufa portátil, utilizando para ello cuantos pedazos de madera encontraba por

el suelo. Me agradó en un principio una determinación que había de procurarnos algo de calor. Mas, inmediatamente pensó con espanto en que la rápida elevación de la temperatura, debía acelerar la descomposición orgánica del cadáver, y que, si Dios no lo remediaba, moriríamos por asfixia mucho antes del término del viaje. Callé, sin embargo, y sufrí en silencio.

Pronto llegué a advertir que "el dulce recuerdo del amor" se debilitaba por grados, hasta cesar por completo. Siguió una pausa. Al fin exclamó Thompson: — ¡Diablo! No deben ser de cinamono las astillas que he echado en la estufa.

Le oí respirar con fuerza tres o cuatro veces: vi luego que se dirigía hacia el ataúd (hacia la caja de fusiles) y que tras de oisquear el envoltorio de los quesos, se sentaba filosóficamente junto a la estufa, no sin indicarme con un ademán significativo la caja, y preguntado:

— ¡Algún amigo suyo, eh?...

— Sí — contesté con aliento.

— El pobre está demasiado maduro, ¿no es verdad?

Guardamos silencio durante dos o tres minutos, absortos en nuestras reflexiones. Luego dijo Thompson:

— A veces no se sabe con certeza si están muertos o vivos. El caso es que parecen cadáveres, y, sin embargo, conservan calor, flexibilidad en las articulaciones y otras señales de vida. He presenciado casos curiosísimos. Al gunas veces he viajado custodiando muertos y puedo asegurarle que no es cosa agradable. Siempre está uno temiendo que se levanten y den las "buenas noches".

Siguió otra pausa. Thompson extendió la mano en dirección a la caja y dijo como continuando un soliloquio:

— Bueno; pero lo que he dicho no reza con ése. Me jugaría la cabeza a que está muerto y bien muerto.

Continuamos algún tiempo sin saber qué decirnos, meditando, oyendo el silbar del huracán y el rodar del tren. Por fin, Thompson, sintiéndose pensador, me dedicó las siguientes reflexiones:

— ¡Bah! Ese es el viaje que debemos emprender todos. El nacido de mujer no permanecerá mucho sobre la tierra, porque sus días están contados. Así lo dice la Sagrada Escritura... no sirve darle vueltas... En vano se empeña el hombre luchando contra esa ley inexorable. Hoy tú, mañana yo, todos hemos de pagar nuestro tributo a la muerte. Está usted muy bueno y muy contento... (al pronunciar las anteriores palabras levántase, Thompson, rompe de tremenda puñada uno de los cristales de la ventanilla y asoma la nariz al exterior, respirando con delicia el aire puro durante un par de minutos). Pues sí, está usted muy bueno y muy contento y de repente ¡zás!, cae usted segado por la implacable guadaña, y como dice la Escritura "los lugares que os vieron ya no os verán más".

Mientras Thompson termina su cita bíblica voy a la ventanilla y respiro a través del cristal roto el helado cierzo, que a mí se me antojaba entonces suave y perfumada brisa de primavera. Otra pausa aún más larga que las anteriores.

— ¿De qué ha muerto? — pregunta Thompson.

ANECDOTA

Trudaine, ministro de Hacienda, hallábase en su lecho de muerte y uno de sus hijos le dijo, para consolarle, que el público se interesaba muchísimo por su salud y que podía estar seguro de la estimación de todos los buenos patriotas.

— Pues bien, hijo mío — contestó el moribundo sonriendo; — esa es la herencia que te dejo.

—Lo ignoro — contesté.

—¿Hace mucho que falleció?

Pareciéndome oportuno alargar los hechos con objeto de hacer explicable lo que pasaba, digo:

—Dos o tres días.

Aquella especie de disculpa no dió el resultado que esperaba. Thompson me dirige una mirada incrédula que, sin duda, significa: "Querrá usted decir dos o tres años"; y hace unas cuantas reflexiones acerca de los inconvenientes de aplazar tanto los sepelios. La paciencia de Thompson huye al cabo, y abandonando ya sus buenas formas exclama:

—¡Voto al chápulo! Pues, hijo, lo que es ese debía estar enterrado desde hace medio siglo.

—Luego de hacer una nueva visita a la ventanilla y de dirigir una nueva mirada de odio a la caja, siéntase otra vez, no sin sepultar la nariz en un inmenso pañuelo de yerbas. Thompson zarandea nerviosamente las piernas y hace con el torso un rápido movimiento de vaivén, como quien realiza grandes esfuerzos para soportar una cosa insostenible. Entretanto el olor, si aquello podía ser denominado así, llegaba a hacerse sofocante. La cara de Thompson adquiría un matiz verdoso; la mía entre amarillo y blanco. Entonces me pareció oír murmurar a Thompson:

He transportado docenas de muertos y algunos considerablemente avanzados. Pero, ¡por los clavos de Cristo! que ese buen señor les da tres y raya. Crea Vd. que los más anarquistas eran agua de rosas en comparación con el que nos ha caído en suerte.

Decidimos hacer algo para atenuar los efectos del mal olor. Indiqué la conveniencia de fumar. La idea le pareció de perlas a Thompson. De acuerdo con ella encendimos sendas tagarninas, aspirando el humo con toda la fuerza de nuestros pulmones. Nos pareció que habíamos resuelto el problema, persuadiéndonos mutuamente de que apenas si se notaba el olorillo. El remedio surtió efecto cinco minutos. Los cigarros se escaparon de nuestros dedos desfallecidos. Sí; olía olía, muy mal; quizá peor que antes... Thompson, medio exánime, intentó explicar el fenómeno:

—¡Vano empeño! Sin duda el aroma del tabaco despierta su emulación... ¿Qué hacemos? No se le ocurre a usted otro procedimiento más eficaz para?...

¿Qué había de ocurrírseme! ¡Buena estaba mi cabeza para ideas! Thompson media a enormes zancadas el estrecho recinto del vagón, prorrumpiendo en interminable letanía de interjecciones y epítetos cariñosos, dedicados a Hackett y a su honorable familia. Y fenómeno extraño: desde que empezó el conductor a dirigir la palabra al difunto, íbale reconociendo grados militares. ¿Por qué razón? No he podido explicármelo nunca. El caso fué que primero lo llamó capitán, luego comandante, luego coronel. Por último dijo:

—Tengo una idea. Traslademos el cadáver del brigadier allí, a aquel rincón. Acaso teniéndolo más lejos no se sufra tanto su influencia. ¿Qué le parece a usted?

Encontré razonable el plan. Hicimos un buen repuesto de aire puro a través de la ventanilla, y heroicamente nos inclinamos sobre la caja intentando levantarla. Pesaba de un modo horroroso. En uno de los esfuerzos resbaló Thompson y cayó al suelo dando con las narices en el fardo de los quesos. Le-

vantóse dando traspies, cual si estuviera ebrio, y con la mirada de loco y el ademán frenético, se dirigió hacia las compuestas del furgón, las abrió de par en par y salió a la plataforma dispuesto a coger una pulmonía antes que seguir al lado del brigadier.

Imité la conducta de Thompson. Aquello nos hizo revivir. Cuando pudimos hablar cambiamos algunas frases de felicitación, considerándonos libres del peligro. Pero no pudimos continuar mucho tiempo a la intemperie. Seguía nevando y hacía un frío siberiano. Thompson rompió la marcha diciendo:

—Después de todo no nos ha venido mal este ratito de ventilación. Acaso será ya diferente, puesto que el general ha mudado de sitio.

Lo saqué de su error, manifestándole que la caja permanecía en su primitivo lugar.

—Resignémonos, pues — dijo Thompson — y busquemos otro remedio a nuestros males. Desde el momento en que el general se niega a trasladarse, no es prudente contrariarle. Vale más dejarlo

jo mi infeliz compañero de aventuras:

—Imposible luchar contra él. Aprovecha en su favor nuestras armas, las impregna de su aroma y nos las devuelve inutilizadas. Ahora es cien veces peor que al principio. Jamás se ha visto un difunto tan testarudo ni de peor intención, y eso que he transportado docenas de ellos, como he tenido ya el honor de manifestar a Vd.

La helada atería nuestros miembros. Entramos. El olor nos volvía locos. Salimos. Y así seguimos varias horas, entrando, saliendo, alternativamente sudando, tiritando, inspirando y expirando. ¡Qué infernal y eterno suplicio!

Al cabo de una hora llegamos a otra estación, que aprovechó Thompson para ir en busca de algún remedio.

—Ahora va de veras — dijo volviendo al vagón, conduciendo sobre sus hombros un abultado saco. — Esta será la última tentativa. Si no vencemos hay que cantar la gallina y dejar el campo al capitán general. Probemos.

CELOS

Sentía unos celos horribles. Sabía que todos los hombres la codiciaban y que ella era coqueta y le gustaba el flirt...

Un día la amenazó violento:

—¡Si llego a verte con otro, te mato!

Pero la mujer sonrió, porque sabía el poder de su encanto y estaba segura de su belleza.

Las semanas transcurrieron así. Después de cada escena tormentosa, ella lograba siempre convencerle de que sus sospechas eran infundadas. Además, lo amenazó con irse de su lado si volvía a ponerse celoso y él, por miedo a perderla, se esforzaba por aparecer tranquilo.

Una tarde la vió con otro. Se apoyaba risueña en su brazo y lo miraba con aquellos ojos suyos tan negros y tan hondos, que a él le producían vértigos.

Loco de celos, buscó el revólver para matarla; pero ella, sin mostrar extrañeza alguna, le tocó en el hombro y clavó en él sus ojos maravillosos...

—Es mi hermano — le dijo—.

Y él la dejó marchar porque la luz de aquellas pupilas había alarmado su furia...

Rosario SANORES

tranquilo. Saldríamos perdiendo en la partidita. El general tiene en su mano todos los triunfos.

Penetramos en el vagón y cerramos las compuestas, porque el frío iba en crescendo. ¡Qué noche, buen Jesús! Thompson bajó en una de las estaciones, volviendo con aire de triunfo. Llevaba en la mano un enorme objeto.

—Por esta vez — dijo — hemos triunfado. El teniente brigadier es nuestro. Aquí traigo el arma que ha de darnos la victoria.

Era un bidón de ácido fénico. Regamos con prodigalidad el piso. La caja de fusiles quedó literalmente inundada, y con la caja de fusiles el fardo de los quesos y todas las mercancías. Terminada nuestra obra nos sentamos y respiramos, llenos de halagüeñas esperanzas. Pero, sí, ¡buena la habíamos hecho! Amalgamáronse los dos perfumes, resultando una mezcla tan espantosa que, como impulsados por un resorte, nos precipitamos en busca de la plataforma. Thompson y yo. Una vez fuera, di-

Thompson vació el saco. Brotaron de allí multitud de objetos a cual más extraño; plumas de ave, mondaduras de patatas, colillas, trapos, zapatos viejos, trozos de azufre y asafétida. Hicimos una pira sobre una plancha de cinc y le prendimos fuego.

Cuando aquello empezó a arder se escapó de nuestros pechos un grito de triunfo: ¡Eureka! Habíamos apabullado al muerto. Los malos olores de antes era al lado de éste suave fragancia de violetas y de ámbar.

A pesar de todo, ¡parecerá increíble!, el hedor primitivo subsistía tan enérgico, tan irresistible como en los comienzos del viaje. Thompson sufrió un síncope. Al volver en sí, murmuró con apagado acento:

—Lléveme usted a la plataforma. Nada me resta que hacer. Está visto: el generalísimo quiere viajar solo. Es un capricho que se le ha metido entre ceja y ceja. ¡Y vaya usted a convencer a un difunto!

Después el casi moribundo conductor añadió:

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 483.

—Y no es eso lo peor, sino que estamos emponzoñados. Llegamos a la estación final de nuestra vida. Puede usted encargar sus papeletas... Ya verá usted cómo se resuelve todo eso en unas calenturas infecciosas. Por mi parte ya las siento venir. Sí, caballero, como dicen las Sagradas Escrituras...

Thompson perdió el conocimiento, y yo caí junto a él a los pocos segundos.

Cuando nos retiraron de la plataforma, una hora después, estábamos rígidos, insensibles, yertos. A consecuencia de la aventura enfermó gravemente. Pasó tres semanas delirando como un loco. Al abandonar el lecho supe que había pasado la noche en compañía de una inofensiva caja de fusiles y de un par de quesos, sin malicia alguna. La verdad llegó tarde, sin embargo. La imaginación había realizado su obra. Mi organismo se encuentra destruido para siempre. Ni el dulce clima de las Bermudas, ni las drogas más poderosas podrán revolverme la salud. Aquél fué mi último viaje. Vuelvo a mi hogar para morir.

El crecimiento de la hierba

En una reunión de botánicos que se verificó en Silesia, se presentó un aparato hecho por Thomás y Luegel, con el cual se puede medir la rapidez del crecimiento de una planta cualquiera. Pónese ésta en conexión con un índice que se mueve visible y constantemente, y el cual, acusado el crecimiento en escala 50 veces mayor, permite apreciar con mucha exactitud aquel fenómeno fisiológico. Enlazando el índice con un timbre eléctrico, se logra, no sólo hacer visible el crecimiento, sino también oírlo, con lo cual resulta materialmente cierta la locución vulgar de "sentir crecer la hierba".

IDOLOS CAIDOS

Por Eduardo Zamacois

Era de noche. Nos hallábamos en una espaciosa habitación, con los altos techos envigados, según antigua costumbre provinciana, las ventanas huérfanas de visillos, cortinajes y demás vistosos paramentos del buen tono, y las paredes sin otro adorno que algunos clavos de donde pendían varias viejas prendas de vestir con esa gravedad soñolienta de las cosas inertes.

Mi amigo estaba acostado en una cama, yo en otra, y ambos conversábamos pausadamente esperando la sorpresa del sueño. Sobre un taburete chisporroteaba la mortecina luz de una lamparilla de aceite; toda la casa yacía en el silencio solemne que envuelve a los pueblos pequeños, y únicamente revoltijean-do en el ámbito del dormitorio vibraba pertinaz y amenazador zumbido de algunos mosquitos hambrientos.

—Pues, mañana — dijo Joaquín, —antes de que el sol caliente, iremos a "El Robledal", que es de los mejores y más pintorescos cortijos que posee mi cuñado por estas cercanías; luego visitaremos la iglesia, que tiene una capillita gótica muy notable; y si estamos de humor y la tarde da de sí para tanto, subiremos a Peña-Ramiro, cerro elevadísimo desde cuya cumbre se abarca un grandioso panorama: al fondo del valle, el pueblecito, con su centenar de casitas blancas parecidas a un rebaño de ovejas; después el riachuelo de Guadalupe, en cuyo cauce blanquea un chorrillo de plata líquida, semejante al hilillo baboso que hubiera dejado al pasar por allí un caracol gigantesco; y más allá, en los brumosos confines del paisaje, un largo rosario de montañas, enderezando al cielo sus panzas ciclópeas coronadas de nieve...

—¿Y después, por la noche?

—Por la noche — repuso, — iremos a casa de Higinio, un muchacho comerciante que puntea la guitarra y con quien suelen reunirse algunas mozas vecinas y tres o cuatro de los chicos más galanes y mejor templados del pueblo.

Añadió interrumpiéndose para requerir la almohada y colocarse mejor:

—¡Hombre!... A quien deseo presentarte es al tío Baltasar, el tipo más notable de la provincia. Es un viejo muy corrido que en sus mocedades fué pendenciero temible y sempiterno y afortunado cortejador de doncellas; un don Juan rural, caballeresco y galán a su modo. Nació aquí y de éstos contornos nunca salió si no fué para el presidio, a donde lo llevaron por dar muerte a un marido que quiso meterse a "médico de su honra"...

Joaquín, vencido por el sueño, articulaba lenta y trabajosamente; yo, empezando por aquel inseguro balbuceo, cerré los ojos. Luego exclamé haciendo esfuerzos para no dormirme:

—¡Es raro que ese Baltasar haya llegado a viejo!

—¿Por qué?

—Porque... lo que el adagio enseña: el buen vino y los hombres guapos, duran poco...

Pronunciábamos las palabras lentamente y separando unas sílabas de otras: era una conversación lánguida, incoherente, como un diálogo de sonámbulos.

—Pues, por esta vez, falló el refrán... porque Baltasar fué de los majos que tosió más fuerte entre los barateros de mejor resuello.

Nos dijo más o si continuó yo no lo oí, rindiéndome al sopor que me infundieron la tardía exposición de aquellos romancescos disparates y

tecilla a la que prestaban sombra escasa algunos arbolillos. Permanecí inmóvil largo rato, examinando el aspecto de aquel paraje que concentraba las vidas comercial, religiosa y hasta elegante de la población, puesto que allí concurrían a coquetear por las tardes los muchachos y mocitas casaderas.

Eran las doce; el sol caía perpendicularmente, y aquellos torrentes de luz cenital, sumados a la intensa reverberación del suelo, producían una especie de pepló luminoso que esfumaba el contorno de los objetos; un remusgo cálido agi-

Advertencia

Se declaran caducados y, por consiguiente, sin ningún valor ni efecto, todos los carnets y nombramientos expedidos por esta Revista, que lleven fecha anterior al 10. de julio de 1928, siendo únicamente válidas las credenciales extendidas con fecha posterior a la citada, y de las cuales se hallan provistas todas las personas vinculadas con FRAY MOCHO.

el rítmico sonsonete de los mosquitos volanderos.

Al día siguiente me levanté tarde; y como Joaquín se hubiese marchado de jira con varios amigos y yo no tuviera otro asunto de más bulto y provecho en que emplearme, salí a dar un paseo por el pueblo.

En un villorrio tan incivil y menguado como aquél, la presencia de un forastero es motivo poderoso de curiosidad y de fisgoneo, por todas partes veía chiquillos que se quedaban embelazados y buquiabiertos mirándome pasar, cual si yo fuese un ente raro oriundo de lejanos planetas, y ojos femeninos que me avizoraban por entre las hendiduras de las persianas; y tanto llegó a molestarme aquella impolítica curiosidad, y tan feo me pareció el lugar con sus retorcidos callejones desempedrados y su pobrísimo caserío, que renuncié al paseo. Di, pues, media vuelta, y aventurándome por un angosto pasadizo abierto entre los bardales de dos huertas, anduve un buen trecho y llegué a la plaza: triste, polvorienta, rodeada de casuchas irregulares, con la iglesia a un lado y una fuen-

taba los toldos multicolores extendidos sobre las puertas de algunas tiendas, y la torre de la iglesia, altiva y robusta como el torreón arpillero de un castillo medioeval, proyectaba sobre el suelo una sombra gigante. Sentado en un poyo junto a la fuente, había un viejo, al cual gritaban y silbaban hasta una docena de arrapiezos.

—¿Qué baile el tío Baltasar! — gritaban aquellos indígenas.

—¡No, que no baile... — decían otros, — es mejor que cante...

Y entonces todos empezaron a pedir rítmicamente y con cierta cadencia:

—¡Qué cante el tío Baltasar, que cante, que cante!...

Algunos individuos, sentados en el suelo y a la hila de las paredes, atisbaban la escena sonriendo; el tío Baltasar, por su parte, únicamente amenazaba a los chiclelos más atrevidos que se le acercaban demasiado y con la poca caritativa intención de colgarle algún ahimelolleva. Sofocado por el calor y deseando ver la capillita gótica de que Joaquín me había hablado, cruce la plaza en derechura a la iglesia. Al pasar junto a la fuente, molestado por el griterío de los chicos, no pude obtemperme

de espantarlos a voces y de repartir varios pescozones entre los más indómitos.

—¡Déjelos uster estar, señorito, pues no me incomodan! — exclamó el viejo.

Volví para mirar a quien tan mal agradecía mi protección y ayuda, y era un hombre setentón, los ojos nobles y fieros, la boca desdeñosa, la nariz aguileña y enérgica, el busto de complexión elegante y recia... y comprendí hallarme delante del célebre Baltasar, de quien tantas linderas refería mi amigo.

—Celebro conocerle dije entonces; — aunque recién llegado aquí, ya me han dicho mucho bien de usted. Si la fama no miente, usted fué allá en sus mocedades, un buen gallo...

—Hombre... sí, señor — repuso con esa modesta mansedumbre de los héroes encanecidos; — cuando lleva uno en las venas mucha sangre y muy caliente, cometí muchas tonterías.

—¿Y ahora?

—¿Ahora?... ¿Qué quiere usted que haga, más que tomar el sol o la sombra, según la estación?

Los chicos se habían retirado y nos contemplaban desde lejos. Baltasar y yo continuamos charlando, cautivándome él por su espontánea caballerosidad y bizarría.

—Ogaño estoy mandado retirar por inútil — decía; — pues los gallos sin pico ni espolones no sirven para el refidero ni para el corral... Pero antes... ¡ja, ja!... antes no hubo en toda la provincia otro majo que cantase más alto que yo...

Según hablaba, los recuerdos iban exaltando las energías de su espíritu y tenía frases y gestos autoritarios que recordaban sus ya lejanos extremos de sultán dictador... Y había algo solemne en el acaso de aquel ídolo caído.

Luego Baltasar, como quien va a decir un gran secreto, púsose de pie acortando la distancia que nos separaba.

—Yo, señorito — añadió bajando la voz, — he sido el Cogollito y la espuma de esta tierra... el esposo de todas las mujeres bonitas y el coco de todos los maridos... A ellas las quiero, pobrecitas, por agradecimiento, porque fueron buenas para mí; pero a ellos los desprecio, a todos, por cobardes y por... ¿Comprende usted?... Los muy... cuando éramos jóvenes, no tenían coraje para desafiarme y yo les afrentaba a mi antojo; si eran solteros, les quitaba la novia; si casados, les robaba la mujer... Y ellos, nada, tragando hieles... Ahora parecen vengarse de mí echándome sus hijos para que me chillen y atormenten; no me enfado, no puedo enfadarme, porque la sangre de la sangre... ¿sabe usted, señorito?... Entre esos niños ¡habrá tantos hijos míos, tantos!...

Miré a Baltasar, el antiguo recluso, admirando aquella frase tan obscura en la forma y que envolvía, no obstante, un dulce sentimiento paternal. Aquella frase era para la humanidad una puñalada terrible; una puñalada de presidiario!

Grandes aventureros de la Historia

De vez en vez, la prensa nos da cuenta de alguna joven de gran osadía que se hace pasar por una de las hijas del zar de Rusia, Nicolás II, y la lectura de esos relatos pone de actualidad las figuras de los aventureros de la Historia.

Uno de éstos fué el veneciano Jacobo de Casanova (1725-1792), abate, doctor, camorrista, estafador y espadachín famoso, cuyas dotes de inteligencia, su instrucción y su formidable simpatía fueron armas admirables para él. En ocasiones su fortuna era inmensa, en otras andaba a salto de mata, y, sin embargo, siempre salía adelante e intervenía en la vida pública y era un personaje de monta. Finó su vida este caballero sirviendo de bibliotecario a un mayordomo de Austria.

El titulado conde Cagliostro, el famoso José Balsamo (1744-1795) fué otro famoso personaje cuya aureola de adivino le entregó la voluntad de las gentes. Cagliostro predecía el porvenir, evocaba los espíritus, hacía curas milagrosas, y tantas fueron sus andanzas, que movieron a intervenir al Santo Oficio, en uno de cuyos calabozos murió en Roma.

El conde de Saint Germain, que vivió a mediados del siglo XVIII, no desmerece del anterior. Embaucador famoso, su elixir de larga

vida, del que se decía ser él un testimonio, le dió margen a engañar a las gentes y a contar entre sus adeptos al rey de la orgía, al famoso Luis XV de Francia. El conde de Saint Germain decía contar 2000 años de vida y haber sido protagonista de sucesos salientes en la Historia.

Emma Lyana Hart de cuyas relaciones con Nelson daremos próximamente un estudio a nuestros lectores, la famosa lady Hamilton, figura con luz suficiente en este grupo de aventureros. Mendiga en tiempos, modelo más tarde, llegó a ser esposa del embajador inglés en Nápoles, amiga de la reina Carolina y tuvo en sus manos las riendas de la política antinapoleónica durante mucho tiempo.

Francisco Mesmer (1733-1815), fundador del "mesmerismo", es culpable de haber subyugado con sus experimentos a multitud de personas, a las que trocó en histéricas cuando no en locas.

Ripperdó (1680-1737), el famoso ministro de Felipe V, fué sujeto de osadía sin límites, osadía que le hizo subir hasta el primer puesto de la gobernación en España y después de su caída, le condujo a Marruecos para luchar contra su antiguo señor el rey.

El cosaco Jemelkagugatschew (1726-1775), llegó a ser proclama-

do zar de Rusia, y fué la pesadilla del Gobierno de Catalina, hasta que ésta consiguió mandar matarle.

El escocés John Lau (1671-1729), jugador formidable, consiguió, en sus viajes por Europa, ser dueño de varios millones, y ofreció a los gobiernos fundar bancos de circulación. En París fundó la compañía del Missisipi y un banco que quebró a poco, dejando en la ruina a infinitas personas.

Lola Montes (1818-1861) es el prototipo de los grandes aventureros; casada con un capitán inglés pronto lo abandonó y marchó a París, Bruselas y Madrid, donde cantaba y bailaba en las plazas públicas. Con Augusto Papón, otro aventurero, marchó a Inglaterra, y luego a Munich, donde Luis de Baviera se enamoró de ella y la nombró baronesa y condesa de Lausfeld. Sus manejos hicieron que estallara una revolución en el país, y, al fin, el Consejo de los pares consiguió de Luis la expulsión de la aventurera, que acabó sus días en los Estados Unidos.

Los besos en el Japón

Según el director de la Universal, del Japón, los censores japoneses permiten un beso o dos, ocasionalmente en los films. El besarse no es cosa para hacer en público, según ellos, y la representación

EL WISKY
de los aristócratas
"YE MONKS"

en la pantalla, de este agradable pasatiempo, choca con las costumbres japonesas.

Sin embargo, los nipones empiezan a mirar el beso cinematográfico de un modo distinto, aunque se exige que sea corto y no como los que acostumbramos a ver en las cintas de Occidente.

Medidor de rayos X

Para evitar que el paciente reciba quemaduras, debido a la exposición a rayos X demasiado intensos, un médico de Viena ha inventado un medidor que muestra la intensidad de los rayos que se emplea y la cantidad consumida en el tratamiento. Hasta ahora esta verificación se hacía empíricamente; dependía de la habilidad o la atención del operador. El nuevo instrumento no sólo servirá como protección del paciente, sino también para eliminar el gasto innecesario de rayos X.

Dirección General de Yacimientos Petrolíferos Fiscales

DESTILERIAS

La Plata
Comodoro Rivadavia
Plaza Huincul

PRODUCTOS

Nafta aviación
Nafta automóvil
Kerosene
Agrícola
Gas Oil
Fuel Oil

CAMPOS EN EXPLOTACION

Comodoro Rivadavia
Plaza Huincul
Vespucio Salta

PLANTAS DE ALMACENAJE

Dársena Sur
Santa Fe
Concepción del Uruguay
Mar del Plata
Rosario
Bahía Blanca
La Plata
Plaza Huincul
Comodoro Rivadavia

FLOTA

Buques tanques

Ministro Frers 10.000 ton.
F. Ameghino . 9.300 ton.
12 de Octubre . 8.900 ton.
Santa Cruz .. 5.280 ton.
Ministro Lobos 5.400 ton.
Ing. L. A. Huer-
go 4.300 ton.
A. del Valle .. 3.000 ton.

Embarcaciones menores

Cisternas:
Adolfo Villate 550 ton.
y José A. Villalonga ... 500 ton.
Chatas:
Clemente Onelli 350 ton.
Ing. Schneidewindt 350 ton.
y General Baldrich 250 ton.
Remolcadores:
Almirante Irizar 500 H. P.
Atlántico 500 H. P.
y Santa Lucía 500 H. P.

900 Agencias en el interior

Figuras sobresalientes del football porteño: Felipe Cherro

Vivimos en la época del football. Nadie puede substraerse a la gestión fascinadora que ejerce el balón impulsado con arte de malabarista por los pies de veintidós jugadores.

El deporte, que hace algunos años era practicado por unos pocos aficionados y estimulado por no muchos maestros de gimnasia de nuestros colegios nacionales, y que apenas si llenaba varios renglones de la prensa en general, es hoy cultivado con entusiasmo por miles de aficionados que atraen hacia ellos enormes multitudes de espectadores y llena muchas páginas de diarios y revistas.

otros eludir nuestro deber de hacer llegar a nuestros lectores algo que reputamos de interés para los aficionados del balompié.

Con motivo de los dos partidos jugados los días 4 y 5 del corriente entre el F. C. Barcelona, (ocho veces campeón de España) y un seleccionado de la Asociación Amateurs Argentina de Football, nos propusimos reflejar en nuestras columnas la opinión que pudiera merecerle nuestros visitantes a uno de los integrantes del equipo argentino que más se hubiese destacado en los referidos partidos.

Y nos decidimos por el jugador Felipe Cherro, ya que Orsi, si bien jugó admirablemente en el primer match, no puede decirse lo mismo respecto al segundo encuentro.

El joven back derecho de Sportivo Barracas tuvo, en ambos partidos, una actuación tan destacada que desde ya, y dado que Bidoglio parece no tener mayor interés en integrar los seleccionados locales,

no es aventurado pronosticar sea, él el sucesor del celebrado internacional boquense.

Singularmente modesto, se presta afablemente a nuestro interrogatorio, emitiendo con sensatez juicios muy acertados.

que le llevamos ventaja es en ligereza, pues ellos lo practican con un poco de lentitud. Sin embargo, no puedo dejar de admirar su juego de alto.

—¿Cuál jugador de ese equipo le pareció más completo?



Felipe Cherro, el notable back de Sportivo Barracas

—¿Qué opinión tiene usted — le preguntamos, — del equipo catalán?

—La más buena — nos responde sin vacilar. — A mi juicio, es el mejor de todos los equipos españoles que nos han visitado, y el que practica el football más similar al nuestro. En lo único que yo creo

—Piera.

—¿Y de la defensa?

—Los dos backs, en particular Walter.

—¿Y cuál de ellos le exigió a usted un mayor cuidado?

—Samitier, por ser quien más admirablemente juega con la cabeza y acierta el arco.

—¿Cree usted que el Barcelona, jugando en nuestros campeonatos, podría obtener el primer puesto?

—No digo tanto, pero si estoy seguro de que ocuparía una posición destacada.

—¿Notó usted el cambio de pelota?

—Enormemente. Creo que a ello débese el resultado del segundo match y... también a Platzeo, que jugó muy bien.

—¿Y qué tal el referee catalán?

—Excelente; y estoy seguro que todos los que le vieron actuar han de compartir mi opinión.

—¿Y Martínez?

—No me satisfizo mucho.

—Y de los nuestros ¿qué nos dice?

—Que todos se esforzaron en dejar bien parado nuestro football. Si hubo alguna debilidad, ella radicó en la línea delantera, pues si exceptuamos a Orsi, en el primer partido, los demás no dieron lo que ellos suelen normalmente dar.

—¿Cuál de las dos bregas le agradó más?

—La primera, por el entusiasmo puesto por todos para acreditarse la victoria. La segunda fué, quizá, más reñida, pero el cansancio, sobre todo en el segundo "alf-time", hizo que el juego se tornara pobre.

Temiendo abusar de la benevolencia del joven y promisor footballer, agradecemos su gentileza en nombre de nuestros lectores, y en el nuestro propio, ya que a ambos servía en ese momento y nos despedimos augurándole éxitos no muy lejanos.

L. D.

La celebridad

Lo primero que hizo mi amigo, el célebre tenor Leónidas Pantín, cuando contrajo matrimonio, fué decirle a su esposa:

—Debo advertirte que esto de casarse con un hombre célebre tiene sus inconvenientes. Soy conocidísimo de todo el mundo. ¿Quién no me ha aplaudido en la Opera o admirado mis retratos en todas las revistas del mundo? Mi popularidad es, pues, tan grande, que temo nos cause no pocos trastornos en nuestro viaje de bodas.

En Bourges, por ejemplo, por donde habremos de pasar necesariamente, sabes que he cantado durante tres meses con un éxito asombroso. Tengo la completa seguridad de que apenas se dé cuenta el vecindario de mi llegada nos atosigarán las comisiones enviadas para recibirnos, los grupos de niños de las escuelas públicas, etc., etc.

—¡Pero eso sería magnífico! — le interrumpió su linda mujercita.

—Es magnífico cuando no se está acostumbrado a ello — dijo Leónidas —. Cuando uno está acostumbrado, no sólo no agradan, sino que molestan. Así es que, para evitarnos todo eso he pensado...

—Tu dirás.

—Adoptar un pseudónimo.

—¿Cuál?

—¡Cualquiera! ¿Te gusta Henry Durand?

—No está mal.

—Pues bien, ese mismo.

En efecto; cuando unos días después llegaron a Bourges, Leónidas escribió en el registro del hotel el consabido pseudónimo.

Sin embargo, le pareció observar que no había pasado inadvertido. Apenas conducido a sus habitaciones llegó el maitre d'hotel, que venía a hablarle.

—Señor — dijo haciendo una profunda reverencia —. Para todos nosotros constituye un honor tener huéspedes de su categoría. Me permitirá usted que le dé la bienvenida, tanto en mi nombre como en el del dueño del establecimiento.

La mujer de Leónidas estaba encantada. Cuando se quedaron solos él le dijo:

—Ya ves como, a pesar del pseudónimo, me han reconocido. ¡Esto de ser un hombre célebre!...

Cuando, al día siguiente, aban-

donaron el hotel, la mujer de mi amigo fué obsequiada con un espléndido ramo de flores, regalo del dueño.

La noche anterior habíase celebrado una fiesta en su obsequio.

Cuando, de regreso del viaje, mi amigo Leónidas y su esposa pasaron nuevamente por Bourges, volvieron a hospedarse en el mismo hotel.

—Como la última vez — pensó el tenor — fuí reconocido, me parece inútil dar el pseudónimo.

Y, efectivamente, esta vez se inscribió en el registro de viajeros con su propio nombre: Leónidas Pantín.

En seguida preguntó por el dueño del establecimiento, que tan bien se portara con ellos hacia poco, y rogó a un mozo que le avisase de su llegada.

A través de la puerta del despacho del director oyó la voz de éste, que decía:

—¿Leónidas Pantín? No sé quién es; no lo conozco.

La casualidad había hecho que el pseudónimo que Leónidas Pantín adoptó al llegar a Bourges coincidía con el nombre del nuevo prefecto, a quien se aguardaba de un momento a otro. Y en cuanto al nombre del tenor, nadie lo conocía ni lo había oído nombrar nunca.

Cosa que obligó a mi amigo a darse ante su mujercita mucha menos importancia...

Alberto ACREMANT

A MI GUITARRA

(DEL LIBRO "LLUVIA DE BESOS" QUE PROXIMAMENTE APARECERÁ)

Guitarra del alma mía:

tú que sabes mi secreto,
tú que conoces lo inquieto
que vive mi corazón,
pues, al pulsar tu cordaje,
mi excitación has notado
y tu mástil he regado
con lágrimas de aflicción,
no le digas nada a nadie;
y al hombre que yo amo tanto
no le reveles mi llanto,
ni le hables de mi penar.
Tú que eres mi compañera,
guitarra del alma mía,
canta con loca alegría
pues yo no puedo cantar.
Canta canciones alegres

como las que yo cantaba
cuando en su fe no dudaba,
canta canciones de amor.
Que no adivine mi llanto
en tu sonar lastimero,
guitarra, porque no quiero
que se goce en mi dolor.
Canta tu mientras yo lloro
su traición y su desvío.
Que tu canto crea el mío,
que no me sienta llorar.
Y si este dolor me mata,
guitarra del alma mía,
canta también de alegría
porque dejé de penar.

Carmen P. de ALONSO

Esgrima de salón

Por V. P. Cacuri

Por la animación inicial se presentía que los salones del Plaza, servirían de marco a una reunión heterogénea pero brillante.

Uno de los amigos, actuante en el núcleo en que nos encontrábamos, aprovechando una alusión política, tuvo la peregrina idea de endilgarnos la apología de un "candidato" — santo de su devoción — pero que no contaba con las simpatías del grupo. Eso se advertía en el gesto de indiferencia de cada cual, que, dejando vagar las miradas por las líneas del *parquet*, o esfumándolas por los motivos ornamentales de la sala, parecían desear el cambio de tema por otro de más propicio ambiente...

— Ahí viene el coloso Peters! — apuntó Rivera.

— Y lo acompaña Martín Flores — agregó Marelli.

— ¿Qué puntos de contacto puede haber entre ese rico industrial — más vulgarote que rico — y el idealista de Flores, tan distinguido y culto? — Pregunté.

— ¡La realidad de la vida! — completó el doctor Videla — La prosa y la poesía dándose la mano. La cosa es clara! — Flores es subdirector de "El Debate"... y el diario no se nutre con madrigales!...

Decididamente, habíamos hallado la tabla de salvación. La biografía, bien que sintética, de los invitados que llegaban, era cuerda fuerte. Interesaba francamente. La conversación se hacía general y animada. El tema político se había malogrado, por suerte.

— ¿Quién es ese fenómeno que se precipita al hall? — interrogó de pronto nuestro amigo, el Ingeniero Robles — aludiendo a un impresionante "specimen" de peso pesado — impecablemente trajeado y de aspecto extranjero que, en ese momento, venía hacia nuestro sector.

— No es de los nuestros — dijo Rivera.

— Creo — exclamó Marelli — que ha de ser un tal Simpson, Director de cierta organización Anglo Argentina...

— Que cuenta con poderosas influencias para "convencer" sobre las conveniencias de sus insuperables acciones! — terminó intencionadamente el doctor Videla.

— ¡No puede ser otro! — afirmó Marelli — viene casi del brazo de su banquero, nuestro gran amigo don Valerio, que las va de "entrenador" en el caso.

Salvado el breve trecho, llegaron hacia donde se hallaba nuestro grupo. Saludos y presentaciones de rigor.

— Estuvo acertado el Sr. Marelli — dije a mi vez — Ha revelado condiciones de detective...

— ¿Con respecto de qué asunto? — preguntó don Valerio.

— Descubriendo a Mr. Simpson — proseguí. Y, a propósito: La Empresa instala definitivamente su casa filial en el país ¿no? He sabido

que han suscripto numerosas acciones.

— Sí, es verdad — aseguró tomando la palabra Mr. Simpson, con aire de ultrasuficiencia — Buenos Aires, podrá sentirse pronto orgullosa de poseer un gran establecimiento que sólo tiene similar en las tres más grandes capitales del mundo.

Robles, haciendo notar una vez más su condición de hombre superficial, rubricó la frase del preopinante con un:

— ¡Qué honor para los criollos! — Eso se lo debemos a un espíritu emprendedor como el de Ud.!

— Sin embargo — intervino el doctor Videla — (y aquí yo tuve la sensación de que fletaba un saetazo) — lo de honor para los criollos está por ver.

esa presunción o auto — sugestión de superioridad.

Robles, como siempre apunto:

— ¡Es claro, Videla tiene razón!

Los demás, como si no lo oyéramos. Veíamos una sola cosa: Que se había entablado una controversia "de mi flor", y no queríamos perdernos el plato.

— ¡Oh! no, Señores. ¡No, no! — Exclamó vivamente Mr. Simpson: hablando en términos generales, nosotros tenemos mucho respeto por la capacidad de los demás...

— ... ¡Para comprarla! — interrumpió Videla — y Simpson, con forzada sonrisa:

— ¡Para enaltecerla, caballero! Nosotros llevamos nuestra bandera a todo el Universo...

— ¡En tren de conquista!... (Videla).

FRAY MOCHO

Ha trasladado sus oficinas de Dirección, Redacción y Administración, a su nuevo domicilio situado en la calle

CERRITO 607

esquina a Tucumán

U. T. 38-MAYO 1899

— ¿No les parece? — Y dirigiéndose a don Valerio, que ejercía funciones como de presidente de la deliberación: — Si Buenos Aires, "soporta" esa nueva institución ¿Da o recibe honor? ¿Se establece para honrar al país o para consolidar dividendos?...

— Perdón Ud. caballero — se apresuró a intervenir Mr. Simpson, en actitud diplomática, y diciendo con el tono más ceremonioso: — Los hombres de negocios no tienen facilidad de palabra y cuando no dominan el idioma del país en que se hallan, la desventaja es siempre mayor. Ustedes saben cuánto admiro a esta gran Nación. ¡Tenga o no el éxito esperado mi empresa, yo consideraré siempre a la Argentina con grande respeto, y si nosotros instalamos aquí nuestra sucursal, pienso que habremos puesto un principal baluarte en la cuarta capital del mundo!

— ¡Muy bien! ¡Muy bien! Ya se ha ganado Ud. nuestra simpatía — dijo Marelli. (Sonrisas amables y asentimiento general).

El doctor Videla tomó nuevamente la palabra, para decir:

— Con todas las virtudes que proclamo para nuestra raza, confesamos el pecado de nuestra susceptibilidad. ¿Qué quiere, amigo? No estamos hechos a la escuela de la simulación. Ustedes, los sajones, en general, ganarían mucho ante nuestra opinión si cedieran un poco a

— ¡Sí! de conquista comercial, en todo caso! (Simpson) Usted, caballero que es distinguido señor universitario, sabe que nosotros somos el país más libre de la tierra...

— En la teoría, Mr. Simpson: El cable nos dijo días pasados, que el extranjero que llega a Londres, por ejemplo, tiene que persuadir que no va a diezmar los beneficios de la colectividad, y sólo le permite la permanencia cuando está seguro que puede ir haciendo tintinear a su paso, las aureas esterlinas...

— ¡Muy bien Doctor!

— Yo también he leído eso.

— Es así: No hay nada que hacerle.

— ¿No les parece que la temperatura no es adecuada a la estación? ¡Qué perezosa se muestra la Primavera! — Así dijo don Valerio, con intención de quebrar la "trenzada". Pero su ocurrencia no halló eco.

Simpson, que quedaba en situación desairada, demostraba ganas de rehacerse, y, "componiéndose" aseveró con marcado énfasis:

— Los pueblos prudentes tienen que ser previsores. El orden social está interesado en la selección de los elementos.

— Me permite, señor: — arguyó Videla — en el organismo social ocurre como en el factor individuo: Un cuerpo débil está naturalmente expuesto y hace bien en preservarse. En la defensa de los dere-

chos de la salud, se desvela por una razón humana pero egoísta, de todo contacto.

Un organismo robusto y joven, en cambio, está en condiciones de recibir todos los choques, todas las impresiones, y en ese mismo contacto, halla, tal vez, el secreto de su fortaleza...

— ... Mi querido señor — interrumpió Simpson. Yo no comprendo muy bien. ¿No son esas, cosas de otro orden?

— No hago mucho hincapié. Pero, volviendo al punto inicial, es nuestro orgullo recordar que en nuestro país sigue siendo una hermosa verdad que nadie es extranjero en su bendita tierra, porque ella pertenece, sin distinciones ni privilegios, a todos los hombres del mundo que quieran habitarla. Ud. habrá observado nuestro afán de asimilación, nuestra curiosidad por conocer todas las conquistas del saber humano. Nuestro interés por que nuestros hijos conozcan diversos idiomas...

— ¡Ah! sí, señor, muy bonito esto! ¡Muy lindo, señor doctor! Yo repito que admiro mucho esta gran República. Nosotros europeos, banqueros, industriales, comerciantes; sabemos que hay un gran país cuyo mercado es conveniente conquistar a toda costa y es este país, su gran país, señor doctor! Yo decía esto mismo hoy, en el Banco, al Sr. Valerio!

— ¡Videla viejo! — Estalló Robles — ¡has ganado la partida! — decía, mientras nosotros le palmeábamos discretamente, subrayando el fácil éxito oratorio, aunque en verdad yo tenía mis reservas: ¡Había triunfado la hábil diplomacia de Mr. Simpson!

— ¿Qué les parece si celebramos con un "cañonazo" la alianza Anglo-Argentina? — propuso Marelli, dirigiendo al bar, miradas y ademán.

— Aprobado en general y en particular ¡dijo Robles, y, mientras cumplía sus funciones el consabido aperitivo, previo choque de copas que se alzaron con protestas de amistad, bienestar y prosperidad personal y colectiva, cruzaba por mi imaginación como un relámpago la idea de que Mr. Simpson con la sagacidad y espíritu práctico de la gente de su raza, tenía una nueva oportunidad para comprobar nuestra sensibilidad generosa, nuestra espontaneidad cordial, y estaría íntimamente satisfecho al calcular los enormes beneficios que pueden extraerse de un pueblo joven, optimista y fuerte, de un pueblo proveedor y consumidor, que tiene extraordinarios recursos naturales, base de su grandeza, que crece a la sombra promisor de su gran bandera de paz y de trabajo...

La orquesta, empezando a poblar el ambiente de armonías, ya daba la señal de que la fiesta comenzaba...

Conocimientos útiles ::

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

El jabón arsenical que se emplea para evitar los extragos de los insectos, sirve también para aplicarlo a la parte interna de las pieles de los animales que se van a disecar. Según la fórmula de Becours, este jabón se hace del siguiente modo: A una solución de 100 partes de jabón en agua, se añaden 36 partes de potasa y 12 de cal apagada. Después se agregan 100 partes de ácido arsenioso pulverizado, y por medio del calor se transforma la masa uniforme. Finalmente se mezclan con la masa 15 partes de alcanfor pulverizado.

Para hacer potables las aguas calcáreas. — Se machacan, se tamizan finamente y se mezclan: Cal viva 90 gramos Carbonato de sosa 50 " Alumbre ordinario 10 "

La mezcla se conserva el abrigo del aire y de la humedad en frascos bien tapados. Para usarla se echan de 20 a 100 gramos (según sea el agua calcárea) por metro cúbico. Se mueve y se deja reposar para que se reparen las sales de cal precipitadas y se decanta. Este sistema de purificación además de hacer potable el agua le quita la mayor parte de los microbios que contiene. El procedimiento se recomienda especialmente para el tratamiento del agua destinada a las calderas de vapor, a la refrigeración de motores de petróleo, etc., a fin de evitar las incrustaciones.

Cuando los objetos de hojalata se exponen con frecuencia a la acción del fuego, pierden su brillo natural y adquieren una entonación más o menos negruzca. En este caso se limpian con un trapo empapado en aceite y ceniza, formando una pasta semifluida. Algunas veces se añaden polvo de carbón a la pasta. Después se frotan con un paño o trapo de lana.

Tinta invisible para tarjetas postales. — Disolviendo una parte de cloruro de cobalto en veinticuatro partes de agua, se obtiene un líquido de color de rosa, con el cual se pueden trazar caracteres de escritura casi invisibles.

Para leer lo escrito con el preparado antedicho, no hay más que calentar un poco la tarjeta, y aparecerá en el acto la escritura en color azul.

Para limpiar los encajes legítimos se ponen sobre un papel, azul si es posible, y se cubren con magnesia pulverizada, se pone otro papel encima y sobre éste se coloca algún peso ligero, como, por ejemplo, un libro o dos. Al cabo de unas cuantas horas, se sacuden bien los encajes para que suelten la magnesia y siempre que no estén demasiado sucios quedan como nuevos.

Restauración del aceite rancio. — Cuando se enrancia el aceite, se le calienta a 35° y se echa encima un volumen igual al suyo de alcohol de 90 grados. En el trascurso de

doce horas, se sacude la mezcla fuertemente tres veces, y cada vez se verá formarse un líquido turbio y muy espeso. Al día siguiente este líquido aparecerá separado del

aceite y podrá sacarse de la botella por decantación. Entonces se añade al aceite la mitad de su volumen de alcohol, y se vuelve a sacudir la mezcla. Así se repite el procedimiento tres o cuatro veces, poniendo menos alcohol cada vez, hasta que el aceite aparece puro y sin olor a rancio.

Si se quieren aprovechar para algo los ácidos grasientos que ha recogido el alcohol, no hay más que destilar éste.

Este método puede emplearse con cualquier aceite, a excepción del aceite de ricino, que se disuelve en el alcohol, el aceite de hígado de bacalao, cuyas virtudes consisten precisamente en los ácidos grasientos, el aceite de laurel y el aceite de croton.

Limpieza de los trajes de caucho. Las prendas de caucho, impermeables o trajes de chauffeur, cuando se manchan de barro adquieren un matiz blancuzco que no se quita aunque se lave con jabón y cepillo duro. El único procedimiento para hacerlas desaparecer, consiste en lavarlas con agua fuertemente avinagrada.

Para dar al aluminio aspecto de cobre se prepara un baño con 30 partes de sulfato de cobre, otras 1.000 partes de agua. Los objetos de aluminio se sumergen en este baño después de limpiarlos bien.

Pasta de cromógrafo. — Se trata de una pasta que entre otras ventajas ofrece la de poderse lavar con agua fría al terminar la tirada.

Se ponen a fundir al baño maría 75 gramos de azúcar blanca y 100 de gelatina en 100 de agua y 400 de glicerina, añadiendo después 20 gramos de vinagre y 200 de acetato de plomo, y se mueve todo bien hasta que la disolución sea completa.

Esta pasta permite hacer tiradas mayores que las pastas ordinarias.

Pintura para tejados de estaño. 30 partes de aceite de linaza, 10 partes de aceite de trementina, 14 de rojo de Inglaterra y 46 partes de yeso de montaña.

Las sustancias coloreantes deben estar perfectamente desmenuzadas y la mezcla molida en la máquina de moler colores y debilitada después por medio de dos partes iguales de trementina y aceite de linaza.

El estaño deberá estar perfectamente limpio de moho u orín.

Las personas propensas a tener los pies fríos deben llevar siempre en el calzado plantillas de gamuza. Este sistema evita en muchos casos que salgan sabañones.

El buen mozo del ascensor

—Una corbata. Perfectamente. ¿Le gusta ésta? — me preguntó la vendedora.

Iba a contestar cuando la joven me dijo, inclinándose hacia mí y con voz baja:

—¡Hágame el amor, caballero! ¡Se lo suplico!

Sorprendido, miré a la autora de tan extraña proposición y vi que era muy linda.

—¿Qué le haga a usted el amor?

—Sí; sí; ya le explicaré.

—Es usted — me apresuré a decirle — la vendedora de corbatas más bonita que hay en todos los almacenes de París. Si usted quisiera, no digo una corbata, una cuerda al cuello me dejaba yo poner por esas manitas.

—¡Basta! — me dijo, imperiosa—. Ya baja el ascensor.

Ya baja el ascensor. ¿Qué significaba aquello? ¿No se trataba de una pobre algo perturbada?

La vendedora leyó mi pensamiento y dijo:

—Se cree usted que estoy algo loca, ¿verdad? No es eso; no estoy más que enamorada.

—¿Pero qué relación tiene el ascensor con...?

—Es una historia; pero para poder contarla a usted es necesario que siga usted comprándome corbatas.

¿Qué sacrificios no es capaz de hacer un escritor con tal de oír una historia de amor auténtica? Empecé a elegir corbatas de todos los colores, y ella comenzó su relato.

—Sí; estoy enamorada del dependiente más guapo de París. La prueba es que las tres cuartas partes de las dependencias de estos almacenes están locas por él. Está empleado en el ascensor central; es el preferido de las clientes de la casa. Un día pusieron al servicio del ascensor un joven moreno, con ojos azules y un bigotito recortado que enloqueció a todas las mujeres, a las de la casa y a las de fuera. Todas, casadas y solteras, se disputan una mirada suya, y el ascensor no deja un minuto de subir y bajar.

Yo me enamoré, como las otras, y tuve la suerte de que Agustín Bracot me prefiriese a las demás. Su preferencia fué un acontecimiento en los almacenes, y cuando se convencieron de que estaba enamorado sólo de mí, se han calmado un poco los ánimos; pero no todas han renunciado a su amor y siguen las sonrisas y las miradas de fuego. El, al fin y al cabo, es hombre, y aunque me quiere, le halaga verse tan solicitado. Y a su vez hace señas, sonríe...

Una vez pensé que llegaría un día que me lo arrebatara alguna lagartona, y me fui al jefe del personal a contarle lo que me ocurría y a pedirle que pusiera a Agustín en otro sitio donde no pudiera verse tan asediado; pero el jefe me contestó que aquello era imposible.

—Hay, sin embargo — me dijo —, un medio de arreglarlo todo. Yo no puedo quitar a Bracot del ascensor, porque nos presta un gran servicio donde está; pero puedo destinarla a usted a otra sección. Créame; supuesto que la quiere, debemos asegurarle contra sus tentaciones por medio de los celos. Va usted a pasar a la sección de corbatas, que está cerca del ascensor central, y cada vez que pase la verá en conversación con caballeros elegantes que la encontrarán a usted hermosa y no resistirán a la tentación de decírselo. Arrégleselas usted misma para que sus sonrisas despierten los celos de Bracot, y de este modo, sospechando que usted tampoco está libre de tentaciones, creará su amor y no pensará en engañarla. Así le hago a usted un favor y sirvo a la casa, porque hay que ver las corbatas que va usted a vender.

Esta es la historia, caballero, y si le he pedido brutalmente que me hiciese la corte es porque Agustín pasaba en su ascensor. Ya sube otra vez. ¡Dígame algo! ¿Lo ve? Ya ha notado que sigue usted aquí y ha puesto una cara... Está furioso y no hace caso de ninguna. ¡Qué contenta estoy! Ya baja el ascensor. ¡Podrecito mío! Ya no hace falta que siga hablándole. Puede usted marcharse. Son ocho corbatas, a quince francos. Muchas gracias, caballero. ¿Quiere usted acompañarme a la caja?

Miguel ZAMACOIS

"Casanova, el príncipe de los amantes". — La casa León Gaumont acaba de presentar al público "Casanova, el príncipe de los amantes". Es una de las más espectaculares obras cinematográficas, producidas por la cinematografía mundial. El papel de protagonista lo desempeña un gran actor: Ivan Mosjoukine. Las actrices más soberbiamente hermosas de la cinematografía europea figuran en esta película. Venecia, París, la Rusia de los zares y varias otras ciudades y lugares de Europa, es el vastísimo escenario en la que se desarrolla la acción de esta cinta que no tememos anticipar lo constituirá uno de los más grandes éxitos de la temporada.

Casanova, como Don Juan, forma parte de la galería amorosa de los grandes seductores.

Las "Memorias de Casanova" han hecho conocer en el mundo entero las proezas amorosas del Veneciano famoso; se creyó, al principio que en esas memorias ese hombre endiablado se jactaba, pero los historiadores que han ido a las fuentes del libro, han tenido que reconocer que decía la verdad y que sus aventuras romancescas y cínicas no había ocurrido solamente en su imaginación.

Así, pues, el que veremos en la pantalla, es el Casanova verdadero, encarnado por Ivan Mosjoukine, doble motivo para esperar un magnífico espectáculo.

Lo que hace tan interesante el juego escénico de Mosjoukine es su extraordinaria flexibilidad, éste actor pasa de lo tierno a lo grave, de lo placentero a lo severo, sin ninguna dificultad. Su mímica es de una extraordinaria riqueza de expresión; ya encarna a un gran artista, a un "viveur", a un vago, pocos actores son capaces como él de igual variedad.

El papel de Casanova, por lo demás, convenían grandemente a las facultades de Mosjoukine, pues pocos personajes hubo como Casanova que llevarán una existencia tan variada, tan fértil en acontecimientos trágicos o divertidos, pues que el "oficio" de seductor lleva aparejados sus riesgos como todos los otros.

Como se sabe Casanova de Seiglat, que nació en Venecia allá por el año 1725 hizo hablar de él muy pronto; a la edad de 16 años época en que entró al seminario para preparar sus exámenes de derecho, tuvo su primer aventura amorosa, tan resonante que lo sacaron del convento para meterlo en la cárcel. Pero, ya entonces, Casanova sabía hacerse de amigos influyentes y este hecho no le impidió entrar al servicio del cardenal de Acquaviva. No permaneció largo tiempo al lado de este digna-

tario de la Iglesia, pues que luego le vemos ya como publicista, como predicador abate, diplomático, pero, sobre todo y ante todo, hombre de aventuras, cuya vida está jaloneada de raptos, seducciones, dramas pasionales, tantas como para dar trabajo a veinte tribunales por muchos años.

Los envidiosos de sus aventuras lo hicieron pasar por mago, acusándolo como poseedor de un talismán gracias al cual ninguna mujer de este mundo podía resistir sus seducciones; así fué llevado a la cárcel varias veces, pero el amor le ayudó a evadirse.

Este hombre asombroso que se vinculó a personajes tan altos como Voltaire, Rousseau, Federico el Grande, encontró el medio para interesar a la gran Catalina de Rusia, pero eso casi le cuesta tener

que las mirara con su "mirada de voluptuosidad", para que ellas se sintieran atraídas por él. Los maridos de Venecia le temían. Se le acusó de disoluto y el sonreía altivamente: se le acusó de mago porque se le hallaron en su casa extraños libros de ciencia y también sonreía sarcásticamente.

Pero al fin tuvo que huir de Venecia. Abandonó Italia. Se trasladó a Rusia. Como pudo pasar la frontera? He aquí de que modo: Un modisto se dirigía a la corte de Rusia. Casanova valiéndose de artimañas lo substituyó y llegó hasta el palacio de Pedro III y de Catalina II, hecho un refinado parisien. Era don Juan mismo bajo la vestimenta de un modisto.

Allí, de la manera más ingeniosa y graciosa, muestra a la emperatriz de Rusia, las telas, los enca-

inclinan ante ella. Pero Casanova absorbido por un nuevo amor no se cuida de la emperatriz y solo se preocupa de tener un aparte con la dama de la que está enamorado. Celosa la emperatriz, sigue a Casanova y lo encuentra abrazado con la dama. Catalina resuelve castigar a Casanova. ¿Qué le importa eso a él? Se reúne con su amante y subiendo a un trineo huye con ella. El marido de la dama le hace seguir a través de las estepas nevadas, es una huida loca.

"Llamadas de amor". — Esta película ha sido declarada, por los críticos más eminentes de Estados Unidos, como la mejor obra que David W. Griffith haya producido.

Su tema, basado en el incidente histórico de Francesca de Rimini, nos presenta con rasgos de honda emoción, el amor de dos hermanos por una mujer. Es una historia que domina una ardiente novela de amor. Con un entusiasmo no igualado desde que "Pimpollos rotos", señaló el camino de la belleza y poder dramático en la pantalla, se estrenó "Llamadas de amor", en los cines neoyorquinos.

La impresión general es que la última película de Griffith es una de sus mejores. Algunos que pudieron retroceder en la historia de la pantalla, creyeron que aún sobrepasó, a la exquisita película, "Pimpollos rotos", en el poder y extravagancia del drama. Por dos motivos, por lo menos, "Llamadas de amor", va a obtener fama imperecedera. Griffith ha conseguido hacer una realización deliciosa en la cual no hay ninguna nota discordante, para echar a perder la ilusión, del ambiente en que actúan los personajes.

Hermosa como es la famosa historia, la tragedia que motiva el film, es tal vez, el punto principal de su grandeza.

Sus intérpretes son: Mary Philbin, Don Alvaro, Lionel Barrymore, Tully Marshall, Charles Hill Nalles, Eugenie Bosserer y otros.

"Llamadas de amor" será estrenada mañana en los cines: Petit Splendid, Palace Theatre, Cine París.

"La rata roja". — La película de carácter policial del programa Optimus Especial, titulada "La rata roja", y en la que intervienen artistas tan conocidos como Paul Richter, Margarete Kupfer, And Egede Nissen, y que tanta expectativa ha despertado, no solo por su título, sino también por la propaganda original que lleva, será estrenada por intermedio de la Corporación Argentino Americana de Films, en los primeros días del mes entrante.

Notas cinematográficas

MADRIGAL GALANTE

Por agradar a vos, señora mía,
diera yo cuanto soy y cuanto valgo,
diera el honor de mi solar hidalgo
y la vida también, por vos, daría.

Bajo el tajante filo de mi acero
un trono para vos os conquistara
y en él, como a una reina, os sentara
si tuviera yo el temple de un guerrero
que con su espada gobernase al mundo.

Mas solo soy un hombre para amaros
con el sincero amor, fuerte y profundo,
de un pobre soñador de vida inquieta
que sabe un madrigal que ha de ofrendaros
con su rendida fe de hombre y poeta.

Nicomedes SANZ Y RUIZ DE LA PEÑA

que dejar sus huesos en el imperio de los zares. También esta vez el amor le ayudó a evadirse; una campesina lo ocultó en su vehículo cubriéndolo con paja y así pudo Casanova cruzar la frontera.

Los realizadores de "Casanova, el príncipe de los amantes" han llevado a la pantalla la vida de este hombre extraordinario en forma tal que no dudamos anticipar ha de ser este film uno de los que conquiste más laureles para la cinematografía europea que tan resueltamente se está imponiendo entre nosotros.

Las aventuras de Casanova en la Corte de Rusia. — Casanova estaba en Venecia. Amaba a las mujeres con exuberante pasión. Bastaba

jes, los terciopelos. De pronto se fija en la emperatriz. Catalina de Rusia está enamorada. La fortuna le sonríe. Todo está a su favor para que Casanova, llegue a ser todopoderoso como favorito de la soberana. Pedro III, hombre grosero y cruel, es destronado. Catalina es la única dueña del Imperio de los zares.

Pero Casanova no es un vulgar arrivista. Una gran dama de la corte Rusa le agrada. La corteja. Catalina festejando su ascensión al trono da un magnífico baile. La emperatriz entra al salón en forma suntuosa y resplandeciente de diamantes. Un manto cubre sus espaldas cuya cola es llevada por veinte negritos, que tiemblan y se

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 4 a 12

U.T. 0428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	\$ 12.00	\$ 7.00
Tapas sueltas	chico	\$ 8.00	\$ 3.00
	grande	\$ 9.00	\$ 2.00
	chico	\$ 6.00	\$ 1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 10 — CHARADA

Mi primera es negativo
y se dice al afirmar,
Prima hay Dos Tres produc-
(tiva
si nadie quiere comprar.
Prima y Dos los que son cie-
(gos
y Dos los que Prima son;
y es para baile de negros
la Prima Tres del "Charles-
(ton".
Y mi Todo tú al contar,
lo que es menos de centena,
lo tienes que pronunciar
aunque cuentes por decenas.

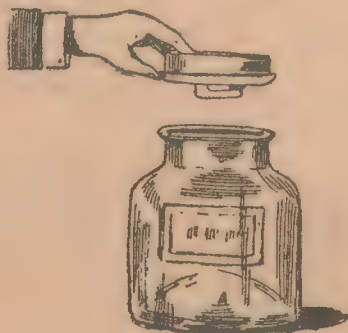
N.º 11 — COMPRIMIDO

AAP100TO

N.º 12 — ADIVINANZA

Tengo la fatalidad
de que al ser utilizado,
por toda necesidad
me han de llevar arrastrado!

N.º 13 — FRASE HECHA



N.º 14 — JEROGLIFICO

El Negro de Amarillo Rojo A:
un Blanco

N.º 15 — COMPRIMIDO

¡POLLO BLANCO A!

N.º 16 — CHARADA

Segunda prima de mi alma,
ayúdame en este verso
que no me salga perverso
ni me haga perder la calma.

Versos que son mi tesoro
y dedico a la hechicera
chiquitina que yo adoro
la bella *tercia-primer*.

El Todo profeta antaño,
hoy es purista y tribuno
habla bien como ninguno,
y el idioma no hace daño.

N.º 18 — JEROGLIFICO

BUBO GALGO NICA

N.º 19 — COMPRIMIDO

RA HO

N.º 17 — FRASE CRIOLLA



SOLUCIONES DEL NUMERO AN-
TERIOR

- N.º 1—Ferrocarri.
.. 2—Tener la sartén por el man-
go.
.. 3—Hortensia - Petronila.
.. 4—Doblete.
.. 5—Sorpresa.
.. 6—Torpedo.
.. 7—Nadador.
.. 8—Tente en pie.
.. 9—Pescar la grande.

El mazacote monumento a Es-
trasburgo en la plaza de la Concor-
dia remata con una emblemática
estatua de mujer, de bellísimo bus-
to y precioso rostro. Aquella figu-
ra coronada es un retrato de la en-
cantadora actriz que durante cin-
cuenta años fué la pasión, el gran
amor de Víctor Hugo.

Acababa de escribir éste su co-
media *Lucrecia Borgia*, cuando re-
cibió la visita de "Juliette la del
Odeón" para pedirle un papel en la
obra. Hasta entonces no había re-
presentado sino papeles secunda-
rios.

Era hija de un sastre, y su ver-
dadero nombre, Juliana Gauvin. Un
tío abuelo suyo, apellidado Drou-
et, adoptó y la metió en un colegio
de monjas y la educó después a su
lado.

Antes de que la espiritual belle-
za conociese a Víctor Hugo, había
tenido relaciones íntimas con Jai-
me Pradier, escultor suizo encar-
gado del monumento a Estrabur-
go, y le había servido de modelo
para la personificación de la tantas
veces disputada ciudad de Alsacia.

Cuando Pradier la abandonó, de-
jándola pobre y con un niño, la ac-
triz volvió a la escena y allí con-
tinuó "posando", pues sus papeles
consistían en poco más que exhi-
bición de su hermosura.

Víctor Hugo quedó prendado de

Un amor que duró medio siglo

Por F. de Casas Gancedo

ella desde el momento que la vió.
Nació rápido un amor completo,
que había de durar toda su vida.

Julietta obtuvo al momento el pa-
pel que solicitaba.

Teófilo Gautier decía de ella que
tenía la perfección de las antiguas
estatuas: su cuello, su descote, sus
brazos no podían ser más bellos, y
otros muchos escritores de la épo-
ca no escatimaron sus elogios.

De pelo y ojos negros, de finísi-
mo cutis, era ágil y viva, de re-
gular inteligencia, y sin más ex-
cepcional talento que el de hacerse
amar durante medio siglo por uno
de los hombres más ilustres de su
época.

Hugo la encontró siempre ama-
ble, cariñosa, simpática, fiel y su-
misa, y así, sin variar desde el día
en que la conoció el poeta, a los
treinta años, hasta los ochenta de
edad, a la que murió el autor de
Los Miserables.

Víctor Hugo no pudo ocultar el
amor que le inspiraba Julietta, y
se lo confesó a su esposa y consi-
guió que las dos mujeres fuesen
amigas.

Mademoiselle Drouet quedó insta-
lada en un piso cerca del domici-
lio del matrimonio Hugo.

Cuando al cabo de algún tiempo
la mujer del poeta se convenció
que el amor de su esposo por la
artista era más que espiritual, co-
mo le habían asegurado, la buena
señora comprendió que era inútil
patalear y se avino a todo, perdo-
nando a la Drouet por haber libra-
do a su marido, ocultándole y lle-
vándole hasta la frontera, cuando
los agentes del Gobierno le andaban
buscando para encarcelarle.

Treinta y cinco años pasaron en
esta extraña comunión, y el "mé-
nage a trois" se llevaba perfecta-
mente, cuando Adela Hugo murió.

Julietta Drouet ocupó entonces el
lugar que dejó la difunta, y aun-
que nunca se casó con Víctor Hu-
go, fué siempre una figura respec-
tada y apreciada en los centros y en
la sociedad honrados con la pre-
sencia del grande hombre.

El amor de ambos no disminuyó
ni con el destierro ni con las lar-
gas separaciones.

Cuando estaban ausentes uno de
otro se escribían todos los días.
Ella lo solía hacer hasta dos y tres
veces al día. Quince mil de estas be-
llas, amorosas y dulces epístolas se
vendieron hace dos años, en enero
de 1926, en una subasta celebrada

en París, al precio de veinte cén-
timos cada una.

Su *Libro del aniversario* era un
documento en el que Julietta em-
balsamaba, con el sagrado olor del
recuerdo, la fecha en que descu-
brieron que se amaban.

Todos los años, en el aniversario
de aquél, para ellos sublime día,
Hugo escribía en el álbum una pá-
gina hablando de su amor y de su
adorada Julietta.

En el cincuenta aniversario de
tan memorable fecha, y tres meses
antes de la muerte del maestro, é-
ste escribió:

"Si; este libro contiene en sus
páginas tu vida y la mía. Cuando
en él escribo, me parece que añado
santidad a nuestras horas de amor,
y eternidad a la duración del tiem-
po. Dios nos ve y nos bendice; es-
toy seguro de ello. Yo te adoro, an-
gel mío. Empecemos un año más,
el cincuenta de nuestra unión, con
esta divina frase: "¡Te adoro!"

Al poco tiempo de morir Víctor
Hugo, falleció Julietta. No podía vi-
vir el uno sin el otro.

Víctor Hugo tiene su monumen-
to en París. Gracias a Pradier, la
Drouet tiene también el suyo, sen-
tada en el pedestal de mármol, don-
de lleva ya un siglo representando
a la heroica Estrasburgo, la hija
pródiga de la Francia que tanto
amó el inmortal poeta.

"ESTOY SOLO Y LA QUIERO",

EN EL NUEVO

El talento artístico y las admirables cualidades interpretativas de Roberto Casaux, son rara vez aprovechadas por nuestros autores teatrales, encontrándose siempre sujeto entre moldes demasiado estrechos, en los que se ve obligado a realizar una labor muy inferior a la que podría merecerlos.

Esta lamentación, que no es de ahora, solo registra excepciones muy aisladas en el índice de cada temporada, pero aun que así sea, ello sirve para demostrar que Casaux es siempre el mismo gran actor en potencia y que, aunque capaz de mejores destinos, no desdena otros cometidos de menor enjundia, porque en todos ellos sabe poner a contribución sus grandes dotes de actor.

Entre esas pocas producciones que de tarde en tarde pasan por el teatro de Casaux como un ligero soplo de arte, figura la del epígrafe, de la que es autor, como en otros casos análogos, Armando Moock. "Estoy solo y la quiero" es un cuadro sombrío en el que se nos presenta el desquicio de una familia por el error de su jefe al casarse en segundas nupcias con una mujer aventurera y deshonesto, que le arruina económica y moralmente, arrastrando detrás de ella una serie de desgracias, a despecho de las cuales se mantiene incólume la pasión del viejo.

Tal vez han sido recargadas excesivamente las tintas fatídicas en esta obra, aglutinando una cantidad de calamidades que en buena lógica nada tienen que ver entre sí como fenómenos de causa a efecto, pero a pesar de ello y de algún otro reparo que pudiera hacerse, la pieza tiene la virtud original de su tendencia y las bondades emergentes de la firme pintura de un carácter, de la ausencia de personajes de grueso sainete y de un acertado desarrollo en diálogos sobrios en los que abunda la frase certera y galana.

Va sin decir que Roberto Casaux respondió ampliamente a su papel, imprimiendo al personaje caracterizado por él, esa fuerza de realidad que da vida a todas las creaciones de Casaux. En la medida de sus respectivas fuerzas contribuyeron al éxito Felisa Mary y Esperanza Palomero, Alippi, Soriani y Cumo.

"MI MUJER ES UNA MOMIA", en el LICEO

Dos acciones paralelas se desarrollan en esta pieza: la de una familia honesta que trata de hacer que vuelva al redil un marido descarriado y la de un mal amigo de éste que trata de convencerle de una supuesta infidelidad de la esposa, a la que el falso amigo persigue inútilmente. El final — ¡cuando no! —, tiene lugar con el triunfo de los buenos y el castigo de los malos, porque para algo se trata de una pieza de teatro. Lo otro queda para la realidad.

Con este asunto completamente en serio, han escrito Bertonasco y Martignone una pieza completamente en broma. La acción y el diálogo corren parejas en cuanto al propósito de divertir al público, dando esta complicidad un exce-

lente resultado para satisfacción general y para el amplio lucimiento de los actores.

La obra fué recibida por el auditorio con grandes carcajadas, lo que constituye el mejor comentario que puede hacerse en favor de los autores.

Hay que reconocer que una gran parte de las risas y, por ende, de los aplausos, corresponde a Pierina Dealessi por su labor infatigable y fructífera, muy bien acompañada por León Zárate y Bello.

"ENTRO A TALLAR DON HIPO-LITO", en el COMICO

Los incidentes grotescos a que da lugar la presencia de un hombre zafio en una casa aristocrática, así como sus estratagemas para favorecer los amores de una de las chicas con un joven pintor, han servido a Maroni y de la Vega para componer una casi-pocnada llena de disparates de toda índole, pero que llena perfectamente su misión de divertir a ese público desprecupado que no quiere pensar en el teatro y cuyas carcajadas, en cambio, estallan más fácilmente que la gelinita.

Todo en la pieza ocurre porque sí, es decir, porque los autores lo necesitan para lograr efectos reideros. Y como todo está armonizado dentro del mismo tono burlesco e ilógico, se acepta todo sin el menor inconveniente y la farsa sale triunfante de la prueba con la sanción aplastante de los aplausos.

Luis Arata creó un papel de extraordinaria comicidad, manteniendo sus efectos hilarantes a través de toda la obra. Le secundaron con eficacia las actrices Leonor Rinaldi, Blanca Crespo y Berta Gangloff así como el actor Carlos Bouhier.

PARA EL HORNO

Mientras se recogen los aplausos de la reposición de "Tucumancito", pieza original de José A. Saldías, se ha comenzado a preparar una evocación histórica en verso titulada "Juana Azurduy", de la que son autores Adrián Díaz Olazábal y Juan A. Caruso.

EN EL POLITEAMA

Terminada la brillante temporada de la compañía Menichelli-Migliari-Pescatori, que ha confirmado muchos valores artísticos, se ha anunciado para el 15 del corriente en el mismo teatro la presentación de la compañía italiana de operetas que dirige el señor Salvador Siddivó, en la que figuran destacados elementos y que se presentará con "Scugnizza", opereta que ya ha sido muy aplaudida entre nosotros, pero que no por eso dejará de serlo una vez más, pues se trata de un valor ya consagrado por el gusto del público.

UN TENIENTE Y UN EMBAJADOR

Las armas y la diplomacia, que también las tiene, llenan el cartel del Smart, donde Ruggero divierte todas las noches al público con "El teniente Peñaloza" y "Se necesita un embajador". La primera de estas piezas se mantiene fresca y lozana, a pesar de su senectud y la

última se perfila también como otro éxito imperecedero. No sabemos nada de estrenos próximos.

EL DEBUT DE LA MONTTOYA

En el Avenida con "La sombra", de Niccodemi se presentó ante nuestro público la compañía que encabeza la actriz mejicana María Teresa Montoya, figura cuyo prestigio como artista dramática llegó hasta nosotros por las crónicas periodísticas extranjeras que la loaron sin ambages. Es, indiscutiblemente, una gran actriz, de un recto temperamento dramático, y poco común. Baste saber que ante un público escaso como el que asistió a su debut, la Montoya se impuso desde la primera escena y la sala se conmovió ante su fuerza expresiva y el hálito de tragedia que infunde a su voz y sus gestos.

TABANOS", EN EL BUENOS AIRES

Vicente G. Retta y Carlos V. Dumont han colaborado una vez más en la construcción de una pieza breve, titulada como el epígrafe y hecha conocer recientemente por la compañía de Muñio. Ambos escritores han demostrado en otras ocasiones ser pulcros en la concepción y realización teatrales, con tendencia a obtener éxitos de buena ley. Nos parece que con "Tabanos" se han desviado un poco de su norma, cayendo en el sainete para lograr antes un éxito de hilaridad que otra cosa. Sin embargo, los dos actos están ágilmente desarrollados, quizás precipitados en su desenvolvimiento, lo cual da una impresión de ligereza deliberada que quita a la obra un poco de espontaneidad. El público gustó mucho de "Tabanos" y aplaudió a Muñio, en un papel de medida para él, a la Poli y demás intérpretes.

NUEVO SAINETE ESPAÑOL

Siguiendo la norma de ofrecer cada semana, o poco menos, novedades que mantengan el interés de sus carteleras, la compañía española que actúa en el Mayo estrenó el sainete titulado "La frutería de Frutos o Qué colección de brutos", original del viejo autor español Enrique García Álvarez, uno de los que más proveen obras al género chico peninsular.

Este nuevo sainete ha sido construido con la base de un viejo tema, mil veces explotado por los escritores teatrales. Se renueva el asunto de la consanguinidad entre enamorados, que atenta contra las posibilidades matrimoniales de la pareja. Como puede sospecharse, tratándose de un sainete de este jaez, al final se disipa la sospecha y los "atortolados" se encuentran en condiciones de visitar la vicaría local.

La suma de incidencias de toda suerte ideadas por el autor para prolongar la pieza, diluyen considerablemente la acción, restándole teatralidad. Empero, hombre tan experimentado en lides escénicas como García Álvarez, ha sabido suplir con ingenio lo que le faltó de tema, y con alardes de gracia relleno las lagunas que quedaban en el proceso de su desarrollo.

Muchos chistes fueron celebrados

por el público, sobre todo cuando salieron de la boca de Perdiguero, que tiene a su cargo un tipo grotesco, muy cómico.

EL ULTIMO ESTRENO DE

JOSE GOMEZ

En el Ateneo, donde ha venido actuando la compañía dramática de Jose Gomez, se puso en escena como remate de temporada una pieza del señor Jorge Dowton, titulada "Mi hogar es este", clasificada de comedia dramática, pero que es en realidad una novela llevada al teatro, y una novela de pura imaginación que solo puede suceder en un país desconocido en la tierra. Porque la forma en que proceden y actúan sus héroes, es harto difícil que coincida con las actitudes humanas. Esto es la impresión del cronista, pero nada obsta para que el autor tenga razón y discuta la posibilidad de que lo que hacen y dicen sus personajes sea susceptible de traslucirse a la vida. Tantas sorpresas se suscitan hoy día, que hay que concebirlo todo, y sería injusto aventurar la inverosimilitud de una pieza de teatro, ahora que se vuela de polo a poco, ahora que los viejos, gracias a Voronoff, se vuelven jóvenes, etc.

El público aplaudió la pieza y a los intérpretes, particularmente a la Bernal y a Gomez.

Este elenco se marchó a Rosario, de donde volverá pronto.

GRAND SPLENDID

Como nota extraordinaria, el cronista debe consignar que la temporada se va desarrollando este año con mayor éxito que nunca y que la regia sala de la calle Santa Fe atrae cada vez más al público selecto que caracteriza a este cine, siempre lleno.

El cartel, para la semana, registra admirables películas de las mejores del mercado cinematográfico y las funciones han de verse concurridísimas.

CAPITOL

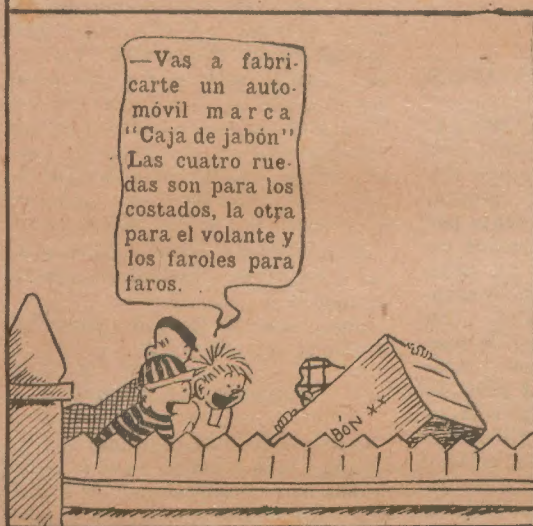
Continúa exhibiéndose la película "Alas", "epopeya de los héroes del aire" como ha sido clasificada. Notable esta producción por la forma en que ha sido realizada, que supone un esfuerzo raro en el arte mudo. Es de esperar que mucha gente se interese por conocerla, ya que no es vulgar un alarde artístico como el de esta cinta.

GLORIA

Han sido incluidas en el programa semanal de este cine, interesantísimas producciones que han de mantener despiertas las ansias de novedad que agitan al público, y es de creer que sus espectáculos se verán como de costumbre, concurridos por muchos "amateurs".

PARC

Esta bonita sala de Palermo continúa atraer a numeroso público, merced al variado cartel que se ofrece todos los días, seleccionado y de valores artísticos. Aquí se pasan las cintas que mayor éxito obtuvieron en los cines centrales y que más consultan la clase de público que asiste a las funciones.



Últimas crea-
ciones de la
moda feme-
nina



1 — Modelo Martial y Armand. — Original abrigo confeccionado en drapella negra guarnecido con astrakán blanco y negro formando contraste. El lindo traje que completa el conjunto, está hecho de crespón de China negro abriéndose sobre crespón blanco perlado y con franjas marfil. — 2 — Modelo Premet. — El abrigo de este conjunto está ejecutado con "djersakasha" color gris, estriado con grupos de picaduras. Cuello y vueltas de "bretschwantz". La falda de la misma tela y el sweater hecho de jersey gris con rayas rojas, verdes y amarillas. — 3 — Modelo Premet. — He aquí, sobre una falda plisada destacada para formar bolero en la espalda. La cinta de 'gros grain' que anuda en el brazo está estampada con dibujos azules.





Estas Galletitas.

creadas por **TERRABUSI**, para deleitar los paladares infantiles y nutrir sus tiernos organismos, deben su éxito creciente no sólo al indudable prestigio de su origen, sino también a la excelencia de sus ingredientes constitutivos.

SEÑORA: sin temor alguno, invitamos a usted a brindar a sus niños con el **desayuno**, la **merienda** entre comidas, las más exquisitas.

Galletitas Manon

¡Verá usted con qué agrado las reciben, con qué gusto las saborean, con qué ansia le solicitan más!

Las Galletitas Manon se venden en todos los buenos almacenes del país, en paquetitos de 0.05 y 0.10 ctvs., y en latitas de ¼ kilo, a \$ 0.60 centavos.

Cómprelas en el de la esquina de su casa



ESTABLECIMIENTO MÓDELO
Terrabusi

